

EMMA K. JOHNSON

TU
ASISTENTE
IDEAL

Tu Asistente Ideal

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2019, Emma K. Johnson.

CONTENIDO

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

Capítulo 1.

Briseida

—Eres una mujer inteligente, Bris —dijo el imbécil de mi jefe sentado detrás de su escritorio recargado en una de esas sillas ergonómicas que hacían me doliera el culo—. Y muy hermosa. Estoy seguro que encontrarás otro trabajo.

Resoplé, tratando con todas mis fuerzas no tomar el pisapapeles de su escritorio y forzarlo a que se lo tragara. Cada una de sus palabras fueron como bofetadas. Mis entrañas ardían y mi mandíbula estaba demasiado tensa por mi esfuerzo de no molerlo a golpes.

Me levanté y estiré la falda ejecutiva que traía antes de ver esos ojos saltones llenos de satisfacción por haberme dado la “mala noticia”.

—Esas son tonterías, Carmelo —le dije, estampando mi mano en su escritorio, liberando un poco de mi frustración al hacerlo. El verlo dar un vistazo a mi escote cuando hice eso sólo me puso más como una cabra.

—Cuidadito con esa boca —dijo, alzando el mentón.

—¿Ya no entro en los planes a futuro de la compañía? ¡Vaya chorrada! —le apunté al rostro con mi dedo índice— Me estás corriendo porque no quise abrir mis piernas como la tipa esa que contrataste hace un mes ¡Deberías despedirla a ella! ¡Yo llevo cinco años aquí!

Él lamió sus labios e inclinó su cabeza antes de verme a la cara. —*Ella* no es una fuente de conflicto, ni un nido de quejas, Briseida —dijo—. La compañía tendrá un nuevo rumbo ahora que somos parte de Valtech, y necesitamos que la gente tenga la actitud correcta para trabajar con la nueva empresa de la que ahora somos parte.

Él resopló y rio para sí. —Da gracias que te vamos a dar tu liquidación

completa —dijo—, porque si causas problemas tenemos motivos para retenerte tu liquidación y te largas sin un centavo.

Me di la vuelta y salí de ahí tan rápido como pude, de lo contrario le molería a palos esa ridícula cabeza calva.

—¡Te llamaré cuando tenga listos los papeles de tu liquidación! —gritó Carmelo mientras me alejaba.

—¿Liquidación? —preguntó Adela, sacándome un susto al aparecer a mi lado.

—¡Estúpida, me asustaste! —le di un manotazo a su hombro.

—¿Te despidieron?

Suspiré mientras le veía esos ojitos grandes y emotivos. Nunca entendí cómo una chica tan bien portada y adorable era mi amiga, pero ahí estaba.

—Sí, me despidieron —dije—. Supuestamente ahora que somos parte de Valtech se requieren puros trabajadores con una actitud de trabajo en equipo adecuada.

Adela se quedó mirándome anonadada. —¿Y eso qué quiere decir?

Resoplé mientras tomaba mi taza vacía de mi escritorio. —Voy por un café. ¿Vienes?

—Ay —lamentó, apuntando con su pulgar detrás de ella. Al ver en aquella dirección vi al muñequito de sistemas con el que había estado saliendo durante los últimos meses—. Ya había quedado con Tito de acompañarlo a desayunar, pero puedo...

Sonreí y suspiré. —No te preocupes —le dije, tomándole la mano—. Vete con tu enano.

—No le digas así —dijo aguantando la risa—. Es bien lindo.

Sí que lo era. Miré al tipo y aunque otras chicas pasaran frente a él sólo tenía ojos para mi Adela. Y él no era de tan mal ver. Quizá si fuera bastante más alto sería un imán de mujeres.

—Parece que en cualquier momento se soltará cantando y nos llevará a la

Fábrica de Chocolates de Willy Wonka —le susurré a Adela al oído.

—¡Bris! —exclamó Adela con una carcajada— Eres una tonta...

—Parece que podría librar la altura máxima para todavía entrar a los juegos para niños —dije, y Adela siguió riendo—. De hecho le envidio un poco eso.

—Ya, Bris —dijo Adela con una sonrisa—. Nos vemos ahorita.

—¡Adiós, Tito! —le grité a su micro-pareja, y él muy lindo alzó la mano y me saludó con una sonrisa en lo que su chica le alcanzaba.

“¡Él tiene que ponerse de puntitas para saludarla!” pensé al verlos darse un beso de piquito antes de irse tomados de la mano. *“Pero se ven tan bellos juntos.”*

Suspiré y fui a la cocinilla de la oficina pasando mi taza de una mano a la otra. Cuando entré vi a la tipa esa que Carmelo se estaba tirando.

—Buenos días, Bris —me saludó con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—¡De maravilla! —le contesté con una sonrisa fingida y ganas de estrellarle mi taza en la cabeza—. ¿Y tú?

—No puedo quejarme —dijo al pasar junto a mí—, he tenido mucho trabajo.

“Sí, tus rodillas han de estar muy adoloridas,” pensé.

Giré a verla luego de poner mi taza a llenar con agua caliente. Se notaba que la muy puta no traía bragas puestas.

Vi en el fregadero de la cocinilla la taza de Carmelo. La reconocí por el escudo de su universidad. La saqué y dejé en la orilla de la mesa, y cuando mi taza terminó de llenarse vi de reojo la de Carmelo.

Miré hacia atrás, asegurándome que no hubiera nadie cerca.

—¡Ay! —dije al mover mi codo hacia ella, empujándola y dejándola caer.

Me encogí de hombros esperando escuchar el estallido de la taza contra el piso, pero no vi que había un bote de basura donde cayó, y los papeles en él

amortiguaron la caída.

—¿Es en serio? —dije, mirando la taza segura entre una cama de papeles usados. Gruñí mientras cerraba mis puños y los agitaba un poco.

“No puede ser que ni romper una puta taza pueda hacer bien,” pensé.

La saqué de la basura, la estampé en la mesa de la cocinilla, y luego la tomé del mango y apreté mi agarre de ella, luchando contra el impulso de arrojarla contra la pared.

—¿Qué te hizo esa taza para merecer semejante trato? —preguntó una voz rasposa y profunda detrás de mí justo cuando el ardor de mis ojos estaba por sacarme una lágrima de frustración.

—Mira, amigo, no te met... —dije al girar en dirección de esa voz. Mi boca se quedó paralizada al ver a un sujeto altísimo vestido con un traje hecho a la medida, hasta con un pañuelito saliendo del bolsillo de su chaqueta.

Tenía una expresión en su rostro de “ni pienses en joder conmigo”, pero cuando nos miramos a los ojos el extremo de su boca se torció hacia arriba, ofreciéndome una mueca burlona que me dejó sin palabras.

—Guau —dije sin pensar, y solté un grillo al darme cuenta que había dicho eso en lugar de pensarlo—. Lo siento, yo...

Él entró dando pasos lentos hacia mí mientras mi rostro me quemaba de la vergüenza.

Tenía un porte de seguridad distinto a la arrogancia que casi siempre veía en sujetos con trajes caros hechos a la medida. Este tipo me hacía pensar que podía romper el muro de un golpe, o parar una bala con los dedos.

No podía leer bien sus ojos. Se miraban intensos, llenos de pasión, pero a la vez con una tristeza evidente. En aquel momento no sabía explicarlo.

Tomó la taza de mi mano, y al hacerlo sus dedos rozaron los míos. Todos los cabellos de mi cuerpo se erizaron mientras una explosión de electricidad sacudía cada célula de mi ser.

“Joder, nunca me habían hecho sentir así,” pensé, sonriendo como una

boba al verlo a los ojos.

Él sonrió y alzó la taza a la altura de su cabeza. —¿De quién es?

—¡Ah! —mi rostro se incendió por dentro—. Es... de mi jefe.

Giró la taza en su mano y la vio de todos los ángulos. —¿Y tu jefe merece que se le rompa la taza?

“*¡Uff, qué voz!*” pensé. —¿Qué? —dije sin aliento, y él sólo me miró a los ojos—. Verás...

Pareciera que el tiempo se puso en pausa cuando nos miramos a los ojos. Había un magnetismo que me jalaba hacia él, y mi ropa me incomodaba, como si de pronto le hubieran salido espinitas por dentro.

“*¡Contrólate, Bris!*” pensé, esforzándome en respirar profundo.

—¿Y bien? —insistió.

“*Qué va,*” pensé, asintiendo. —Sí, lo merece.

Sin quitar su mirada de mí, arrojó la taza por encima de mi cabeza. Solté un gritillo y, al voltear, la vi caer en el bote de basura, seguido de el chasquido de cerámica tan fuerte que no dejó lugar a dudas de la condición de la taza.

Reí y me cubrí la boca antes de voltear hacia él.

—Eso fue... —le dije, dando un brinquito de emoción—, ¿cómo te llamas?

Él estiró su mano hacia la mía y la estrechó. —Níkolás.

“*Níkolás,*” pensé, asintiendo mientras su mano áspera pero firme apenas y apretaba la mía, provocando un alto total de mis pensamientos y un torbellino en mis entrañas.

—No me has dicho tu nombre —dijo.

—¿Disculpa? —le dije, idiotizada por su mirada, y cediendo poco a poco a ese magnetismo que me acercaba más y más a él— Lo siento. Soy Briseida, pero dime Bris. Se oye horrible mi nombre completo.

—No estoy de acuerdo —dijo sin cambiar la expresión de su rostro—. Briseida. Tiene un timbre muy agradable al decirlo. ¿Sabes qué quiere decir?

Me encogí de hombros. —Ni idea. Mi madre segurísimo abrió el libro de nombres de bebés y eligió el más feo.

Níkolos no borraba esa mueca que cada vez me ponía más y más nerviosa.

—Briseida fue una mujer que Aquiles tomó durante el asedio de Troya —explicó—. Cuando el rey Agamenón se la arrebató, Aquiles decidió no pelear más del lado de los griegos, y es cuando los troyanos tuvieron un periodo de éxito en la guerra de Troya.

—O sea, era la novia del héroe —le pregunté.

Níkolos rio un poco. —Yo no lo llamaría un héroe, pero podría decirse que sí.

Moví mi cabeza de lado a lado. —De pronto me gusta más mi nombre —dije, luego miré hacia arriba—. Briseida —apreté mis labios y sacudí mi cabeza—. No, sigue sin gustarme.

Ambos reímos un poco.

—De acuerdo, *Bris* —dijo Níkolos.

—¿Y a ti puedo llamarte Nick?

Por un instante, un brevísimo instante, un chispazo se atravesó en su mirada, como si un pequeño corto circuito le sacudió por dentro un poco. —A decir verdad, prefiero Níkolos.

—De acuerdo, Níkolos...

—¡Oye! —llamaron de afuera de la cocinilla. Ambos volteamos y vimos a un hombre más joven que Níkolos asomándose—. Te estaba buscando.

—Adelántate a la sala de juntas, Esteban —ordenó Níkolos, y el muchacho se fue.

—El deber te llama —dije.

—Esto fue agradable, Bris —dijo, bajando la cabeza—. Espero verte por

aquí.

—No lo creo —dije—. Acaban de despedirme.

—¡Ah! —exclamó Níkolás, alzando la cabeza y mirándome a los ojos un instante antes de clavar su mirada en mis labios—. Ahora tiene sentido.

“*Joder, esos labios,*” pensé al ver los suyos, pero luego metí mi mano en su chaqueta, y toqué su pecho en busca de su teléfono en el bolsillo de la camisa, y al encontrar sólo una pluma revisé en el del interior de su chaqueta.

“*¿No tiene teléfono? No importa, esto servirá*” pensé luego de sacar mi mano con la pluma y memorizar la sensación de su calor corporal en mi palma.

Tomé su mano y anoté mi teléfono en ella. —Puedes llamarme, si quieres —le dije mientras lo anotaba.

Níkolás miró mi número en su palma, luego volteó a verme a los ojos.

Nos miramos uno al otro unos largos instantes, como si ninguno de los dos quisiera irse pero tampoco sabíamos cómo justificar el quedarnos ahí.

—Con permiso —dijo antes de irse caminando.

Salí de la cocinilla y le seguí con la mirada hasta que se detuvo a mirar su palma, luego sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón.

Asumí que estaba grabando mi número entre sus contactos, y regresé por mi café dando de brinquitos como una colegiala que acababa de ligarse al capitán del equipo de fútbol.

“*¡Algo bueno tenía que salir de este día!*” pensé mientras le ponía café y azúcar a mi agua caliente. “*¡Joder, qué bueno estaba ese tipo!*”

Capítulo 2.

Nikolas

Giré tras grabar su número entre mis contactos. La vi alejarse, sosteniendo su taza con ambas manos mientras caminaba despacio, y admiré la forma en que su abundante melena se balanceaba de un lado a otro con cada paso que daba.

“Qué mujer tan peculiar;” pensé.

Ella dejó su taza y pasó a sentarse encima del escritorio de una compañera suya, seguida de una carcajada y sonrisa tan grande como cualquiera que hubiera visto. Jamás habría imaginado que acababan de despedirla ese día.

Recordé cómo sonreía y, de inmediato, se esforzaba por dejar de hacerlo. Parecía ser un tic nervioso suyo, uno muy simpático, muy encantador. A decir verdad hacía un tiempo que no disfrutaba una conversación así de amena que no tratara de negocios o mi estado mental.

“Quizá sí le llame,” pensé al dar la vuelta y caminar hacia la sala de juntas donde nos habíamos instalado Esteban, Lilian, y yo. *“Me vendría bien algo... peculiar en mi vida.”*

—Claudia —llamé a mi asistente sentada en el escritorio de la oficina junto a la sala de juntas.

—Dígame, señor Reiter —contestó al voltearme a ver y ajustar sus gafas.

—Necesito el archivo de Recursos Humanos de un empleado —dije al agacharme en su escritorio y tomar su cuaderno de notas. Escribí “Briseida,” pero me detuve y enderecé .

Claudia leyó el nombre. —Necesito su apellido, señor.

Sonreí y negué con la cabeza. —No lo tengo.

Giré a verla y pareciera que su rostro se iluminó. —¿Puede decirme algo más de esta empleada?

—La acaban de despedir —dije—, y seguramente trabaja en el departamento... —apunté hacia la dirección de la cocinilla— cuyos supervisores trabajen en aquel lado del piso.

Claudia entrecerró sus ojos y quedó boquiabierta con mi descripción.

—Señor Reiter, trataré de conseguir la información pero...

—¡... momento para cambiar nuestra oferta! —escuché a Esteban gritar en la sala de juntas a un lado nuestro.

—¡El que seas homosexual no quiere decir que debas ser un maricón, Esteban! —le gritó una mujer que, al reconocer la voz, detonó un hundimiento en mi pecho— ¡Están siendo demasiados generosos con su...!

Miré a Claudia y arqueé una ceja. —Llegó Lilian —supuse.

—Sí, señor —dijo Claudia con una sonrisa forzada.

Suspiré y fui a la sala de juntas tan rápido como pude. Abrí la puerta de golpe y tanto Lilian como Esteban guardaron silencio al verme. Lilian se quedó mirándome a los ojos, y Esteban volteó y hacia mí mientras cerraba la puerta despacio.

Ambos me miraron en silencio mientras me sentaba y recargaba en una silla.

Miré a Lilian, quien apostaría que inició la discusión. Joder, ¿cómo podía parecerse tanto a la mujer de negocios más brillante que había conocido y al mismo tiempo ser tan conflictiva?

—¿Qué carajos les pasa? —regañé, y ambos pensaron que podían gritar al mismo tiempo, así que levanté mi mano abierta y ambos se callaron.

Miré a Esteban. —Son el Representante Legal —luego miré a Lilian— y la Directora Financiera de uno de los conglomerados tecnológicos más grandes del planeta. ¿Creen que esté bien que empleados de la compañía que acabamos de adquirir vean al liderazgo de la compañía comportarse como

unos niños maleducados?

Ambos se miraron uno al otro.

—Lo siento, Níkolás —dijo Esteban.

—Lilian —le llamé, recargando mi codo en la mesa y presionando como mi índice mi sien mientras la miraba—. Habla.

Ella deslizó una carpeta abierta en mi dirección. Tenía adentro el estado de cuenta de ProComm con algunos saldos resaltados con marcador rojo.

—Esta compañía está al borde de la quiebra —dijo Lilian—. Ve lo mal que han manejado sus...

—Ve al grano, Lilian —le interrumpí sin quitar la mirada de las hojas.

—Creo que podemos conseguir que bajen su precio a trescientos millones.

—Ya hicimos una oferta formal, Lilian, no podemos... —dijo Esteban, pero guardó silencio en cuanto giré a verlo.

—Lo trataron de ocultar —continuó Lilian—, pero le deben a sus proveedores, y la fábrica de México ha estado atrasada con la entrega de sus componentes —explicó, apuntando hacia los números rojos del estado de cuenta.

—¿Y? —dijo Esteban— No son la primer compañía que... —de nuevo, guardó silencio en cuanto giré a verlo.

—Y eso no es todo.

—Por supuesto que no lo es —murmuré, cerrando los ojos y frotando mis párpados.

—Hay irregularidades en sus ingresos —dijo, girando la página y apuntando a unos números resaltados con subrayador amarillo—. Si compramos la compañía y resultan estar involucrados en algo ilegal podríamos ser considerados responsables.

—¿Dónde estás mirando eso? —preguntó Esteban, tomando las hojas.

Abrí los ojos para ver la hora en mi reloj de muñeca.

—Esteban —le llamé—. Déjanos.

—¿Eh? —giré a verlo, y cuando nos miramos a los ojos él dejó las hojas en la mesa y salió de la sala de juntas.

“Luego hablo con él,” pensé al respirar profundo.

Miré a Lilian. Tenía una mano recargada en la mesa y no despegaba esos ojos llenos de desprecio hacia mí, causando que se revolviere el contenido de mi estómago. Eran, después de todo, ojos idénticos a los de mi amada Abby.

“No es ella,” me recordé al ponerme de pie, mirándola de arriba abajo. *“Es su hermana gemela, no es la mujer que murió en tus brazos.”*

Ese vestido ejecutivo tan ajustado que traía puesto lucía su figura. Eran las mismas piernas que parecían capaces de romperme a la mitad de una patada. Las mismas caderas que podían volverme loco con sus movimientos. La misma cintura de donde me fascinaba tomarla y cargarla.

Pero Abby jamás habría usado un vestido así a una reunión de trabajo. Ella no era el tipo de mujer que usara su belleza como un arma.

—Ahora sí podemos hablar de...

—Cállate, Lilian —le ordené—. Siéntate.

Ella entrecerró sus ojos. —Ten cuidado cómo me hab...

—Que te calles —dije, levantándome y mirándola a los ojos—. Tus observaciones son válidas, pero no estoy comprando esta compañía porque fue manejada mal y es una oportunidad para venderla a pedazos.

Saqué de mi maletín una táblet electrónica y abrí un archivo antes de rodear la mesa y entregársela a Lilian en sus manos.

—¿Qué es...?

—Míralo.

Ella lo hizo, y si aquello fuera una caricatura habría visto signos de dólares brillar en sus ojos.

—¿ProComm tiene la patente del chip que haría esto funcionar? —preguntó Lilian con una sonrisa.

—Por eso ofrecí más del doble que otras corporaciones —dije—. Todos ellos vieron lo mismo que tú: mala administración y deudas hasta el cuello. Pero nadie vio esta pieza del rompecabezas, y me partirá un rayo si no podemos sacarle provecho a esto.

—Cuatrocientos millones sigue siendo mucho —dijo Lilian.

—Nada comparado con lo que esto valdrá cuando sea implementado.

Ella sonrió, y mi corazón se aceleró al verlo. “*Hasta sonrío igual que Abby,*” pensé. Un impulso muy familiar casi logra que me inclinara hacia ella y probara esos labios que me embriagaban con sólo un roce.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —preguntó Lilian— Podrías haberme mandado al carajo y hacer lo que quisieras, como siempre lo haces.

—Porque ya estoy cansado de esto, Lilian —dije, cruzándome de brazos—. Desde que murió Abigail y nos enteramos que me había dejado a mí todas sus acciones de la compañía ha sido una incesante pelea entre tú y yo.

Ella giró y se acercó a mí. Percibí el mismo perfume que su hermana le gustaba usar.

—Sé que piensas que la presidencia de la compañía de tu familia debe ser tuya y no de un completo extraño que tuvo la buena suerte de enamorar a tu hermana.

—En eso tienes razón, Níkolos.

—Y estoy de acuerdo contigo, Lilian —le dije—, pero le prometí a Abigail cuando nos casamos que protegería lo que es más importante para ella, y para ella la compañía estaba por encima de todas las cosas.

Lilian respiró profundo y tensó su mandíbula. —Demuestra que mereces y que estás lista para tomar las riendas de esta compañía y te doy mi palabra que te venderé mis acciones.

Acerqué mi rostro al suyo. —Pero ya basta de comportarte como una niña

haciendo una rabieta cada vez que hago algo que no te parece, y mejor ayúdame a hacer aún más grande a Valtech.

Ella miró a mis ojos sin hacer esfuerzo alguno por ocultar su arrogancia y su erróneo sentido de merecimiento. —De acuerdo, Níkolás —dijo—. Hagámoslo a tu manera.

—Gracias, Lilian —le dije, enderezándome y tomando la táblet de sus manos.

Caminó detrás de mí y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo un momento antes de voltear hacia mí.

—Nunca entendí lo que mi hermana vio en ti, sabes —dijo.

Alcé la mirada y sonreí. —Yo tampoco.

—Pero creo que ya lo estoy mirando —dijo Lilian, sonriendo antes de salir de la sala de juntas.

Esteban entró mientras guardaba la táblet en mi maletín.

—Esperaba ver sangre en la pared —dijo entre risas, cruzándose de brazos—. Quizá la cabeza de mi hermana o la tuya colgada de la ventana.

Alcé la mirada hacia él.

—Entendido, no estás de humor para bromas —dijo sonriendo antes de darme un puñetazo amistoso en mi hombro—. ¿Estás bien?

Suspiré y miré hacia la mesa vacía. —Sabes, me siento mal teniendo que recordarme siempre que la veo que ella no es Abigail.

—Yo también la extraño, Níkolás —dijo Esteban—. Era tan sabia, tan amorosa. Y Lilian es...

—Es Lilian —dije entre risas—. Qué malas bromas nos juega Dios.

—¿Crees que haga algo para sabotear esta compra?

Tomé mi maletín. —Espero que no —dije antes de dirigirme a la puerta—, no le conviene hacerlo, pero nunca se sabe con tu hermana.

—Espera, necesito revisar mi correo rápido —dijo Esteban, sacando su

portátil y abriéndola—, ¿cómo es posible que tengan mejor red inalámbrica que nuestra central en Nueva York?

Me quedé bajo el umbral de la puerta, mirando hacia los cubículos de las oficinas, buscando a Briseida, y mi corazón se paralizó al verla caminar en mi dirección, con su atención en unos papeles que traía en las manos.

Alzó la vista antes de llegar contra mí. De nuevo lució esa sonrisa que aceleró mi corazón y encendió mi pecho de emoción.

Sonreí al verla, pero al escuchar a Esteban toser detrás de mí respiré profundo y borré mi sonrisa justo cuando ella caminó frente a mí.

Pero ella no dejó de sonreír. Clavó su mirada en mis ojos y me guiñó el ojo al pasar justo cuando debía voltear hacia delante.

Fui incapaz de contenerme y miré su físico al caminar.

—Okey, listo —dijo Esteban al salir de golpe de la sala.

—Sí, vámonos —dije, sacudiendo mi cabeza.

—¿A quién mirabas? —dijo, volteando en dirección de Briseida.

—A nadie, Esteban.

—¿La de la melena ondulada sacando copias? —preguntó, apuntando hacia ella.

Suspiré resignado. —Sí, ella.

Esteban apretó sus labios y asintió al verla ponerse de perfil cuando sacó las hojas de la copiadora. —Tienes buenos gustos, cuñado.

Gruñí y caminé hacia el otro lado.

—¿Qué? —exclamó, siguiéndome— Me da gusto que al fin estés mirando a otras mujeres.

—¿Ya terminaste con las proyecciones que te encargué?

—¡Las viste en la mañana, y no me cambies el tema! —regañó— Abby habría querido que siguieras con tu vida.

Me detuve, miré al piso un momento, luego giré hacia Esteban.

—Te quiero como un hermano —le dije—, pero no hablaremos de lo que Abigail querría o no de mi vida.

—Viejo —dio un paso adelante, pero puse mi mano abierta frente a su rostro.

Respiré profundo. —No hablaremos de esto —dije despacio—. Tenemos trabajo.

—Tarde o temprano tendrás que hablarlo, Níkolos —dijo Esteban—. Ya sea conmigo o con alguien más.

—¡Señor Reiter! —llamaron detrás de mí. Al voltear vi a Claudia acercarse a mí rápido— Tengo la información que me pidió. Se la envié a su correo electrónico.

—¿Tan pronto? —dije, mirando de reojo hacia la máquina de copias, donde sorprendí a Briseida mirándome también— Excelente trabajo, Claudia.

Capítulo 3.

Briseida

—¿Cómo era? —me pregunté a mí misma al mirar la pantalla con el texto de la patente que estaba redactando en inglés— *This patent discloses and claims...* —leí en voz baja mientras escribía.

Escuché risillas detrás de mí. Giré y vi a Tito sentado junto a Adela susurrándole cosas al oído y haciéndola portarse como una niña de secundaria.

—¿Les importa? —dije al voltear— Hay quienes tenemos trabajo.

—Lo siento, amiga —dijo Adela con una sonrisa.

—Trataré de no hacerla reír —dijo Tito con una mueca.

—¿Que no tienes trabajo? —le pregunté.

—Mi ordenador está compilando un código —dijo Tito con una sonrisa—. Tengo tiempo.

Levanté mis cejas y sacudí mi cabeza. —No sé qué rayos acabas de decirme, pero dichoso tú —dije, giré, y en cuanto puse mi vista en el renglón donde me había quedado escuché otra risilla de Adela.

—Eres un travieso —la escuché susurrarle.

—Tú me pones así, gordita —le contestó Tito con un tono seductor que me sacó una sonrisa escuchar de él.

Ya no les dije nada. Miré al espejo pequeño que tenía pegado junto a mi monitor y los vi rozándose la nariz.

Sonreí al verla. El último idiota con el que salió dejó embarazada a su ex y ya no le volvió a hablar hasta que ella le marcó borracha exigiéndole

respuestas.

Pensaba que se volvería una amargada igual que yo, y que sólo usaría a los hombres cuando quisiera sexo. Pero Adela era una adicta a estar enamorada, y esta vez parecía estar cayendo con un buen sujeto ¡Tito ni siquiera volteaba a ver otras chicas cuando estaba con Adela!

Y el enano ese tenía su lado travieso. Algo le susurró a Adela al oído que la hizo darle un manotazo en el pecho con el rostro más rojo que una manzana.

—Bueno, ya —susurré para mí misma tras despegar la mirada del espejo y miré la pantalla lista para terminar ese texto.

—¿Acaso se te paga por coquetear? —escuché. Giré y Carmelo estaba parado junto a Adela con los brazos cruzados.

“Ya llegó el aguafiestas,” pensé, girando los ojos.

—Lo siento, señor, ya me... —dijo Tito, poniéndose de pie.

—Ya te ibas, lo sé —le interrumpió, apuntando hacia el pasillo—. Largo de aquí, y no creas que no le diré a tu supervisor lo que estabas haciendo aquí.

Tito salió caminando tan rápido como pudo, mientras Adela se quedó sentada en su lugar con sus manos sobre su regazo.

—¿Ya revisaste los diagramas de flujo para la documentación que necesitamos enviar al cliente para este fin de semana? —preguntó Carmelo con sus manos en la cintura, mirando a Adela.

—Estoy esperando a que... —dijo mi amiga con la cabeza agachada.

—Entonces no los has revisado —dijo Carmelo—. ¿Qué hay de...?

“Este tarado ya me cansó,” pensé. —Cielos, no seas tan pesado —dije.

Carmelo volteó a verme despacio, mientras los ojos de Adela parecían estar a punto de salirse de su lugar por lo abiertos que estaban.

—¿Qué dijiste? —preguntó nuestro jefe.

—Aquí tengo para limpiar los oídos por si no estás escuchando bien — dije con una sonrisa—. Pero *dije* que no fueras tan pesado.

—¿Acaso estaba hablando contigo? —dijo Carmelo, caminando hacia mí.

—No, pero no tienes que humillarla siendo que tú también tienes cola que te pisen.

Sus ojos bien estuvieron a punto de salirse de su cabeza, y caí en cuenta que quizá era al única que sabía de su indiscreción con la chica nueva.

—¿Qué insinúas, Briseida?

—Cariño, no estoy insinuando nada —dije—. Estoy *diciendo* que no seas *hipócrita*.

—Mira, Briseida...

—¿Qué harás? ¿Despedirme? —pregunté con una sonrisa.

—Despídete de tu liquidación.

—¿Y qué dirá la pobrecita de tu mujer sobre la nueva secretaria que contrataste? —pregunté, alzando las cejas— ¿O de la practicante que te estás tirando? —cubrí mi boca y fingí indignación— ¡¿Qué dirán en Recursos Humanos?!

Carmelo apretó la mandíbula tanto que sus dientes llegaron al borde de fragmentarse. Abrió la boca, pero alzó la mirada, respiró profundo y se esforzó en sonreír educadamente.

—¿Qué? —dije, volteando hacia donde él miraba.

Mi corazón pasó a volverse loco cuando crucé la mirada con Níkolos mientras él veía en mi dirección. Mi boca se abrió por sí sola, dejando salir una sonrisa ante esos ojos intensos enfocados en mí.

Níkolos sonrió, y yo respiré aliviada, pues si hubiera sido la única que sonriera me habría muerto de la vergüenza.

—Níkolos Reiter —dijo Carmelo luego de que Níkolos regresó su atención al hombre que caminaba junto a él—. Dueño y Presidente de

Valtech.

Giré hacia Carmelo tan rápido que perdí el equilibrio y casi caí de mi silla. —¿Presidente? —dije boquiabierta.

—Quiere decir que es el jefe de todos en esa...

—¡Sé lo que quiere decir eso! —exclamé— ¡Él es el nuevo dueño de nuestra compañía?

—Así es —dijo Carmelo, moviendo su cabeza de lado a lado—. El otro, el que está tan delgado que podría llevarse el viento es Esteban Valisa, y la *femme fatale* detrás de ellos es Lilian Valisa. Si yo tuviera los billones que ellos tienen también caminaría como si mi mierda no apestara.

Me sobé la frente al recordar cómo le tomé la mano a Níkolos para anotarle mi teléfono, y cómo le guiñé el ojo al pasar frente a él cuando fui a sacar unas copias. “*Estúpida, me he de haber visto como una desesperada,*” pensé.

Carmelo refunfuñó antes de irse sin despedirse.

Me quedé mirando a Níkolos y al grupo de personas con las que iba mientras entraban a la sala de juntas.

Se notaba a leguas que Níkolos era el dueño de esa habitación cuando el señor Waylon Blake, el actual dueño de la compañía, y el señor Gerardo Núñez, gerente de las instalaciones, se levantaron y caminaron hacia la puerta para estrechar su mano.

—Cuando Tito me dijo que habían vendido la compañía pensé que sería a uno de esos ancianos de Wall Street o algo así —dijo Adela, que se había acercado a mi lado sin que yo me diera cuenta—. ¡Pero amiga, el nuevo dueño está buenísimo!

—Es sólo un traje más —dije con una mueca—. Un traje más, con un culo de campeonato.

Adela soltó una risilla. —¿Te digo algo?

—¿Qué?

—El tipo que le acompaña —dijo Adela—. Lo vi hace rato cuando estaba en la cafetería, y le estaba dando unos besotes a uno de los ingenieros de producto que hasta yo me acaloré un poco.

Sonreí. —Te has vuelto una pervertida desde que andas con Tito.

—Me he vuelto una pervertida desde que eres mi amiga —dijo, dándome un manotazo.

—¿Con quién se besuqueó? —susurré, acercando mi oído a ella sin quitar la mirada de Níkolos de pie y hablando dentro de la sala de juntas.

—El moreno, con el que a veces come Tito —dijo Adela, mirando hacia el techo—. Ay, me lo presentaron el otro día, pero no me acuerdo como se llama. El que siempre trae una de esas pulseras de cuentas de madera...

—Ya sé cuál —dije, recordando con lujo de detalles mi encuentro con Níkolos en la cocinilla.

—Pero... —Adela se estremeció en su asiento—. *Señor Reiter* —dijo con tono insinuante, sacándome una risilla—. ¿Estará soltero?

—Le voy a decir a Tito —le regañé.

—No lo digo por mí —me abrazó y empujó con todo y silla antes de adueñarse de mi ordenador—. Lo digo por ti.

—¿Por mí? —exclamé, dándole un manotazo—. Estás loca. ¿Cuándo en la vida un tipo así me volteará a ver?

—¡Sí está soltero! —exclamó, apuntando a mi pantalla, donde había abierto el navegador de internet y buscado el nombre de Níkolos.

Giré y leí rápido la entrada de su biografía. —No está soltero —dije, apuntando al renglón y perdiendo cualquier emoción que tenía—. Está *viudo*.

—Qué feo —dijo Adela.

—¿Qué le pasó? —pregunté al arrebatarle el ratón y bajar la página.

Adela leyó y soltó un soplido. —La mataron frente a él.

“*Murió en sus brazos,*” pensé al ver una foto tomada de un móvil a lo

lejos, donde parecía que Níkolás tenía abrazada a su esposa.

Había otra foto de ella en la página, y noté lo joven que se veía, aunque al verla con más atención me pareció algo familiar.

—¿No la hemos visto en otro lado? —le pregunté a Adela— ¿O tiene una de esas caras que parecen familiares?

—No —dijo Adela, apuntando por encima de mi monitor.

Levanté la mirada y, en efecto, era idéntica a la mujer en la sala de juntas con Níkolás, pero con el cabello alaciado y mucho más largo.

—¿Que no se supone que está muerta? —pregunté extrañada.

—A ver... —Adela dio un par de clics y terminó en una página donde vimos una foto de dos mujeres idénticas abrazadas y riendo— Creo que es su hermana gemela... Sí, Lilian.

—Pobre tipo —dije, cruzándome de brazos—. ¿Te imaginas? Se muere tu esposa, pero todavía tienes que verla todos los días.

—Ay no —dijo Adela, mirando la pantalla—. Aunque murió hace dos años. Quizá ya siguió con su vida.

—Quizá se consuelan mutuamente —dije con una mueca.

Nos miramos unos momentos, y ella regresó al buscador y buscó fotos de él con otras chicas.

En todas las fotos que veíamos de él en eventos de recaudación de fondos y galas y cosas así le veía solo, aunque siempre había mujeres en el fondo cerca de él mirándolo... Más bien *comiéndoselo* con la mirada.

—Viejas interesadas —dije entre risas—. Mira cómo se lo están saboreando.

—¿Y nosotras no? —dijo Adela con una sonrisa.

Reí. —No es mi tipo, pero sí está buenísimo.

—¿No es tu tipo? ¡Claro que lo es! —exclamó— Tiene toda la pinta de ser un sujeto con el que no se debe jugar. Todo un chico malo.

Recordé cuando le tomé su mano y anoté mi número. Tenía ampollas en ella, y estaban ásperas, como las manos de un trabajador manual. Era algo que no cuadraba con el traje carísimo y la presencia que tenía en esa sala de juntas, donde todos estaban mirándolo hablar.

Sacudí la cabeza y apunté a la pantalla. —Mira esas mujeres, y mira cómo era su esposa. Son supermodelos, actrices, o de familia adinerada —solté una risilla—. Estoy segura que *yo* no soy su tipo.

—¡De veras que tienes un problema de autoestima! —exclamó Adela— Bris, cuando te arreglas y te pones un vestido ajustado estás igual, o más guapa, que tipas como esas.

—Lo dices por ser mi amiga —dije, quitándole el ratón y cerrando las ventanas del navegador—. En la vida real las mujeres como yo no terminan como sujetos como él. Además tiene hasta de dónde escoger de tanta interesada que se le ha de ofrecer.

“¿Por qué habría de escogerme a mí,” pensé, luego volví mi atención a la sala de juntas y suspiré al verlo caminar despacio mientras hablaba. *“Pero se siente tan bien coquetearle.”*

Mi teléfono me sacó de mi trance con su vibración. Desbloquéé la pantalla y leí el mensaje que me había llegado.

—Me muero por verte en la noche, nena. Llevaré comida china —decía el mensaje de texto enviado por Gaspar.

Suspiré y me lamí los labios. *“En la noche desahogo las ganas que me dio Nikolas,”* pensé.

Capítulo 4.

Briseida

“*En cuanto llegue ese hombre...*” pensé, mirándome al espejo con el camisón de seda que me había puesto.

El resto del día había intercambiado miradas y guiños con Níkolás en el trabajo. Era increíble cómo me ponía sacarle sonrisas y miradas a un tipo como él.

Pero como no podía aprovecharme de él, tendría que ser con el pobre de Gaspar cuando llegara.

Tocaron a la puerta, y caminé rápido a la entrada de mi departamento. Me asomé por la mirilla, y en cuanto comprobé quién estaba al otro lado sacudí mi cabeza para desordenar un poco mi cabello, y la abrí de golpe.

Gaspar respiró profundo y me miró de arriba abajo con absoluto descaro.

—Llegas tarde —le reclamé.

Di un paso hacia él con la intención de restregar mi cuerpo contra él, pero levantó una bolsa de papel café y rio.

—Nena, cuidado, que la comida viene caliente —dijo, rodeándome y entrando a mi departamento.

Cerré la puerta y le seguí hasta la mesa de mi cocina.

“*¡Por qué no dejó la comida en la mesita de la entrada!*” pensé desesperada.

Dejó la comida, se quitó su chaqueta, y volteó a verme.

—Voy al baño —dijo, acercándose a mí y tomándome de la cintura—. Cuando regrese, te quiero ver sentada en la orilla de la cama, a gatas, y sin

tanga.

Me estremecí al escucharle y sentir sus labios tan cerca de los míos. Estiré mi cuello hacia él, pero él caminó hacia atrás y dio la vuelta antes de dirigirse al baño.

Gruñí y caminé hacia el fregadero de mi cocina donde me serví un vaso con agua. El teléfono de Gaspar sonó con un “Yuju” seductor que jamás le había escuchado. Miré hacia la mesa y ahí estaba, junto la bolsa con la comida.

—Mi amor, se averió el coche de tu mamá, ¿puedes venir por nosotras? — me pareció leer el mensaje en la pantalla.

Me acerqué, lo tomé en mis manos, y leí el mensaje con más cuidado, y comprobé que sí decía eso.

—No —dije para mí misma, desbloqué el teléfono, y revisé sus mensajes.

Cada vez que leía un mensaje de una tal “Daisy Amor” mi corazón se hundía más.

—¿Estás lista para tu papi, chiquita? —preguntó Gaspar.

Levanté la mirada y le vi desabrochando los botones de su camisa, pero se detuvo en cuando me vio con su teléfono en las manos.

—Bris.

Me solté riendo antes de deslizar su teléfono en la mesa.

—Lo sabía —dije entre risas y poniendo mis manos en mis caderas—. Lo sabía, lo sabía.

—Bris, puedo...

Tomé su chaqueta y se la arrojé con todas mis fuerzas.

—¡Te me largas de inmediato, reverendo hijo de tu puta madre! —le grite a Gaspar a todo pulmón.

—Bris, cálmate.

—¿Que me calme? —reí antes de recoger un plato de plástico en la mesa y

arrojárselo a la cara— ¡¿Que me calme?!

“*Maldita puntería que tengo,*” pensé al ver el plato errar su marca por más de un metro.

Gaspar rio. —No entiendo por qué estás tan enojada —dijo con calma—. Hace meses que vengo a tu casa, nos divertimos, me voy, y cada quién con su vida. ¿De pronto te importa que tenga pareja?

—Sí, idiota, me importa —le dije caminando rápido hacia él— ¿Desde cuándo tienes novia?.

—Un año —dijo, abotonándose la camisa—. Y en realidad es prometida.

—De verdad eres un... —dije entre risas—. Carajo, Gaspar. Fui muy claro contigo que yo no me metía con tipos liados con alguien más.

—Vamos, chiquita, a ella no le hago lo que te hago a ti, Bris —dijo con tono insinuante tratando de tomarme de la cintura.

Luché sin éxito con el instinto de mirarle esos labios a los que me tenía adicta. Traté de alejarle con mis manotazos, pero no podía golpearle fuerte.

Quizá, muy dentro de mí, quería sentir sus manos fuertes encima de mi cuerpo. Y cuando lo hicieron, sabía que estaba a su merced. “*Carajo,*” pensé. “*¿Por qué sus manos se sienten tan bien?*”

—Yo ya no quiero —le dije sin ganas.

—¿Estás segura? —susurró a mi oído mientras su mano rodeaba mi cadera y levantaba el camisón para poderme agarrar las nalgas.

Joder, por dentro quería que me soltara, quería que me diera asco, quería no desearlo tanto como lo estaba haciendo.

Pero lo hacía. —Bastardo —le dije, alejándome de él.

—Te preocupas demasiado, Bris —dijo con calma antes de pasar junto a mí y darme una nalgada.

Le vi tomar su teléfono y gruñó al leer el último mensaje. Mi garganta se hizo un nudo cuando lo puso junto a su oído.

—Hola amor —dijo como si yo no estuviera ahí—. Sí, ya voy saliendo. Las veo en unos minutos.

“*Si le dice que la ama...*” pensé, rechinando los dientes.

—Te amo, princesa.

Suspiré cuando le colgó. —Es la última vez, Gaspar —le dije.

Él volteó a verme. Nos miramos a los ojos unos momentos en los que quería cachetearlo, patearlo... Caray, quería sacar de mi armario el bate que compré para defenderme y molerlo a golpes.

Gaspar sonrió. —No lo es, Bris.

—Sí, lo es —le dije cuando pasó a mi lado y recogió su chaqueta del suelo—. No te voy a negar que eres un polvo de campeonato, pero ahora me entero que tienes novia...

—Prometida —corrigió, y yo solté una carcajada.

—Vete al diablo —dije, negando con la cabeza—. Pierde mi número, Gaspar. Ya no me busques, ya...

—Briseida, por favor —me interrumpió con una mueca de oreja a oreja, luego cerró el espacio entre nosotros de dos rápidos pasos y acercó su frente a la mía.

Cualquier palabra que estaba por decir quedó atorada en algún lugar en el fondo de mis pensamientos.

Estaba paralizada al tenerlo tan cerca, aspirando ese estúpido aroma que me derretía por dentro y por fuera, y cuando frotó mi nuca con sus dedos de la forma que el malnacido sabía me volvía loca le miré a los ojos.

—¿Acaso no te gusta que te acaricie el cuello...? —susurró, y su otra mano encontró mi cadera, para luego deslizarla hacia mi muslo exterior— ¿O tus piernas?

—Gaspar —suspiré, o más bien gruñí, ordenándole sin éxito a mis manos que alejaran las suyas.

—¿No te gusta cómo te hago vibrar? —preguntó al deslizar su mano hacia mi vientre, y yo solté un quejido cuando la punta de uno de sus dedos rozó por encima de mis bragas donde iniciaban mis labios— ¿Acaso hay otro hombre que te haga sentir como yo?

—Hijo de puta —suspiré a su oído mientras mis manos se movían solas hacia su cinturón y tiraban de él.

Gaspar tomó mis manos, las juntó, y caminó hacia atrás antes de soltarlas, dejándome ahí parada y encendida. —Será en otra ocasión.

No tenía palabras. Estaba anonadada al verlo dar la vuelta, tomar sus llaves, y dirigirse a la puerta.

—Yo te hablo, Bris —dijo sin siquiera voltear a verme.

Cuando salió al fin pude moverme. Me solté riendo, y luego tomé un cojín de mi sofá y lo arrojé hasta la puerta del departamento.

Miré la bolsa de papel con la comida china que estaba en la mesa. Caminé hacia ella y me dejé caer en la silla, derrotada.

—Al menos me dejó la cena —lamenté antes de tomar un pedazo de pato almendrado y echarlo a mi boca.

Fui a mi refrigerador por una cerveza. Al cerrar la puerta vi el recibo de mi tarjeta de crédito pegado con un imán y suspiré.

—Maldita sea —dije al ver esos números que no bajaban.

Vi en la mesita junto al refrigerador mi teléfono conectado a su cargador, y noté el ícono de correo de voz. Lo tomé y llamé mientras regresaba a mi comedor.

—*Señorita Figueroa* —reconocí la voz de mi arrendador y gruñí—. *Ya recibí su pago del alquiler de este mes pero le recuerdo que aún me debe otros tres meses atrasados. Necesito hablar con usted sobre eso. Llámeme.*

—Ni loca —dije mientras presionaba un número en la pantalla de mi teléfono para borrar ese mensaje—. Este mes le pago otro mes atrasado, y si quiere.

Borré el mensaje y bebí más de la mitad de mi cerveza de un largo trago. Tomé un tenedor de la mesa y devoré los tallarines de otro contenedor.

Terminé el contenido de la botella, y tomé la cajetilla de cigarrillos que tenía junto a mi horno de microondas.

Saqué uno, lo puse en mi boca y puse mi mano en el botón de mi estufa. Pero no la encendí. Saqué el cigarrillo y lo miré mientras el recuerdo de Gaspar tocándome y manipulándome sin ningún problema me azotó como un ariete.

“Debería haberse ido castrado el hijo de perra,” pensé, sintiendo mi labio inferior temblar antes de que un par de lágrimas escaparan de mis ojos.

Me dirigí al sillón junto a la ventana de mi habitación. Me senté en el apoyabrazos y miré la lluvia deslizarse sobre el cristal.

La abrí un poco, y quité las lágrimas de mis mejillas mientras gotas pequeñas y algo de rocío entraba y me refrescaban el rostro.

Giré hacia mi cama y mi mente me mostró destellos de ratos apasionados que había tenido en el pasado con el imbécil de Gaspar.

Debía reconocerlo, el tipo sabía lo que hacía. *“Quizá por eso no puedo resistirme,”* pensé, dándole otra aspirada a mi cigarro. *“Un buen polvo es difícil de encontrar en estos días. Sobre todo uno que se mire como él.”*

Justo cuando estaba profundizando en mi trance de recordar lo delicioso que aquel hombre me hacía sentir recordé, como una roca golpeando mi rostro, cómo contestó el teléfono y decirle a su novia... No, *prometida*, que ya iba con ella.

—Definitivamente es la última vez que le hablo —dije.

“¿Pero si él me habla a mí?”

Gruñí, y recargué mi cabeza en la ventana, disfrutando cómo lo helado del frío relajaba mi sien.

La lluvia había bajado su intensidad, y vi en la esquina a una pareja esperando en la parada del camión. Estaban abrazados, hablando, mirándose

a los ojos, sonriendo. Podía verse a leguas que estaban felices.

Cerré los ojos e imaginé empapándome bajo la lluvia, importándome poco porque estaba abrazada de atrás por alguien que me hacía sentir especial, como si fuera la única chica en el mundo para él. Alguien que no importara que pasara la puta de Miss Universo frente a nosotros yo seguiría siendo el centro de su mundo.

Abrí los ojos y salí de mi fantasía.

—Briseida, por favor —me dije a mí misma.

Vi de nuevo a esa pareja en la esquina, y resoplé.

—Ay, amiga —dije—. Segurísimo se está follando a tu dama de honor mientras planeas la boda, o a la chica que le anota el teléfono en la palma como una fácil.

Suspiré. —Chicas como yo jamás consiguen buenos hombres.

Capítulo 5.

Nikolas

Las risas de Abigail hicieron eco a mi alrededor mientras la veía concentrada en quitarme la salsa que se había escurrido de mi boca al morder mi bocadillo.

—Maldita sea, mi camisa —le dije, mis últimas palabras para mi esposa, al mirar la mancha que mi torpeza había provocado.

Antes de escuchar el martillar de una pistola.

Antes de alzar la mirada.

Antes de ver a ese tipo apuntando su pistola a su cabeza.

Traté de sacar el arma que cargaba metida en mi espalda detrás de mi cinturón, pero le había visto demasiado tarde.

Él abrió fuego, y yo grité a todo pulmón.

Aquel grito me siguió hasta el mundo de los despiertos, donde me levanté de golpe en mi cama. Cuando caí en cuenta de dónde estaba, tenía mi pistola apuntada a la puerta de la habitación.

No sé cómo no se disparó con mi dedo tembloroso en el gatillo.

Respiré profundo, cerré mis ojos, y estiré mi mano hacia donde siempre encontraba la cadera de Abigail. Mi corazón se hundió y mis entrañas se retorcieron al sentir sólo la sábana de aquel lado vacío de la cama.

Suspiré al ponerme de pie. Fui al baño, dejé la pistola junto al lavabo, y arrojé agua fría en mi rostro.

—Debes dormir, Níkolás —le dije a mi reflejo—. Mañana tienes...

Mi alarma sonó: Una versión en piano de *Für Elise*, la misma que Abigail

usaba todas las mañanas para levantarse.

Resoplé y sonreí al acercarme a mi teléfono. Puse mi dedo a unos centímetros encima del botón que apagaría la alarma, pero la dejé sonar, recordando cómo Abigail se levantaba con la misma energía todos los días, hubiera dormido cuatro o doce horas.

Aquella energía me habría sido útil en aquel momento. Mis piernas parecían de piedra, y mis ojos me ardían por algo de sudor que entró en ellos.

“*Quizá un baño ayude,*” pensé.

No fue así.

Salí del baño afeitado y limpio. El tiempo parecía transcurrir más despacio, mis pensamientos se encontraban sumergidos en una neblina, y sufría un adormecimiento en mi pecho que en veces parecía estar a punto de ahogarme.

Ya me había acostumbrado a esa sensación, al igual que a la falta de emoción por una buena rasurada o por ver el correo electrónico diario que me informaba de los saldos de la compañía y mi cuenta personal.

Recordé la primera vez que vi esos números cuando Abigail me los mostró después de casarnos. Casi me iba de boca de ver tantos números a la izquierda del decimal de centavos.

Pero ya no. Sin ella, no tenía caso emocionarme. Sin ella, eran sólo números.

Me vestí y entré al baño a ponerme rápido la corbata. Antes de salir tomé mi pistola junto al lavabo sin siquiera voltearla a ver.

Dejé la americana que me pondría ese día sobre la mesa de mi comedor, y me senté en el sillón con vista a las montañas al oeste de Ciudad del Sol siendo golpeadas por las primeras luces del alba. El sol apenas se asomaba en el horizonte, y el cielo tomaba ese color azul oscuro que tanto le gustaba.

—Pinta ser un lindo día, palomita —dije al sacar mi cartera de mi pantalón, luego la abrí y saqué la foto que siempre llevaba en el pantalón: ella sonriendo en el día de nuestra boda.

Su sonrisa parecía una hilera de las perlas más blancas que podían imaginarse entre un par de labios ni muy delgados, ni muy gruesos. Perfectos. Dios, cómo me hacían falta esos labios.

La foto ya mostraba algunas roturas en los extremos y presentaba algunos tallones de tantas veces que la sacaba y metía en su lugar.

“*Necesito imprimir otra copia,*” pensé al frotar mi pulgar encima de la mejilla de Abby en la foto.

Sonreí al enfocarme en su mirada, tan llena de vida, pero al mismo tiempo tan llena de autoridad. No fue sorpresa de nadie que su padre le heredara la compañía cuando falleció. Joder, extrañaba esa mirada todas las mañanas, una mirada que podía ver la belleza en todos lados.

Hasta en un hombre como yo.

Dejé la foto encima de mi cartera, luego saqué mi pistola, tiré del martillo, y apunté el cañón a mi sien.

No me equivocaría: si mi índice ejercía la suficiente presión en el gatillo vería a mi querida Abby de nuevo. De eso estaba seguro, porque ni el Diablo ni Dios ni nadie evitarían que saliera del infierno y tumbara las puertas del cielo con tal de tenerla en mis brazos una vez más.

Acaricié el gatillo, tentado a presionar un poco más. “*Sólo un poco más y estaríamos juntos otra vez, palomita,*” pensé, mirando la foto en la mesa golpeada por el resplandor de los primeros rayos del sol estrellándose en las montañas.

Recordé nuestra noche de bodas en la casa de campo de su familia en los Hamptons. “*Guarda esa cosa, ¿sí?*” me dijo Abigail en nuestra noche de bodas, cuando dejé mi pistola en la mesa de noche junto a la cama.

“*Es para protegerte,*” le contesté.

“*No necesito tu protección en este momento,*” me dijo con tono coqueto, librándose de ese camisón de seda que traía puesto tras salir del baño. “*Necesito tu amor, así que o guardas esa cosa o no le haces el amor a tu esposa esta noche,*” amenazó, y yo metí mi pistola dentro del cajón.

Recuerdo el amanecer que vimos aquella madrugada, envueltos en una sábana encima de un sillón con vista al océano atlántico.

“*Prométeme una cosa, Nick,*” me dijo, recargando su cabeza con aroma a almendras contra mi hombro.

“*Lo que quieras, palomita.*”

Abrí mis ojos, y el cañón de mi pistola golpeteaba contra mi sien del temblor en mi mano. Respiré profundo, y recordé la promesa que le hice.

Despegué el arma de mi cabeza, la miré un instante, luego vi de nuevo a los ojos de Abigail.

—Mañana, palomita —le dije a la foto, luego besé mi índice antes de frotar con él la frente de Abby.

Guardé la foto en mi billetera, y cuando la metía en mi pantalón escuché el timbre de mi teléfono. Guardé el arma detrás de mi cinturón mientras caminaba hacia mi chaqueta, luego saqué el teléfono.

—¿Diga? —contesté sin pensar. Ni siquiera me fijé quién me llamaba.

—¡Nikolas, necesitamos hablar! —dijo Esteban.

Miré la hora. —Te oyes animado, ¿acaso te dormiste temprano anoche?

—Ja ja, eres graciosísimo —dijo Esteban—. Acabo de recibir un correo de Jack Saunders, nuestro...

—Sé quién es.

—Te enviaré el correo —dijo—. Nos vemos abajo y lo discutimos en el coche rumbo a la fábrica. ¿Ya desayunaste?

—Compraré algo en la fábrica —dije, tomando mi americana y caminando hacia la puerta.

—¿Vas a comer ahí? ¿Es en serio?

Solté una carcajada mientras salía de mi suite. —Necesito saber si será necesario invertir en el servicio de cafetería o no.

—Hay otras formas de hacerlo —Esteban gruñó—, pero como gustes, yo iré mirando otras opciones.

Sonreí y colgué la llamada, pero no guardé mi teléfono. Subí al elevador y cuando estaba bajando timbró la notificación de la llegada del correo electrónico.

Lo abrí y confirmó mis sospechas: Lilian trataba de ganar apoyo con los demás miembros de la mesa directiva de Valtech para intentar quitarme la compañía.

—Esto otra vez —dije para mí mismo, moviendo la cabeza de lado a lado.

Al llegar al vestíbulo me coloqué unas gafas oscuras y miré a mis alrededores en busca de Esteban.

—Níkolás —me llamaron. Giré en esa dirección y vi a Esteban guardando su teléfono en su chaqueta antes de levantar la mano y saludarme.

Caminé en su dirección y acepté su abrazo. Estaba tan delgado que sentí que abrazaba un esqueleto.

—¿Y bien? —dijo con esa mueca que parecía una copia idéntica a la de Abby, su hermana mayor.

Me quité las gafas, le miré a los ojos, y él amplió su sonrisa.

—¿Qué?

—¡El correo! —dijo Esteban—. Parece que Lilian consiguió el apoyo por...

—Lo leí.

—¿Y bien?

—¿Esperas que haga algo? —le dije, sacando mi teléfono.

Caí en cuenta que Esteban no me seguía. Regresé mi atención a él y le vi detenido con la boca abierta.

—¿No harás nada? —preguntó incrédulo.

Suspiré. —¿Qué tan seguido Lilian intenta quitarme la compañía?

—¡A cada oportunidad que tiene!

—¿Y quién sigue siendo presidente de Valtech?

—¿Dices que tienes un plan?

Chasquéé mis labios, me acerqué a él, y puse una mano en su hombro. —
¿Estarías más calmado si te dijera que sí?

—¿Sería verdad?

Sonreí. —Sabes, tu hermana estaría orgullosa de ti —dije—. Eres muy perspicaz.

—Espera, ¿de cuál hermana estamos hablando? —Esteban rio y ambos salimos del hotel y esperamos a que nuestro conductor llegara.

—Tiemblo al pensar que podría haber un día en que ella logre arrebatarte la compañía —dijo.

—Mientras el precio de nuestras acciones sigan creciendo y nuestros inversionistas estén satisfechos con mi desempeño, eso no sucederá.

—No subestimes a... —se detuvo y miró de un lado a otro— ¿Y Lilian? Se supone que iríamos juntos a ProComm.

Busqué el contacto rápido de mi asistente en el teléfono, pero caí en cuenta del bulto de mi pistola guardada detrás de mi cinturón.

—¿Qué sucede? —preguntó Esteban mirándome a los ojos.

—Mi arma —dije, poniendo mis manos en mis caderas.

—¿Qué tiene?

—Olvidé guardarla en la caja fuerte de mi habitación —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. La traigo detrás de mi cinturón.

Esteban encogió los hombros y sacudió la cabeza. —Déjala encargada en el vestíbulo hasta que regreses o déjala en el coche, ¿cuál es el problema?

Le giré a ver y ha de haber notado lo mal que me parecía lo que acababa

de decir.

—Yo soy responsable de esta arma —le dije—. Eso quiere decir que sólo debe estar en una caja fuerte a la que sólo yo tengo acceso, o en mi persona.

—¡Está bien, está bien! —dijo Esteban— Ve y llévala a tu habitación, al cabo aún no nos vamos.

Miré mi reloj y respiré profundo. —No, ya vámonos —dije.

—¿No vamos a esperar a Lilian?

—No —dije al ver nuestra camioneta estacionarse frente a nosotros—, sabe que en cuanto llegue el coche nos vamos. Si no vamos a esperar a que suba a dejar mi arma en su caja fuerte, no la esperaremos a ella.

Esteban subió a la camioneta riendo mientras yo subía y hacía una llamada a mi asistente.

—Lilian se pondrá como una cabra cuando...

Levanté mi mano para callarle cuando contestaron mi llamada.

—Claudia, avisa al aeropuerto que no saldremos para Nueva York en la noche.

—Sí, señor Reiter.

Al colgar la llamada regresé mi atención a Esteban. —¿No nos iremos todavía? —dijo— Pensé que ya teníamos todo arreglado.

—Me gustaría quedarme y hacer algunos cambios —dije.

—¿Cambios? —dijo Esteban con una mueca traviesa.

Arqueé una ceja al verlo. —¿Qué?

—¿No tiene nada que ver con la muchacha que te pillé mirándole sus curvas el otro día?

Resoplé. —Por favor.

—Era la misma a la que le sonreíste ayer, ¿no es así?

—Esteban —le miré—. Basta.

—Yo sólo digo que entiendo, y me daría gusto que nos quedemos por eso.

—No es por eso —dije—. Ella es sólo...

Me quedé callado, recordando la sonrisa de Briseida y la intensidad de su mirada. No habíamos intercambiado palabras desde que nos conocimos en aquella cocinilla, y sabía que eran su últimos días en la compañía.

—Sólo... —dijo Esteban, insistiéndome que terminara mi frase.

Reí un poco. —Sea como sea, no podría.

—Yo creo que sí podrías —dijo Esteban con una sonrisa ampliada—. Sólo es que *quieras*.

“He ahí el problema,” pensé. *“No sé si quiero.”*

Capítulo 6.

Briseida

Entré al baño, con mi cepillo y mi pasta en mano, todavía luchando con la punta de mi lengua contra el pedazo de carne que había decidido aferrarse al espacio entre mis muelas.

Ya estaba teniendo una sensación pulsante en mi mejilla que siempre me daba cuando algo se alojaba entre mis dientes.

Según el dentista había que sacarme una muela antes de que se volviera problemática. Ya eran cinco años desde que me habían dicho eso y hasta aquel momento no había pasado de una molestia momentánea.

“Y ahora sin trabajo, con más razón no me la sacaré,” pensé.

Miré de reojo a la mujer frente a los lavabos retocándose el labial: era la misma que iba acompañando a Níkolos, la que era gemela de su esposa.

Me sentí enana a su lado. Era alta, para ser mujer, y esos tacones que usaba la hacían lucir aún más, aunque no era tan imponente como él.

“¿Serán muy unidos?” me pregunté al verla de reojo. Tenía piel hermosa, y su corte de cabello no parecía tener un solo mechón fuera de lugar. Claro, si yo tuviera el dinero que ella tiene también traería cabello perfecto y uñas largas e impecables.

Cuando me incliné a enjuagarme la boca ella sacó una botellita de su bolso y se echó un poco de perfume encima.

“Esta va en plan de ataque,” pensé al aspirar el dulce aroma y verla acomodarse el vestido ejecutivo que traía puesto. *“A alguien se va a tirar.”*

Ella sacó un tubito de su bolsa, metió su dedo meñique y sacó con su uña una pizca de polvito blanco. No pude evitar mirarla mientras la acercaba a su

nariz y aspiraba fuerte, seguido de un suspiro de alivio.

—Ya me hacía falta eso —dijo, más para sí misma que para mí, pues no dejaba de verse al espejo.

Volteó y me pilló mirándola luego de hacer eso. Me paralicé, esperando que quizá fuera a amenazarme o algo así. En lugar de eso sonrió y me ofreció el tubito.

—¿Gustas? —preguntó como si ofrecer un pase de coca fuera lo más normal del mundo.

Sonreí y negué con la cabeza. —No, gracias —le dije—. Pero ten cuidado que no te vea ningún guardia.

Ella soltó una carcajada ligera. —Soy prácticamente la dueña de esta compañía, amiga —dijo mientras movía de lado a lado la mano con el tubito—. Si algún guardia me dice algo lo despido y me aseguro que no le vuelvan a contratar —volvió a ofrecérmelo—. ¿Segura que no gustas un poco?

—En serio, gracias —le dije con una mueca—. Una vez la probé y no me cayó muy bien que digamos. Pero un buen porro de mota...

Sus ojos se abrieron de par en par mientras soltaba una risilla. Su teléfono sonó justo cuando estaba por hablar. Cuando lo sacó gruñó y me volteó a ver. —No te vayas, ¿sí?

—¿Eh?

Me crucé de brazos mientras ella contestaba su llamada.

—No, mi amor, no regresaremos hoy a Nueva York... —ella revisó su labial en el espejo y se quitó un poco con la punta de su dedo—. Lo sé, pero Níkolás se quedará para supervisar los cambios que quiere hacer en la organización para mejorar la productividad y tonterías así...

Ella sonrió y gimió un poco. —Mi amor, claro que me haces falta, pero sabes que en cualquier momento ese neandertal podría cometer un error que yo tendría que aprovechar para quitarle *mi* compañía.

Tragué saliva al escucharla. “*Qué maquiavélica resultó esta tipa.*”

Ella colgó la llamada y guardó su teléfono en su bolso.

—Gracias por esperarme —dijo.

—Lo que digas, jefa —dije con una sonrisa.

—No me digas así, por Dios —dijo entre risas y extendió su mano hacia mí—. Llámame Lilian, ¿sí?

Estreché su mano. —Bris —dije—. Y no te preocupes: seré discreta con lo que dijiste ahorita.

Lilian arqueó una ceja. —Me gusta un trabajador que puede anticiparse a las peticiones de su jefe —dijo con una sonrisa.

Me encogí de hombros. —Lástima que sólo me tendrá en la nómina unas horas más.

—¿Qué dices?

—Sí —dije—. Mi supervisor me llamó “elemento conflictivo,” así que me voy. Es mi último día.

Lilian soltó una carcajada, luego inclinó su cabeza mientras me miraba de arriba abajo. —Me das buena espina, Bris —dijo antes de sacar de su bolso una cartera que podía costar tanto como un mes de mi trabajo—. Mándame tu currículum y veré dónde te puedo acomodar.

—¿Así como así? —dije riendo al tomar la tarjeta.

—No suelo equivocarme en estas cosas.

Escuchamos un grito venir de afuera, tan fuerte que nos quedamos calladas.

—¿Qué fue...? —dije, acercándome a la puerta, y cuando la abrí un poco escuché tres pequeñas explosiones seguidas acompañadas de un estallido de gritos.

Lilian y yo salimos del baño y nos asomamos por el pasillo de dónde venían los gritos. Adela apareció corriendo con su rostro pálido y la boca abierta.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—¡Un hombre armado! —gritó al detenerse ante mí y tomarme las manos
— ¡Disparó en el vestíbulo!

—¿Y los guardias dónde...? —preguntó Lilian, pero el sonido de los tiros continuos la silenciaron.

—Eso vino de Recursos Humanos —dije, mirando en esa dirección, luego miré hacia nuestra área de trabajo—. Por aquí.

Le tomé la mano a Lilian y corrimos tan rápido como nuestros tacones nos lo permitieron. Vi la puerta de la oficina de Carmelo abierta y entré por ella.

—¿Qué carajos está pasando allá afuera? —preguntó Carmelo al vernos a todas.

Escuchamos otros dos disparos y el estruendo de una ventana al romperse. Me recargué contra la pared junto a la puerta y el rostro de Carmelo se empalideció.

Lilian cerró con seguro la puerta y bajó la persiana.

—Amiga, tu teléfono —me dijo Adela con voz temblorosa—. Necesito hablar con Tito. Iba a salir a comer con sus compañeros. Si regresó cuando empezó...

—Oye —dijo Lilian, tomándola de los hombros—. Ahora no es momento de pensar así.

—¡Cállense idiotas! —dijo Carmelo antes de meterse debajo de su escritorio.

Yo no paraba de temblar de miedo, y Adela estaba cerca del desmayo por respirar tan rápido.

—Él tiene razón —dijo Lilian, sentándose en el suelo detrás del escritorio, contra la esquina de la oficina—. Hay que callarnos y esperar que los guardias hagan su trabajo.

Le ayudé a Adela a sentarse junto a Lilian, y yo me senté frente a ellas, tratando de calmar a mi amiga. Lilian tenía la mirada en el espacio, como si

estuviera tratando de maquinarse alguna salida de la situación pero no podía. Se abrazó de sus rodillas y recargó su cabeza en sus brazos.

El tenue sollozar de Adela fue lo único que escuchamos durante unos minutos. Un disparo ensordecedor rompió el silencio afuera de la oficina de Carmelo, seguido del grito de algunos hombres al correr.

—¡Eso fue aquí afuera! —susurró Adela entre jadeos.

—¡Cállate o te reviento la cara! —le dije, cubriéndole la boca.

Guardamos silencio, y poco a poco notamos los pasos afuera de la oficina. Adela ya lloraba sin control, Lilian no despegaba su frente de sus brazos, y Carmelo ya estaba en posición fetal en el piso.

—Shhh —les dije cuando escuché un forcejeo de la manija de la oficina.

“¡Qué bueno que Lilian cerró con seguro!”

El alivio nos duró un instante. La puerta se abrió de golpe producto de una patada. Cuando giré me arrastré hasta quedar frente a Adela y Lilian en el piso detrás del escritorio.

—¡No! —grité cuando vi el sujeto entrar apuntando un rifle de cacería hacia mí— ¡No! ¡No! ¡No!

—¡Carmelo Bautista! —gritó— ¡¿Dónde está?!

—¡Salió a comer! —le contesté de inmediato, clavando mi mirada en el abismo negro del cañón.

“¡Qué!” pensé. *“¡¿Por qué mierdas le dije eso?!”*

—Zorra mentirosa —apuntó su arma hacia Adela, y ésta se soltó gritando tan fuerte que bien me pudo dejar sorda de un oído— ¡Su coche está estacionado ahí afuera! ¡¿Dónde está?!

—¡No lo sé! —grité— ¡Déjanos en paz! ¡No te hicimos nada! ¡Ni siquiera te conocemos!

Apuntó su arma hacia mí. Debería haber tenido miedo. Carajo, debería haberme orinado en ese momento. Miré de reojo el rifle que me tenía apuntado, luego me enfoqué en los ojos de aquel sujeto.

—Mira —le dije— No sé qué te pasó que te ha hecho decidir que dispararle a la gente sea tu única salida.

—Mi única salida... —dijo el hombre, inclinando su cabeza—. Aquí debería estar el hijo de puta que mandó al carajo el trabajo de toda mi vida. ¡Toda mi vida! ¡Mi mujer me dejó! ¡No fui al funeral de mi madre! ¡Les di todo! ¡¿Y así me lo agradecen?!

Acercó el arma a mí, y presionó el cañón contra mi frente.

—Así que dime dónde está Carmelo Bautista —amenazó, tirando del martillo de su rifle, y luego la apuntó hacia Lilian— ¡O lleno el muro con sus sesos!

—¡Espera, espera! —le grité.

El hombre se quedó callado un momento, luego volteó hacia el escritorio. Tomó el extremo y lo volteó de un tirón. Carmelo gritó, y el pistolero apuntó su rifle hacia él.

—¿Aquí estabas? —preguntó— ¿Dejando que una mujer te escondiera? ¿Se muriera por ti?

—Por favor —sollozó Carmelo—. Mi esposa está embarazada, yo...

—¡¿Y eso debe importarme?! —gritó antes de darle una patada en el estómago— ¡A ti no te importo que tuviera una familia cuando me costaste mi trabajo! ¡Eres un cobarde! ¡Mírame! —Carmelo se quejó al retorcerse en el piso antes de recibir otro puntapié— ¡Que me mires, hijo de tu puta madre!

—¡Espera, espera! —grité, levantando las manos.

—¡Tú cállate, estúpida! —gritó, apuntándome de nuevo con su arma— Primero lo voy a matar a él, y luego sigues tú, por...

—¡Oye! —gritaron desde fuera de la oficina.

El pistolero volteó en esa dirección, y escuchamos dos disparos. Brinqué pensando que había abierto fuego, y Lilian y Adela gritaron a todo pulmón.

El atacante se tambaleó y cayó al suelo de espaldas junto a mí.

Levantó su arma hacia la puerta y disparó una vez, pero luego fue impactado por otros dos disparos a su pecho, que ya estaba teñido de rojo.

—¿Qué pasó? —jadeó Carmelo, levantando la mirada.

—Briseida —llamaron desde la puerta.

Levanté la vista y ahí estaba Níkolás recargado contra el marco de la puerta, apuntando con sus manos una pistola al hombre abatido.

Respiraba agitado. Al verlo con más detalle noté el agujero en el hombro de su americana, y caí en cuenta que el pistolero había disparado una vez.

—¿Están bien? —preguntó entre quejidos, mirando de reojo a Adela y a Lilian cuando se pusieron de pie—Salgan de aquí.

—Estás herido —dije al pasar junto a él.

—Viviré —dijo asintiendo—. Llamen a la policía.

Tiré de la manga de mi blusa hasta trozarla del hombro, y usé la tela para presionarle la herida.

Níkolás no mostró ninguna expresión de dolor. Me miró de reojo antes de mirar mi mano. —No tienes que hacer eso —dijo—, estaré bien hasta que...

—De aquí no me separo hasta que te revisen —le dije, mirando su hombro.

—Briseida...

—¿Qué harás? —dije al verlo a los ojos— ¿Despedirme?

Él sólo sonrió antes de guardar su arma en su espalda, respirar profundo, y poner su mano encima de la mía.

—Gracias —dijo.

Capítulo 7.

Briseida

Me estremecí cuando le di un largo trago al refresco que me habían dado los de cafetería, que parecía tener más gas de lo normal. Sacudí mi cabeza y giré hacia una de tantas ambulancias estacionadas al terminar la calzada que llevaba al vestíbulo de la fábrica, donde me enteré había iniciado el tiroteo.

Sonreí al ver a Níkolás alegando con el paramédico. Los había dejado discutiendo de si debía ir al hospital a hacerse una radiografía en el hombro o no. A juzgar por los gestos del paramédico seguían en eso.

—Está bien, señorita —dijeron detrás de mí. Giré y ahí estaba Adela sollozando, siendo abrazada por Tito, ambos de frente a uno de los detectives que llegaron a tomar nuestras declaraciones—. Tome su tiempo.

—Lo siento —dijo Adela, sacudiendo su mano frente a su rostro.

El detective sacó un pañuelo de su abrigo y se lo ofreció a mi amiga, pero ella estaba mirando al piso. Tito tomó el pañuelo y se lo dio a su chica. Se notaba que se preocupaba por ella. No había dejado su lado desde que salimos del edificio.

—Yo estuve con ella, oficial —dije al acercarme. El detective volteó y, típico de mí, no pude evitar notar lo apuesto que estaba. Alto, cabello negro, rasgos muy varoniles, y una barba de un día que me pareció estúpidamente sexy.

—Tú nos salvaste, Bris —dijo Adela con una sonrisa.

—Ya, déjalo —dije apenada.

—¿Su nombre, señorita? —pregunto el detective con una mueca tranquilizadora en su rostro.

—Briseida Figueroa —le di un trago a mi refresco—. ¿Y el suyo?

—Detective Lucio Castella —contestó sin despegar la vista de su libreta de notas—. La señorita Adela se quedó en que el agresor derribó la puerta y entró apuntando su rifle hacia ella.

—Hacia nosotras, de hecho —le corregí—. Estábamos las tres juntas detrás del escritorio, y Carmelo Bautista estaba escondido debajo de su escritorio.

—Usted, la señorita Adela, y la señorita Lilian Valisa —dijo, apuntando con su pluma hacia nosotras al decir nuestros nombres, y al edificio cuando mencionó a Lilian.

“*¿Cómo estará?*” me pregunté, volteando de reojo al edificio. “*No la he visto desde que acompañé a Níkolos con los paramédicos.*”

—Sí, así es —le dije al detective Castella al voltear de reojo a ver a Níkolos.

El flacucho que le acompañaba a casi todos lados había regresado con una chaqueta y una camisa limpios. Níkolos se puso de pie, muy a pesar del enfado del paramédico que estaba examinándole los ojos, y se quitó su camisa ensangrentada.

Algo le habrá dicho el paramédico que hizo a Níkolos voltear a verle. Debía reconocer el valor del paramédico al mantenerle la mirada a pesar de lo enfadado de su paciente.

“*Oh, por Dios,*” pensé al notar el cuerpazo que Níkolos tenía. No parecía tener un gramo de grasa. Cada músculo desde sus pectorales hasta esos musculitos chiquitos en las caderas junto a los cuadros del abdomen se le notaban.

Esa musculatura no me distrajo de notar una cicatriz que le atravesaba el abdomen por encima del ombligo, ni la cruz abrazada por un par de alas tatuada en su pecho, y un águila postrada encima de un globo terráqueo en lo alto de su brazo.

—¿Señorita Figueroa? —llamó el detective, y suspiré al tener que quitar

mi atención de Níkolás.

—¿Sí?

—¿Entonces el señor Reiter entró a la oficina y le disparó al agresor antes de que éste les disparara? —preguntó.

Miré hacia arriba tratando de recordar los eventos, aunque todo había sucedido demasiado rápido. —No sé si entró a la oficina y luego le disparo o si lo hizo desde fuera de la oficina —le dije—. Estaba un poco distraída con el cañón que tenía en mi cara.

El detective anotó en su libreta, la cerró y guardó en el bolsillo de su camisa debajo de su abrigo. Sacó su cartera y me ofreció una de sus tarjetas. —Si recuerda algo más, señorita Figueroa, por favor comuníquese conmigo.

Él sonrió antes de alejarse. Vi a Adela muy abrazada de Tito, así que regresé mi atención a Níkolás. Al voltear vi a Carmelo acercarse a mí cabizbajo y apretando sus labios.

—Bris —me saludó.

—Carmelo.

Él respiró profundo. —Lo que hiciste ahí adentro...

—Descuida.

—No —insistió—. Te debo la vida, Bris. No tengo la mínima idea de cómo agradecértelo.

Me encogí de hombros. —¿Podrías no despedirme? —dije con una sonrisa.

Él soltó una carcajada. —Lo haría si pudiera —dijo—. Por órdenes de la nueva administración se canceló el recorte de personal, pero ya había llevado los papeles de tu renuncia a Recursos Humanos. *Podría* recontratarte, con un aumento generoso.

Puse una mano en mi pecho. —Ah —exclamé antes de poner mi otra mano en su hombro—. Te estás encariñando conmigo.

Carmelo resopló y sonrió. —Debí pedirle que me matara —dijo entre

risas.

Respiré profundo, giré, y fijé mi atención en el letrero que anunciaba el nombre de la compañía en la esquina del edificio.

—¿Quién era? —le pregunté.

Él suspiró. —Era un técnico del laboratorio de prototipos que despedimos hace unos meses —dijo mientras sacaba una cajetilla de cigarros de su pantalón—. No recuerdo su nombre. Demandó a la compañía por despido injustificado, y no sé si esta semana o la pasada el juzgado falló a nuestro favor.

Le vi ofrecerme un cigarrillo, pero recordé que esa marca en particular me daba náuseas, así que negué con la cabeza.

—El pobre tipo reventó —dije antes de terminar mi refresco—. Que mal plan.

—El costo humano de los negocios —dijo Carmelo—. El señor Blake le importaba un comino el bienestar de la gente. Él sólo quería ganancias. Por eso se fue gente clave de la compañía y poco a poco nos fuimos a la quiebra.

—¿Y cómo pinta la nueva administración? —preguntó Tito, que se había acercado abrazando a Adela, que parecía estar más tranquila.

—¿Tú qué crees? —dijo Carmelo, mirando hacia Níkolos y el paramédico, que parecía haber conseguido un aliado en el doctor de la compañía, y ambos observaban a Níkolos levantar y bajar el brazo de su hombro herido, y trataba sin éxito no mostrar indicios de molestia.

—De entrada me da gusto trabajar para alguien dispuesto a entrar a un tiroteo y defender a su gente —dijo Tito.

—Pensaba que Níkolos Reiter sería un estirado más de Wall Street que sólo le importa el dinero —dijo Tito—, pero alguien así no habría hecho lo que él hizo.

La discusión entre Níkolos, el doctor, y el paramédico se había acalorado.

—¿De qué discuten? —preguntó Adela.

—Ay, no sé —dije—. Cuando fui por un refresco llevaban unos minutos peleándose porque Níkolás quería que el paramédico tratara a otras personas, que él estaba bien.

Carmelo volteó a verme con una mueca burlona atravesándole el rostro. —¿Níkolás? —preguntó con tono insinuante— ¿No *Señor Reiter*?

—¿Qué tiene? —pregunté encogiéndome de hombros y sonriendo.

Níkolás le arrebató lo que parecían unas pinzas al paramédico, y todos dieron un paso atrás cuando las metió a su herida. Sostuve la respiración mientras Níkolás movía las pinzas, y exhalé cuando las sacó, sosteniendo la bala que estaba alojada en su hombro.

—¿Eso acaba de pasar? —dijo Tito, apuntando en esa dirección— ¡El tipo se sacó la bala!

—¿Es cierto que ya nos podemos ir? —preguntó Adela, que parecía al borde del desmayo.

—Eso dijeron —dijo Tito.

Giré y noté la mirada que Adela le lanzaba al pobre Tito. —Llévame a mi casa *ahora* —le dijo.

Sonreí al verlos despedirse e irse caminando a toda prisa.

“*Qué lindos,*” pensé despidiéndome con la mano.

—Eso se vio tan de película —dijo Carmelo—. El héroe rudo curándose sus propias heridas en formas que harían a cualquier otro hombre chillar como niña chiquita.

—Totalmente de acuerdo —dije. Mordí mi labio inferior al verlo limpiarse la herida mientras el detective Castella tomaba la bala que se había sacado y la guardaba en una bolsita de plástico.

“*Si se puede le tengo que agradecer haberme salvado la vida,*” pensé, moviendo mi cabeza de lado a lado, dejando volar mi imaginación de la forma en que podría “agradecerle.”

Níkolás dejó al paramédico teparle la herida con una gasa. En cuando

colocó el último pedazo de cinta Níkolás se alejó caminando hacia el edificio de la compañía, seguido de cerca del flacucho que le seguía a todos lados, el doctor, y el detective Castella.

Se detuvo al llegar conmigo, y volteó hacia sus acompañantes. —Entren —les dijo—. Iré en unos minutos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Yo debería preguntarte eso —le dije con una sonrisa, apuntando hacia su hombro—. ¿Estás bien? ¿No te lastimaste tratando de verte como todo un maloso?

Níkolás resopló y sonrió. —Querían llevarme al hospital y perder el tiempo en un quirófano para sacarme esa balita —dijo.

“*¡Dios mío, qué cuerpo!*” pensé, mirando sin nada de pena.

—¿Ya diste tu declaración a la policía? —preguntó.

—Ah, sí —dije, subiendo rápido mi mirada a sus ojos, los que pillé también mirándome el escote.

—Le pediré a mi chofer que te lleve a tu casa —dijo, volteando su cabeza hacia el estacionamiento.

—¿Qué? —exclamé, poniendo mi mano en sus pecho— No, estás loco. Me iré en taxi.

Él volteó. —¿Y cómo sabré que llegaste bien a tu casa?

—¿Quieres saber que llegué bien a mi casa? —le pregunté con tono coqueto e inclinando mi cabeza.

Níkolás sonrió y bajó la mirada un instante antes de verme a los ojos.

—Sí.

Me estremecí con la intensidad de su mirada encima de mí. “*Me fascina cómo dice tanto con tan poco*” pensé sonriendo mientras le tomaba la mano donde había apuntado mi número un par de días antes.

—¿Necesito anotar mi teléfono otra vez? —pregunté con tono coqueto.

Níkolás negó con la cabeza sin quitar su mirada de la mía. Joder, parecía estar leyéndome el pensamiento, y aquella sensación me hizo ruborizar más que nunca en mi vida.

—No —dijo con una sonrisa segura en su rostro.

“*¿Acaso estará pensando lo mismo que yo?*”

Di un par de palmadas a su pecho y le guiñé el ojo antes de rodearle y alejarme. Dejé mi mano sobre él todo el tiempo que pude, y la deslicé encima de su brazo y antebrazo. Cuando llegué a su mano él apretó su agarre de la mía, y giré a verle por un segundo antes de seguir caminando y tirando sin ganas de mi mano.

—Lámame —articulé con mi boca.

Capítulo 8.

Nikolas

—¿Lo ve? —dijo el doctor al terminar de coser mi herida, que había comenzado a sangrar— Le dije que una gasa no sería suficiente. ¿Ve por qué debería hacer caso a los doctores?

—Esteban —le llamé al voltear en su dirección. El tono de su piel se volvía pálido con cada segundo que tenía su mirada clavada en el agujero de mi hombro—. Ve al baño si vas a vomitar.

—No, es sólo que... —dijo, sacudiendo su cabeza—. ¿Cómo puedes estar tan calmado?

—No es la primera vez que me disparan —dije, luego vi al doctor de la fábrica colocar otra gasa encima de mi herida—. Y ésta no es la primer herida de bala que trata.

El doctor sonrió. —Hice mis prácticas en la sala de urgencias de Chicago. Heridas como ésta eran de todos los días —presionó su mano sobre la gasa—. Debo insistir que vaya al hospital a que le revisen. La bala no dañó ninguna vena o arteria importante, pero...

—Era un rifle de bajo calibre —le interrumpí—. Esto fue apenas un rasguño.

El doctor movió su cabeza de lado a lado mientras anotaba en su libreta de recetas. —Haya sido lo que haya sido, usted recibió un tiro —dijo al arrancar una receta de su libreta y entregármela—. Antibióticos, como medida preventiva, y algo para el dolor.

—Conozco el procedimiento —dije, tomando un vaso de whisky de la mesa.

El doctor me arrebató el vaso de las manos. —Al menos no tome tanto

mientras se acaba estos antibióticos —regañó antes de que bebiera todo el contenido y dejara el vaso en la mesa—. Por favor vaya al hospital a que le revisen, *marine*.

Esteban volteó a verme. —¿*Marine*?

—Su jefe es un infante de marina —dijo el doctor, apuntando al tatuaje de águila que tenía en mi hombro—. Sospecho que por eso tiene esa cicatriz en su abdomen. ¿Herida de combate?

—Algo así —dije con una sonrisa.

—Cúidese, señor Reiter —dijo el doctor antes de ponerse de pie y dejar la sala de juntas.

Me levanté a rellenar mi vaso de whisky, y noté a Lilian sentada a la cabeza de la mesa de conferencias con su mirada clavada en la ventana y de brazos cruzados.

—No debería sorprenderme que estuviste en el ejército —dijo Esteban al acercarse a mí con mi camisa en su mano.

—Fue hace mucho tiempo —le dije al dejar mi vaso a la mitad en la mesa —, y los *marines* no son el ejército. Ellos le hacen los mandados a los *marines*.

Tomé la camisa cuando entraron el detective Castella junto con Gerardo Núñez, el gerente de las instalaciones.

—¿Dónde está Blake? —preguntó Esteban, mirando detrás de ellos esperando ver al anterior dueño de la compañía.

El gerente se detuvo y podía ver en su rostro regordete que trataba de dar una excusa por su ausencia.

—Él ya no es su jefe, señor Núñez —le dije—. Yo soy. Apostaría a que se largó de aquí en cuanto dio su declaración.

—Sí, señor —dijo, ajustándose la corbata al verme abrochar los botones de mi camisa.

Giré hacia el detective, que acababa de leer algo en su teléfono. —¿En

qué le podemos ayudar?

—Se me pidió que le informara, señor Reiter, que le tomará a nuestro equipo dos días procesar toda la evidencia —dijo el detective—. La oficina del alcalde está solicitando que el proceso se acelere lo más que se pueda.

—Muy bien, detective —le dije—. Le repito que estamos dispuestos a cooperar en lo que necesiten.

—Su cooperación es agradecida, señor Reiter —dijo el detective Castella—. Sí hay algo más que necesitamos de usted.

Él volteó, asintió, y una oficial entró con una bolsa gruesa para evidencias.

Respiré profundo y asentí. —Necesita el arma que usé para abatir al atacante —dije.

El detective asintió.

Saqué mi pistola de atrás de mi pantalón. Me aseguré que la cámara estuviera vacía, le puse el seguro, y la metí en la bolsa de plástico que la oficial traía en la mano.

—Detective —le miré a los ojos mientras me acercaba lo más que podía a él—. Le quisiera pedir un favor, de ser posible —le dije con voz baja, y él me miró a los ojos—: Me gustaría recuperar mi arma cuando terminen de procesarla.

—Yo pensaría que un hombre de sus recursos podría conseguir algo mejor —dijo el detective con ojos entrecerrados—. ¿Tiene valor sentimental?

—Así es —le dije, extendiendo mi mano esperando que él la estrechara—. Lo consideraría un favor personal, y estaría muy agradecido si hiciera esto posible.

El detective Castella estrechó mi mano sin pensarlo. —Si determinamos que sus acciones fueron legítima defensa de otras personas y se cierre la investigación, se la regresaré personalmente. Le doy mi palabra, señor Reiter.

—Gracias.

La oficial siguió de cerca al detective cuando salieron de la sala de juntas. El señor Núñez se sentó en la mesa de conferencias y yo caminé hacia el carrito que tenía la botella de whisky.

—¿Gusta? —pregunté mientras rellenaba mi vaso.

—Muy amable, señor Reiter.

Giré luego de servirle un vaso y se lo entregué en sus manos. Di un sorbo a mi vaso y vi de reojo a Lilian, que parecía no haberse movido ni un milímetro en el rato que habíamos estado hablando. Miré a Esteban y parecía estar igual de desconcertado que yo al verla en esas condiciones.

—Hablé con los supervisores de mantenimiento y de limpieza, señor Reiter —dijo, causando que le diera mi completa atención—. Pueden tener todo de vuelta a la normalidad en un día. Si la policía puede liberarnos el vestíbulo y las oficinas donde sucedió el incidente puedo tener gente trabajando todo el domingo para el lunes volver a la normalidad.

—¿Así como si nada? —preguntó Esteban sin ocultar algo de indignación en su tono de voz— ¿Cómo pueden volver a la normalidad luego de un evento así?

—De hecho, señor Reiter —continuó el señor Núñez—. No será necesario cerrar nuestras líneas de producción, ya que todo el incidente ocurrió en este lado de la fábrica.

Respiré profundo mientras le miraba a los ojos. —¿Y asume que la gente vendrá a trabajar como si nada hubiera pasado? —pregunté— ¿Cree que con poner a otra recepcionista y contratar reemplazos de las personas que perdieron la vida todo volverá a la normalidad?

—Señor Reiter —el señor Núñez se aflojó la corbata y respiró profundo—. No era mi intención sonar insensible a lo sucedido. Mi trabajo es que la fábrica se mantenga funcionando. Sólo...

Levanté mi mano y él dejó de hablar. —Quizá Waylon Blake tenía poca consideración hacia la gente a su cargo, señor Núñez —le dije con calma al atravesarle los ojos con mi mirada—. Pero entenderá que *yo* no soy Waylon Blake.

—Entendido, señor Reiter. ¿Cuáles son sus instrucciones?

—La fábrica permanecerá cerrada hasta que la policía termine el trabajo, estén terminadas las reparaciones, y luego de una semana de cese de actividades *con goce de sueldo completo a todos los trabajadores* —dije—. Nadie perderá su trabajo ni verá afectada su economía.

—¿Suspendemos producción, entonces? —dijo Esteban.

—Por ahora —dije—. Hablaré personalmente con los clientes que tendrán un atraso en la entrega de su producto y negociaré una compensación justa para ello, o quizá ofrezcamos tiempo extra a los obreros de aquí y de México para poder cumplir los plazos establecidos.

DI un vistazo hacia Lilian, esperando algún reproche u observación de su lado. Seguía perdida en su mente, mirando hacia la ventana. Ví a Esteban y él compartía mi preocupación.

—Señor Núñez —dije al verle a la cara de nuevo—. Quiero que se hagan arreglos para darle atención psicológica profesional a todo trabajador que lo solicite cuando reanudem actividades.

—Señor Reiter, no tenemos el presupuesto, y nuestro seguro médico no cubre...

—Valtech absorberá ese costo —dije sin pensarlo.

Él sonrió. —Ya se nota la diferencia con Waylon Blake, señor Reiter —dijo, poniéndose de pie—. Me pondré a trabajar de inmediato.

Estreché su mano antes de que se fuera, y cuando giré vi a Esteban coger una silla y sentarse frente a su hermana.

—¿Te encuentras bien, Lilian? —preguntó, inclinándose hacia delante y mirándola a la cara.

Caminé hacia ellos, y antes de que pudiera poner mi mano en el hombro de Lilian ella respiró profundo, cerró sus ojos, y suspiró.

—Por supuesto que estoy bien —dijo, sacudiendo su cabeza.

—No veo cómo podrías estarlo, Lilian —dije, frotando su espalda—.

Pasaste por algo traumático.

Ella suspiró. —Nunca había tenido tanto miedo, puedo admitir eso —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado—. Pero ya pasó. Estoy bien.

—Lamento que hayas pasado por esto —dije.

Lilian me miró y sonrió, y mi corazón se encendió al ver la misma sonrisa de mi Abigail que tanto iluminaba mis días.

—No digas estupideces —dijo entre risas—. Tú no invitaste al pistolero a las instalaciones. No tienes nada que lamentar.

Solté una risilla y miré a Esteban sonreír. —Esa es la Lilian que conozco.

—Hay unas cosas que debemos tratar —dijo, tomando su portátil de la mesa y guardándola en su maletín.

—Puede esperar a mañana —dije—. Vámonos a...

—Una de las víctimas fue Claudia —dijo Lilian, haciendo lo posible por que su voz no se quebrara.

Esteban se recargó en su silla y puso sus manos en su cabeza.

—Dios —dije, dando la media vuelta y dando unos pasos hacia la puerta antes de detenerme.

—Hay que avisar a su familia —dijo Esteban—. Tengo el teléfono de su primo, yo puedo...

—Háblale —le dije—. Consígueme el teléfono de sus padres. Quisiera hablar con ellos y darles mi pésame, y no quiero que ellos paguen un centavo. Todo correrá por cuenta nuestra, incluidos los servicios funerarios de todas las víctimas.

Miré a Lilian, y ella tenía sus labios apretados. —¿Estamos de acuerdo?

Ella asintió.

—Necesitaremos contratar a alguien más —dije.

—Tengo una idea —dijo Lilian—. Antes de que llegaran leí el archivo de Recursos Humanos de alguien que ya tiene experiencia como secretaria, es

eficiente en su trabajo, y al parecer tiene una reputación de ser un enorme dolor en el trasero, así que será perfecta para conseguir que las cosas se hagan como tú quieres.

—¿Quién? —pregunté.

—Briseida Figueroa.

—¿La chica que te salvó? —preguntó Esteban.

Me crucé de brazos, y miré la mano donde había anotado su teléfono. En aquel momento parecía que habían pasado años desde aquel encuentro en la cocinilla.

—Sí, ella me salvó —dijo Lilian—. Y quisiera recompensar el valor que mostró.

—Sin duda tiene el carácter para el trabajo —dijo Esteban antes de voltear hacia mí—. Supo convencerte que te dejaras revisar.

—Será mi asistente —dije con una mueca—. ¿Yo no tengo un voto?

—Al menos considérala —dijo Lilian—. Claudia te consiguió su archivo, ¿no? ¿lo has leído?

Moví mi cabeza de lado a lado. —Aun no.

Lilian sonrió. —Creo que sería tu asistente ideal.

Suspiré y traté de estirar mis brazos hacia los lados, haciendo mi mejor esfuerzo por no mostrar que mi hombro se sentía como si cientos de navajas estuvieran rebanándome por dentro. —Vámonos al hotel.

—No —dijo Lilian, poniéndose de pie—. *Nosotros* regresaremos al hotel —. Ella palmó mi hombro—. *Tú* vas al hospital a que te revisen bien ese hombro.

Solté una carcajada. —Me rindo —dije—. No puedo contra todos ustedes.

Capítulo 9.

Briseida

—¡La última y nos vamos! —le grité sonriendo al camarero mientras levantaba mi chupito vacío.

Se acercó con una mueca en su rostro lampiño. —Es la tercer última que pides —dijo al servirme otro chupito de tequila.

—¿Y? —le dije entre risas— No te alejes mucho que te pediré la cuarta última en un segundo.

El camarero dejó la botella y se recargó en la barra ante mí, y me miró tomar la mitad de mi trago. —No habrá cuarta si no me entregas las llaves de tu coche. Tú no vas a manejar esta noche.

Solté una sonora carcajada. —¡Apenas estoy poniéndome al corriente con mi alquiler y mis cuentas de tarjeta de crédito están al tope! —le dije entre risas— ¿Acaso parece que soy dueña de un coche?

El camarero rio al verme terminar mi bebida, y no dudó en rellenar mi chupito cuando lo coloqué ante él.

—¿Día difícil?

—No tienes idea —le dije, cerrando mis ojos antes de beber más tequila. Todavía no se quitaba la imagen de mi cabeza de ese rifle apuntado hacia mí, pero ya se veía un poco más borroso, y era menos mi angustia.

Me reí al sentir la vibración de mi teléfono junto a mi brazo en la barra. —¡Eh, me hacen cosquillas! —dije al sacarlo. Entrecerré mis ojos al ver un número no registrado en mi identificador de llamadas.

—¿De dónde es el código de área doscientos doce? —pregunté más para mí misma que para el camarero que pareció no escucharme. —¿Aló? —

contesté.

—¿Briseida? —dijo una voz grave y rasposa que me puso la piel de gallina.

—¿Sí? —pregunté nerviosa. “*No, no puede ser él.*”

—Habla Nícolas.

Cubrí mi boca mientras me ponía de pie y tiraba la silla en que estaba sentada. No sé cómo no me puse a dar brinquitos como idiota ahí mismo.

—¡Ah, hola! —le dije tratando sin éxito de esconder mi emoción.

—Quería saber si habías llegado bien a tu casa.

Sonreí y cerré mis ojos. —A decir verdad, no he llegado a mi casa —me recargué en la barra—. Vine a tomar algo antes.

—¿En dónde?

—Un bar llamado Jimmy’s.

—Voy para allá.

Mi corazón se detuvo por un instante y mi cerebro se quedó en blanco. —Claro, aquí te espero —le dije sin pensarlo, y había colgado antes de que pudiera decir otra cosa.

—¡Mierda! —exclamé, ganándome la atención de otros comensales cerca de mí y del camarero— ¡Mierda mierda mierda!

—¿Qué te pasa? —preguntó el camarero.

—Viene para acá.

—¿Quién?

Me quedé mirándolo unos instantes y solté una carcajada al caer en cuenta que me he de ver como una idiota.

—Nadie, lo siento —dije, aferrándome a la barra con todas mis fuerzas—. Un amigo.

—Cariño, nadie sonríe así por *un amigo* —dijo el camarero, poniendo la

boca de la botella encima de mi chupito vacío—. ¿Valor líquido?

—¡Por favor! —exclamé.

Levanté la silla y en los largos minutos que transcurrieron me miraba al espejo detrás de la barra agarrándome y soltándome el cabello, indecisa de qué manera usarlo. Cuando al fin decidí dejarlo suelto abrí mi bolso en busca de mi labial.

—¿Dónde carajos está? —pregunté, buscando como loca entre todas las cosas sueltas que tenía ahí adentro.

Cada que abrían la puerta volteaba, todavía sin idea de qué hacer cuando él atravesara la puerta.

De pronto me detuve, y me miré a los ojos en el reflejo del espejo. —No jodas, Bris —me dije—. ¿Realmente crees que va a venir?

Abrieron la puerta del bar, giré, y quedé paralizada al verlo ahí, en la entrada, con la cabeza fija hacia delante y revisando con la mirada el lugar.

Cuando nos vimos a los ojos él caminó en mi dirección sin dudar, e hice mi mejor esfuerzo en pensar en un saludo adecuado cuando estuviera cerca de mí.

—Holis —le dije a Níkolos con una sonrisa.

“¿*Holis?*!” pensé alarmada. “¿*Es en serio, tarada?*!”

—Hola, Bris —dijo, recargándose en la barra junto a mí, y miró de reojo los chupitos vacíos que tenía delante.

—No son míos —dije riendo—. No vayas a pensar que soy una borracha.

—Luego de lo que viviste hoy, no te juzgaría si lo fueran —él levantó la mano y el camarero se acercó en un instante—. Whisky doble, y otro de lo que esté tomando la señorita.

—¿Jack Daniels está bien?

—Sí.

El camarero dejó el vaso de Níkolos frente a él. —Jack Daniels doble, y

otro José Cuervo para la señorita.

—Gracias —dijo Níkolás, dejando un billete de cien dólares en la barra —. Quédese el cambio, por favor.

Ambos levantamos nuestros vasos y los chocamos.

—Por vivir para pelear otro día —dije con una sonrisa.

Níkolás sonrió. —Que el Diablo esté agradecido por un día más sin nosotros.

Arqué una ceja y bebí todo. Ya había tomado demasiados y me encontraba bastante mal. No podía dejar de sonreír al verlo ahí. Me parecía difícil de creer que de verdad hubiera ido a verme.

Le toqué la mejilla con mi dedo, y él sólo me miró. —¿Qué haces?

—¿De verdad viniste? —pregunté—. Digo, puede que esté demasiado tomada para saber si de verdad eres Níkolás Reiter o no.

Él rio. —Entonces esos vasos sí son tuyos.

Solté una carcajada. —¡Joder, Bris! —exclamé antes de mirarle a la cara — ¿Qué haces aquí? —recargué mis brazos en la barra sin quitar la vista de sus ojos— ¿Apoco te preocupaste tanto por mí?

—¿Es tan difícil de creer?

Apreté mis labios. —Los tipos que suelen venirme a buscar no lo hacen por preocuparse por mí.

—¿Y por qué lo hacen?

Reí mientras me lamía el labio inferior y le miraba de arriba abajo, tentada a tomarle la mano y mostrarle el por qué me venían a buscar.

—Eres una mujer muy peculiar, Briseida Figueroa —dijo.

—Y tú un pedazo de hombre que me quisiera comer —dije, y cuando caí en cuenta de lo que acababa de decirle gruñí, cerré mis ojos y pegué mi frente a mis brazos mientras él sólo sonreía—. ¡Mierda, ¿de verdad dije eso?!

—Lo hiciste —dijo Níkolás—. Me honra.

Me levanté de golpe y le miré incrédula a ese rostro creído y sonrisa perfecta que tenía. —¿Te honra?

—No todos los días una mujer tan hermosa me dice que quisiera comerme —dijo antes de darle un sorbo tranquilo a su trago y guiñarme el ojo.

—Ya no me dejes beber más, por favor —dije aguantándome la risa de los nervios—. Luego hago algo de lo que me debería arrepentir pero no lo haría.

La risa fue desapareciendo poco a poco mientras nos mirábamos a los ojos.

Mi corazón golpeteaba de un lado a otro dentro de mi pecho con tanta intensidad que en cualquier momento me habría roto una costilla. Mi rostro estaba tan caliente que se me podría derretir la piel. Y mi estómago cada vez apretaba más el nudo en su interior.

“Joder, ¿por qué me pica tanto mi ropa?” pensé, estremeciéndome.

No sé en qué momento terminé pegada a él, sin despegar la mirada de sus ojos. Parecía estar analizando mis pensamientos, cada sensación que estaba provocándome, y que deseaba que me provocara.

“Joder, si así me pone con su presencia y mirada, ¿qué me hará si...?” me pregunté, desviando la mirada a sus labios. Lamí los míos cuando él lamió los suyos.

—Y... —susurré—. Ya, en serio, ¿a qué debo el honor de tu compañía?

—Quería... —colocó sus manos en mis hombros, y luego los deslizó por mis brazos, y de ahí los pasó a mis caderas. No me moví, ni siquiera respingué—. No, *quiero*... —la corriente eléctrica en cada área que tocaban sus dedos provocaban sensaciones deliciosas por todo mi vientre.

—¿Sí? —dije, sin aliento— *¿Quieres...?*

Me alejó un poco luego de unos exquisitos instantes de sostenerme de las caderas. —Quiero... ofrecerte un trabajo.

Solté una carcajada que me duró tanto tiempo que apenas y podía respirar luego de unos instantes.

—¿Un trabajo? —le pregunté cuando pude recuperar un poco de aire.

Dio la vuelta hacia la barra y tomó su vaso. —Vi tu currículum, y Lilian piensa que serías mi asistente ideal.

Pegué mi hombro al suyo mientras me recargaba junto a él. —Tiéntame —le dije.

—Habría un aumento sustancial de sueldo, más otras prestaciones que no tienes.

—¿Seguro de Gastos Médicos?

—Por supuesto.

—¿Plan Dental?

—Claro.

Miré los botones de su camisa a la altura de su ombligo, y recordé sus abdominales cincelados.

—¿Fondo de ahorro?

—Por supuesto.

Me quedé pensando unos momentos. Más bien disfrutando el calor de estar cerca de él. Ese exquisito hormigueo en mis caderas de donde él me sostuvo segundos atrás seguía ahí, como un recordatorio de lo increíble que puede ser su tacto.

—¿Y qué tanto aumento de sueldo? —pregunté antes de beber lo último que quedaba de mi trago.

—El doble de lo que ganabas.

El líquido se quedó atorado en mi garganta y fui víctima de un ataque de tos al escuchar aquella frase.

—¿El doble?

—Así es —dijo sin dudar.

—¿Joder, sería la secretaria mejor pagada del mundo! —dije.

—No sé si del mundo, pero quizá sí de la compañía —dijo Níkolos con una mueca mientras me miraba.

Me solté riendo unos momentos, luego giré a verlo.

—¿Por qué?

—¿Acostumbras cuestionarte cuando te pasan cosas buenas?

—Sí, a decir verdad —dije con una sonrisa.

—Si necesitas saberlo —dijo—. Fue porque protegiste a Lilian y a Adela durante el tiroteo.

—Eso no fue nada.

—Lo fue todo, Bris —dijo Níkolos—. En mi experiencia las personas lucen su verdadera naturaleza cuando están del lado equivocado de un arma de fuego, y tú mostraste una naturaleza valiente y firme. Ambas son cualidades que admiro, y que quiero en gente que me rodea.

—No soy tal cosa, Níkolos —dije entre risas.

—¿No quieres el trabajo, entonces? —preguntó.

—¡No dije eso! —dije entre risas— Lo... Lo acepto, pero no quiero que te hagas ilusiones de que soy algo que no soy.

Níkolos sonrió antes de terminar su trago. —Eso lo veremos —se enderezó y abrochó el botón de en medio de su americana—. Debo irme.

—¿Tiene una reunión en otro lado, *jefe*? —pregunté entre risas.

—No suelo estar despierto tan tarde —dijo, poniéndose de frente a mí—. ¿Te estarás otro rato, o me permites acompañarte a tu casa?

“*¡Joder, qué tentación!*” pensé riendo.

—Gracias —dije con una risa nerviosa—. Soy una chica grande. Me puedo cuidar yo solita.

Níkolos sonrió. —Tómame la siguiente semana de vacaciones —dijo—. Te llamaré el domingo para decirte si nos vemos en ProComm o en mi hotel.

—Sí, señor —dije, guiñándole un ojo.

Él se dio la vuelta, y no contuve el instinto de mirarle el trasero y lo ancha que tenía la espalda.

—Antes de que te vayas, Níkolás, quiero preguntarte algo— volteó por completo, y yo reí un poco antes de ponerme de pie y acercarme a él—: Pudiste ofrecerme el trabajo con una llamada ¿Por qué viniste?

Níkolás respiró profundo y miró mis labios un segundo antes de verme a los ojos. —Quería verte —dijo.

Me derretí por dentro al escuchar esas palabras. Cerré mis ojos mientras sonreía más que nunca. Cuando los abrí lo encontré a él con una mueca casi del mismo tamaño que la mía.

Le tomé ambas manos y di unos brinquitos en mi lugar. —¡Un favor más antes de que te vayas!

Él se quedó quieto, mirándome de una manera que logró convertir en gelatina el interior de mis rodillas.

—¿Podrías... olvidar que me viste borracha?

Níkolás rio. Él soltó mis manos, miró a mis ojos unos momentos, y suspiró.

—No —dijo—. Buenas noches, Bris.

—Buenas noches, Níkolás.

Capítulo 10.

Nikolas

—¿Necesitará algo más, señor Reiter? —me preguntó el guardaespaldas que me siguió desde que bajamos del coche en el estacionamiento del hotel.

—Será todo —le dije al abrir la puerta de mi suite—. Nos vemos mañana temprano.

—Buenas noches, señor —dijo mientras yo entraba.

Cerré mis ojos y sobé mis párpados al recargar mi espalda contra la puerta. Era como si el suelo hiciera presión en uno de mis pies y amenazara con volcarme.

Recordé la sonrisa de Briseida. Era claro que estaba embriagada, pero no pasé mal rato con ella.

Muy al contrario. Había olvidado cómo se sentían mis mejillas al sonreír tanto. El recuerdo de su risa, su sonrisa, y esa mirada pícaro suya me sacó un suspiro.

Respiré profundo y aún podía percibir el aroma de su perfume floral. Joder, qué aroma. Dulce, penetrante, pero para nada fastidioso. Perfecto.

Me quité la corbata y la dejé sobre la mesa. Al hacerlo vi la botella de Jack Daniels que había pedido a la gerencia del hotel cuando me registré. La abrí, tomé uno de los vasos que estaban en la mesa y lo llené a la mitad.

Me habían ofrecido Macallan, y otros whiskys y licores de mayor calidad, pero Jack había estado conmigo en todos los momentos importantes de mi vida, tanto felices como desgarradores.

Llené mi boca de un trago largo, y tragué fuerte. El ardor llegó hasta mi estómago, y cerré mis ojos para concentrarme en la exquisita sensación.

Escuché en mi cabeza la risa de Briseida, e imaginé el sabor de sus labios delgados y el calor de su cuerpo contra el mío.

Sacudí mi cabeza y abrí los ojos. Mi corazón aceleró su palpitar de un segundo a otro, como si estuviera corriendo un maratón, y dejé de escuchar la voz y risa de Briseida, y en su lugar escuché a mi amada Abby.

—*Eres un travieso* —la escuché decirme. Recordé con lujo de detalle una ocasión en que entré a su oficina a dejarle algo de comida, y terminamos con la puerta cerrada y ella encima de mí en el sillón de las visitas.

—*¿No extrañas estar con nadie más?* —me preguntó en mi recuerdo.

Mi imaginación me golpeó como un ariete con una serie de imágenes y sensaciones de Briseida desnudándose y permitiéndome tocarle y hacerla gozar.

Mi estómago se retorció tanto que quise vomitar.

“*¿Cómo puedo estar pensando estas cosas con otra mujer?*” me pregunté, engullendo el resto de mi vaso de un trago, tratando de apagar el fuego de mi culpa con más alcohol.

—Abby, lo siento —dije, sobándome los párpados, luego sacudí mi cabeza tan fuerte como pude, y de pronto escuché a mi esposa reír segundos antes de escuchar otra vez el disparo que terminó su vida frente a mí—. Lo siento, lo siento.

Dejé el vaso, tomé la botella por su cuello, y bebí un largo trago de ella.

Pero no bastaba. Ya había tenido suficiente de esta vida.

—Te veré pronto, palomita —dije, y estiré mi mano hacia mi espalda para tomar mi arma.

No la encontré, y dejé de respirar unos instantes.

Miré hacia la mesa. ¿Acaso la había dejado ahí? No.

Caminé rápido al umbral de la habitación, ¿acaso estaba en la cómoda?

No.

¿Estará en el baño? Corrí a la puerta y miré adentro.

No.

Abrí el armario, tecleé la combinación de la caja fuerte y revisé si estaba ahí.

No.

Entonces recordé que le había entregado mi arma al detective Castilla, y recargué mi cabeza en el marco de la puerta.

—Con un carajo —dije, frotándome la frente antes de darle otro trago a la botella y regresar a la sala de estar de la suite.

—Todo estará bien, mi amor —escuché a mi Abby detrás de mí tras salir de la habitación.

—No, Abby, no lo estará —dije entre sollozos—. Yo quiero estar contigo. No puedo vivir otro minuto más sin ti. No quiero estar con otra mujer que no seas tú.

—Aquí estoy, mi vida —me estremecí al sentir su mano en mi espalda. Sollocé y abrí los ojos de golpe. Giré y ahí estaba, mi Abby, vestida con sólo una bata, sonriéndome, mirándome.

Estaba oscuro, y la única luz que entraba venía desde el baño de la habitación y las luces nocturnas de la ciudad.

—¿Qué...? —ella deslizó su mano sobre mi mejilla, tallando las lágrimas que en algún momento escaparon de mis ojos. Joder, cerré mis ojos cuando el calor de sus manos se esparció por la piel de mi rostro— Palomita.

—Estará bien, mi amor —dijo. Sollocé con mayor intensidad cuando su cuerpo presionó contra el mío. Sus pechos, dos obras maestras de Dios, firmes como el día que los toqué por primera vez, empujaban contra mi plexo solar, y yo la tomé de la cintura con todas mis fuerzas, y pegué mi frente a la suya.

—Abby, Dios mío —dije al rozar mi nariz con la suya—. ¿Esto es real? ¿Esto está pasando?

—Tócame, Nick —susurró, tomando mis manos y guiándolas a sus nalgas—. Te necesito.

—Yo también te necesito —dije con voz temblorosa, aferrándome con todas mis fuerzas a ella—. Dios, te necesito tanto, palomita.

Me estremecí, y al abrir mi boca aspiré el aroma a cereza sin duda de su labial.

Detuve todo movimiento, y el recuerdo me azotó como un camión a toda velocidad: Abby odiaba las cerezas.

Abrí mis ojos y vi el rostro de Abby, con ojos entrecerrados, y al verle el cabello corto caí en cuenta.

—¿Lilian? —susurré.

—Ahora entiendo, Níkolás —dijo, restregándose más contra mí, dejando abrir su bata lo suficiente para que cayera de sus hombros, dejándome ver que estaba desnuda debajo—. No sabía lo que Abby vio en ti pero eres fuerte, eres sabio, eres leal. Joder, no conozco ningún otro hombre como tú.

La empujé, y ella tropezó y cayó sentada encima del sillón.

—¿Qué carajos, Lilian?! —le pregunté— ¿¿Cómo te atreves?!

Ella sonrió. —Níkolás, por favor —preguntó, abriendo por completo su bata, mostrándome su cuerpo desnudo. Sin duda eran gemelas idénticas, al menos por fuera—. Quieres esto, deseas esto, *necesitas* esto... tanto como yo.

—¿Tú? —pregunté.

Ella se levantó. La bata colgaba sólo de sus mangas mientras caminaba hacia mí.

—No tenía idea qué veía mi hermana en ti —extendió su mano, tocó mi pecho, y desabrochó los botones de mi camisa uno por uno—. No eres para nada como los hombres con los que crecimos. Hijos de papi arrogantes y pedantes con la cuchara de plata en la boca.

Caminé hacia atrás, pero ella no dejaba de seguirme. Mordía su labio

inferior, y mientras trataba de agarrarme con una mano se tocaba a sí misma con la otra.

—Vi cómo le disparaste a ese tipo hoy sin dudar siquiera —dijo—. Conozco muchos hombres que no dudarían en arriesgar millones de dólares en la bolsa, pero jamás tendrían los huevos para tomar una vida como lo hiciste tú hoy.

Dejé de moverme, y frotó mi cuello. Su mano era igual a la de Abby, y mi cuerpo me rogaba que le permitiera tocarme más tiempo, pero mi mente me exigía que hiciera algo para detenerla.

—Eres un asesino —dijo—. Eres un peligro, y eso me tiene como loca.

Le tomé la mano con fuerza. —¿Crees que por eso Abby se casó conmigo? —le pregunté, empujándola contra la pared a mi lado. Ella no mostró estar asustada, sino excitada. Sonrió, y no quitó la mirada de mi boca— ¿Porque soy un peligro?

—¿No lo eres? —dijo, acercando su boca a la mía— Dios, ya me imagino cómo has de follar.

—¿Te estás escuchando? —le dije— Intentaste aprovecharte que eres la viva imagen del amor de mi vida y de mi estado de ebriedad para hacerte de un buen polvo. Eres patética, Lilian.

Ella se quedó callada en lo que la sonrisa en su rostro se desvanecía, y pronto sus ojos mostraron una rabia que me erizó cada cabello de mi cuerpo.

—Aquí el único patético eres tú, Níkolos —dijo, sonriendo macabramente—. Al menos *yo* soy honesta conmigo misma: Quiero follarte porque salvaste mi vida, porque eres un salvaje, un asesino, y eso me tiene como loca.

Dio un paso hacia delante, y puso su mano sobre mi mejilla. —Pero eso no cambia las cosas —dijo, acercando su rostro al mío parándose de puntillas—. Voy a quitarte la compañía que mi hermana debió dejarme a mí, no a un matón.

Ella soltó una carcajada mientras me daba una bofetada juguetona.

—¿Me llamaste patética? —Lilian bajó su mano en mi rostro y no mostró

intención de detenerse si no le hubiera agarrado la muñeca antes de tocarme la entrepierna—. Tú te aferras a un puto fantasma cuando tienes todo lo que cualquier hombre podría necesitar para superarlo.

Tiré de su muñeca y la lleve a tirones hacia mi puerta. Al abrirla la arrojé al pasillo. Ella tropezó pero alcanzó a recuperar el equilibrio.

Lilian volteó y se cubrió con su bata, y yo quería borrarle esa estúpida sonrisa de una cachetada.

—Estaré en mi habitación por si cambias de opinión o si necesitas estar más borracho —dijo, amarrándose de la cintura la bata—. Pero no tomes demasiado, quizá no se te pueda parar después.

Rechiné mis dientes y azoté mi puerta con todas mis fuerzas. Pasé mi mano encima de mi boca, mi cuello, y mi pecho, tratando de limpiarme de cualquier rastro que aquella arpía había dejado en mi ser.

Caminé rápido a la habitación con mis manos en mi cabeza, tirando de mi cabello y conteniendo el grito que quería dejar salir.

Vi la botella, y sin pensarlo la tomé y bebí de ella tanto como pude. Mi estómago ardió como si estuviera a punto de ser agujerado, y mi mundo dio vueltas. Sollocé, y mi boca se torció un poco en contra de mi voluntad.

Caí de rodillas junto a mi cama, y lloré. Cubrí mis ojos con mi mano y lloré tan fuerte que quizá mis alaridos se escucharon al otro lado de la pared.

Agradecí que no tuviera mi arma conmigo, porque quizá le habría metido un tiro a aquella puta hija de su reverenda madre.

Respiraba tan profundo como podía. Era la primera vez que me desahogaba así. Quizá llevaba mucho tiempo aguantando aquel dolor, aquellas lágrimas, aquella frustración. De a poco fui tranquilizándome, y la ira ardiente que tenía en mi pecho fue disminuyendo más y más.

Mi móvil vibró dentro de mi pantalón. Había olvidado por completo que lo tenía ahí. Lo saqué y vi que había recibido un mensaje.

—Gracias por los tragos y el nuevo trabajo. Quería que supieras que ya estoy en mi casa y llegué bien. Nos vemos el lunes, Níkolos. Besitos.

Leí el remitente: Briseida Figueroa.

Sonreí antes de soltarme riendo. —Carajo, Níkolás —dije, sobándome los párpados, luchando contra el recuerdo de su risa y su mirada clavada en mis ojos, y lo que podría haber pasado si habríamos estado en un lugar a solas y seguido tomando—. Va a ser tu asistente, no pienses esas cosas.

Me levanté, dejé mi teléfono en la mesita junto a la cama, y suspiré.

Capítulo 11.

Briseida

Puse la caja con mis cosas sobre el escritorio afuera de la oficina del señor Waylon Blake, en el tercer piso del edificio de la fábrica. Tendría el muro a mis espaldas, y desde donde estaría sentada alcanzaría a ver por la puerta de la oficina a Níkolás sentado detrás de ese gigantesco escritorio.

Los chicos de mantenimiento quitaban un nombre de la puerta y recordé que ya no se trataba de la oficina de Waylon Blake, sino de Níkolás Reiter, dueño y CEO.

“*Y yo soy su asistente,*” pensé con una sonrisa, respirando profundo al caer en cuenta que ahora sólo le respondía al dueño de la compañía.

“*No más tener que aguantar al idiota de Carmelo,*” pensé, sacando mi taza de café y artículos de oficina que traía en la caja. “*Aunque ahorita se portó muy lindo conmigo. ¡Hasta me ayudó a empacar mis cosas!*”

Saqué mi grapadora verde lima y la pasé de una mano a la otra un par de veces. De ninguna manera iba a dejarles ahí abajo mi grapadora favorita.

Levanté un osito pequeño de peluche con una jersey de fútbol americano que tenía como adorno, y escuché pasos decididos desde el pasillo que daba directo a los elevadores.

Venía con un traje azul marino perfecto, con una mano metida en su bolsillo. Respiré profundo al verle a los ojos, y sonreí cuando estuvo a unos pasos de llegar conmigo.

—Buenos días, *señor Reiter* —le dije con tono coqueto.

Se detuvo, miró hacia los dos tipos de mantenimiento poniendo su nombre en la puerta, luego me sonrió. —Buenos días, señorita Figueroa.

Puso su maletín encima de mi escritorio y sacó su portátil de ella. — Necesito que... —clavó su mirada en el osito de peluche que había sacado.

—¿Qué sucede?

—¿Acaso eres seguidora de los Gigantes de Nueva York? —preguntó asombrado, como si se hubiera enterado del peor secreto sobre alguien.

Solté una carcajada que ahogué de inmediato con ambas manos encima de mi boca. —¡Por supuesto! —dije sin dejar de sonreír— De no ser por ellos el insoportable Tom Brady tendría dos anillos de Super Bowl más.

Níkolos arqueó una ceja y soltó una risa resoplada.

—¿Te gusta el fútbol americano? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Podría decirse —dijo, tomando el osito en sus manos y analizándolo.

—¿Hay algún equipo en particular que sea de tu agrado?

—Las Águilas de Philadelphia —dijo al dejar el osito en mi escritorio.

—¡No! —dije y moví mi cabeza lado a lado— Por favor, siga a los Acereros, o a los Cafés... ¡Caray, siga a los Jets! ¡Pero no a las Águilas!

Níkolos no contuvo su risa, y yo tampoco cuando terminé mi rabieta de niña de cinco años.

—Bueno —dije, recargándome en el escritorio—, ¿Qué ibas a pedirme antes de que mi osito te distrajera?

Níkolos sacó de su maletín una portátil delgada que parecía nueva. — Necesito que hables con la gente de sistemas y me configuren el acceso a internet y a las redes internas de la compañía.

—Enseguida, *señor* —dije, tomando su ordenador—. ¿Gusta que le traiga un café o algo para desayunar?

Níkolos sonrió mientras me miraba de arriba abajo. —No —dijo, mirándome a los ojos unos instantes antes de entrar a su oficina.

Dejé el portátil en mi escritorio y marqué la extensión de Tito.

—¿Sí?

—Tito, hermoso —saludé con una sonrisa.

—¡Hey, Bris! —exclamó, luego aclaró su garganta— Disculpe, *señorita Figueroa*. Ya estás en las ligas mayores ahora que eres la asistente del jefe.

—¡Qué gracioso eres! —dije entre risas—. Oye, necesito configurar la portátil de... *del señor Reiter*, para que pueda conectarse al internet y a las redes de la compañía.

—Tráela a mi lugar —dijo—. Aquí te lo hacemos. No tomará más de cinco minutos.

—Eres un amor en miniatura —dije antes de tirarle un beso y colgarle.

Caminé hasta los elevadores cargando la portátil, y cuando las puertas se abrieron Lilian miraba la pantalla de su teléfono tecleando algo.

—Buenos días —le saludé.

Ella alzó la cabeza y sonrió. —¡Briseida! —se acercó y me dio un abrazo que no pude corresponderle o dejaría caer el ordenador del jefe— Estuve pensando en ti toda la semana. ¿Cómo estás?

—¡Bien! —subí al elevador.

—¿A dónde vas?

—Con los de Sistemas —dije, mostrándole la portátil que cargaba—. Necesitan configurarla para que Níkolos... ¡el señor Reiter! La pueda usar.

Lilian se quedó dentro del elevador. —Será mejor que yo también vaya, pues mi portátil también necesita ser configurada.

Sonreí. “*Maldición, quería cotillear con Tito unos minutos.*”

—Felicidades por tu nuevo trabajo —dijo.

—Gracias —giré a verle—. ¿Y tú cómo estás?

Suspiró. —Bien, considerando que miré a la muerte a los ojos —movió su cabeza de lado a lado—. Sabes, si haces un buen trabajo creo que Níkolos

querrá llevarte con él a Nueva York.

Solté una carcajada. —No nos adelantemos —dije—. Aunque estaría genial. Jamás he ido a Nueva York.

—¡Hay tanto por hacer! —dijo— Claro, si tienes el tiempo y el dinero.

“*Tiempo y dinero, claro,*” pensé mientras reía junto con Lilian, aunque por dentro se me retorciera la tripa de la envidia.

La veía ahí, con ese vestido ejecutivo sin duda hecho a la medida de su cuerpazo, cargando un bolso de una marca que ni conocía pero se veía que costaba lo que yo ganaría en un mes o dos, y recordé que éramos de mundos muy distintos.

Vino a mi mente Níkolás. Con todo y esa apariencia ruda y porte de matón que me encendía los pensamientos vestía muy elegante.

El traje que traía puesto no se miraba como algo que uno podría comprar en una tienda departamental, y tanto él como Lilian traían un modelo de teléfono que apenas habían comenzado a anunciar por televisión.

Llegamos con Tito y, por supuesto, todos los empollones del departamento se nos quedaron mirando.

—¡Buenos días, *señorita Figueroa!* —saludó Tito al levantarse de su lugar y darme un fuerte abrazo, luego miró a Lilian— ¿Quién es tu amiga?

—Lilian Valisa —contestó mi amiga con una sonrisa arrogante—, Directora de Finanzas de la compañía para la que trabajas.

Tito se quedó callado y los demás muchachos regresaron su atención a sus ordenadores.

—Lo siento, señorita Valisa, no quise... —dijo Tito.

—Relájate, Tito —le dije, dejando la portátil de Níkolás en su escritorio—. Estás entre amigos —giré hacia Lilian—. ¿Verdad?

—Por supuesto —dijo mientras sacaba su propia portátil del bolso que cargaba, parecía del mismo modelo que la de Níkolás—. Necesitaré que configures también este portátil para acceso a todas las redes de la compañía.

—Claro —dijo Tito, tomando su portátil. Puso la de Níkolos y la de Lilian lado a lado antes de encenderlas—. Esto tomará unos minutos.

—Toma tu tiempo, Tito —dijo Lilian, cruzándose de brazos y mirando el ordenador de Níkolos.

No me sorprendió que Tito y los chicos se intimidaran con Lilian. Carajo, hasta yo le tenía algo de miedo a esa mujer, aun cuando sólo estaba usando la cámara frontal de su teléfono para mirarse y acomodarse una hebra de cabello rebelde.

Tito nos entregó los portátiles y Lilian y yo regresamos al tercer piso.

—Felicidades otra vez por tu nuevo trabajo —dijo cuando salimos del elevador—. Yo estaré en la oficina de la esquina. Asumo que Níkolos tomó la oficina que pertenecía a Blake.

—Así es —dije.

—Quizá más tarde vaya y podamos tomarnos un cafecito juntos —me guiñó el ojo antes de darse la vuelta y alejarse.

“*¿Acaso me coqueteó?*” me pregunté al dar la vuelta y dirigirme a mi escritorio.

Los chicos de mantenimiento ya habían terminado. Miré la puerta abierta y leí la nueva placa que habían puesto: Níkolos Reiter, Presidente de Valtech.

—...sí, sé que Lilian tiene el apoyo de la mitad de la mesa —escuché desde adentro de la oficina. Me asomé y Níkolos estaba frente a la ventana con sus manos en la cadera. Se había quitado su chaqueta y le había dejado colgado del respaldo de la enorme silla detrás del monumental escritorio de madera.

—Entonces deja a alguien de tu confianza encargado de las operaciones de ProComm —escuché decir del altavoz del teléfono—. Me dijiste que el gerente de la planta es competente, ¿no?

—Competente, mas no sé si pueda confiar en él todavía —dijo Níkolos antes de mirar hacia la puerta.

Le saludé con la mano antes de levantar su portátil. —Está lista —articulé

con la boca, y él apuntó a su escritorio.

—Agradezco tu apoyo, y el de Richard y Dahlia —dijo Níkolos—. Cuando regrese convocaré una junta extraordinaria de la mesa directiva y les explicaré el plan a futuro que tengo para ProComm. Te garantizo que valdrá la pena.

—¿Y qué hacemos con OhmTech y Green Linguistics?

—Tengo plena confianza en tus capacidades de negociación, amigo mío —dijo Níkolos—. Estamos en contacto.

Él colgó la llamada y yo dejé su portátil en su escritorio.

—¿Tengo acceso a todo? —preguntó Níkolos.

—Sí —dije—. Si tienes dudas puedes hablar con Tito Gómez —tomé su libreta de post-its y anoté su extensión.

—Gracias, Briseida —dijo Níkolos rodeando el escritorio. Se sentó y abrió su portátil.

—Si necesitas algo más, estaré ahí afuera —di la vuelta y caminé hacia la puerta de la oficina.

—Briseida —llamó, y cuando giré estaba recargando sus codos en el escritorio con sus manos juntas frente a su pecho—, la esposa de un buen amigo mío es dueña de un restaurante en la ciudad. Necesito reservaciones para cenar.

—Señor Reiter —dije al mismo tiempo que fingía una risilla de colegiala—, ¿cree apropiado llevar a su asistente a cenar?

Níkolos rio. —Procura hacer esas bromas cuando no haya nadie más presente.

Resoplé. —Por supuesto, por eso la hice —dije, guiñándole el ojo—. Necesito el nombre del restaurante.

—Claro —Níkolos tomó su teléfono y buscó por unos momentos—. Barb's Bistro.

—Guau, nunca he ido a Barb's Bistro, es un restaurante de bastante lujo y

me han dicho que es muy rico comer ahí, muy romántico —dije sonriendo como idiota.

Níkolos entrecerró sus ojos. —Es para una cena de negocios con otras personas, ¿crees que sea un lugar apropiado?

Parpadeé un par de veces sin quitarle la mirada de encima. —¡Ah sí, por supuesto!

“*Dios mío, trágame tierra,*” pensé al cerrar mis ojos y soltarme riendo.

—¡Por supuesto! —dije— Claro, yo haré las reservaciones, *señor Reiter*.

Abrí los ojos y Níkolos estaba recargado en su silla, mirándome, analizándome parte por parte. Me sentí desnuda frente a él, como si fuera capaz de ver en los rincones más profundos de mis pensamientos y hubiera encontrado las fantasías que había tenido de él esta última semana que tuve libre.

Suspiré, y Níkolos sonrió.

Él se quedó callado por unos momentos mientras nos mirábamos a los ojos. “*Mierda, no necesito estar borracha para hacer el ridículo frente a él,*” pensé.

Di la vuelta y caminé un paso hacia la puerta.

—Briseida —llamó.

—¿Sí, señor Reiter?

—Has una reservación para diez personas, incluyéndote a ti.

Giré. —No necesitas incluirme sólo porque...

—Eres mi asistente —dijo con calma y arqueando una ceja—. Puede que necesite algo de ti.

Sonreí y apreté mis labios lo más que pude mientras me enderezaba y asentía. —Sí, señor Reiter.

Capítulo 12.

Nikolas

Le entregué el ticket al aparcacoches y giré hacia el interior del restaurante, donde Esteban parecía estar intercambiando información con uno de los comensales mientras se sonreían uno al otro.

—¡Es en serio! —escuché gritar a unos metros de mí. Miré en esa dirección y ahí estaba Briseida con su brazo estirado y su dedo medio levantado hacia un taxi que acababa de pasar antes de gruñir frustrada y regresar a la banqueta.

Traía un vestido azul oscuro con tirantes delgados que la hacía lucir espectacular. Aunque holgado, su vestimenta no ocultaba su figura. Nada demasiado escandaloso, no como el vestido violeta que Lilian se había puesto, tan ajustado que no hacía nada para ocultar cada curva de su cuerpo.

—¿Todo bien? —le pregunté, y ella volteó tan rápido que su cabello suelto se estrelló contra su rostro y un poco le entró a la boca.

—¡Sí! —dijo, pasando su mano entre su cabello, dejando al descubierto su rostro sonriente—. Sólo que llevo ya unos minutos tratando de detener a un taxi.

Asentí. —Te llevo —dije.

Ella sacudió su cabeza. —No —dijo—. No quisiera molestarte.

—Como gustes —sonreí mirándola a los ojos, y ella no quitaba su mirada de mí. Briseida resopló y se acercó a mí.

—Está bien —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado.

Escuché abrirse la puerta del restaurante detrás de nosotros, pero por Dios no podía quitarle la vista al rostro de Briseida. Parecíamos estar en

competencia de quién dejaba de mirar al otro, y ninguno quería perder.

—¿Pensé que ya te habías ido, Briseida! —dijo Esteban, que se había parado detrás de mí— ¿Dónde está Lilian?

—Se fue hace unos minutos —dije, perdiendo la competencia y volteando hacia él—. Aceptó el aventón de la licenciada Pedroza.

—No me sorprende —dijo Esteban con una mueca traviesa, luego volvió su atención hacia Briseida—. Excelente trabajo, por cierto.

—¿Disculpa? —Briseida respingó.

—Nosotros teníamos un buen entendimiento de los contratos vigentes con muchos de los proveedores de ProComm, pero tu conocimiento a detalle de ellos nos sacó de muchos apuros durante esta cena —dijo Esteban—. Estoy seguro que estos clientes estarán contentos de seguir haciendo negocios con ProComm.

—Vale, no fue nada —dijo Briseida, agitando su mano.

—¿Cómo sabías tanto de ellos? —pregunté.

Briseida suspiró. —Yo redacté algunos —dijo—, y algunos otros los revisé cuando hicimos una auditoría interna a mediados del año pasado —se tocó la sien con un dedo y sonrió—. Tengo buena memoria para esas cosas.

—Estamos muy agradecidos por ello —dije, notando esa sonrisita intermitente—. ¿No has considerado ejercer como abogada?

—¿Ejercer? —preguntó Esteban mientras Briseida estaba boquiabierta.

—Sí —dije, volteándolo a ver—. Ella terminó la carrera de Derecho, con especialidad en Derecho Financiero, si la memoria no me falla.

—Escribí mi tesis de eso, que es distinto a estar especializada en ello —dijo Briseida.

—¿Y qué diantres haces como asistente? —preguntó Esteban.

Briseida sonrió nerviosa y me miró. —¿Quién podría resistir trabajar para Níkolás Reiter? —dijo, guiñándome el ojo.

El aparcacoches llegó con mi coche, y abrí la puerta de pasajero. Le ofrecí mi mano a Briseida y ella la tomó sin dudar. Disfruté la suavidad de su palma mientras ella subía.

—La llevaré a su casa antes de regresar al hotel —le avisé a Esteban cuando abrió la puerta de los asientos de atrás.

—Pediré un taxi, entonces —dijo antes de cerrar la puerta—. Ya tengo sueño y necesito revisar un montón de cosas en la mañana.

—Como gustes —dije al estrechar su mano.

Subí a la camioneta y noté a Briseida analizando el interior.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Nunca me había subido a una camioneta Mercedes —dijo, restregando sus hombros desnudos contra los asientos—. La piel del asiento se siente muy bien. Podría acostumbrarme a estos lujos.

Sonreí al tocar la pantalla táctil en el tablero, abriendo la aplicación de GPS. —Necesito tu dirección.

—Yo te daré las indicaciones —dijo, recargando su cabeza—. O podrías dejarme conducir.

Reí al escucharla. —De acuerdo —tomé la manija de mi puerta y tiré de ella para abrirla.

—¡No te creas! —gritó, poniendo sus manos encima de mi mano que sostenía la palanca de cambios del vehículo— Está bien. Tú maneja.

Miré sus manos encima de la mía y mi pecho se llenó de calor en un instante, como si su tacto en el dorso de mi mano accionara un interruptor que hacía tiempo nadie encendía.

Sonreí y manejé hacia la avenida. Briseida cantaba la letra de las canciones de rock que había puesto en el estéreo. Debía darle mérito por saberse las letras, aunque sólo por eso se lo daría.

“Dios mío, ¿cómo puede ser tan desentonada?” pensé al sonreír.

Aunque su forma de moverse más que compensaba la agresión a mi oído. Algo tenía cada sonrisa, cada inclinación de su cabeza, cada contoneo de su cuerpo, que tenía un efecto hipnótico. Debía usar todo mi esfuerzo por no quitar mi vista del camino y voltearle a ver.

La música se detuvo para anunciar la llegada de una notificación.

—Cumpleaños de Abby en una semana —leyó en voz alta—, ¿Abby, tu esposa?

Suspiré. —Ya debería quitar esa notificación —dije, negando con la cabeza—. Siempre fui muy olvidadizo de las fechas, así que ella programó esa notificación en mi calendario para que le fuera buscando un regalo y no estar a prisa el mismo día.

—Estoy segura que lo que sea que le compraras, con tiempo o de último momento, a ella le gustaba —dijo Briseida.

—Sí, quizá.

Briseida respiró profundo, y palmó mi muñeca. —Da vuelta ahí.

Seguí su indicación, junto con otras que me dio unos minutos después, hasta que llegamos a un estacionamiento vacío, y un edificio grande al final de él.

—¡No! —exclamó.

—¿Aquí vives? —pregunté extrañado, acercando el coche a la puerta del edificio, cuyo letrero decía: Pista de Hielo Los Canarios.

—No —dijo, y yo giré a verla cuando detuve el coche—. Pensé que ya estaba abierta, pero creo que aún no terminan con su remodelación.

—¿Y para qué me trajiste aquí? —pregunté.

Briseida suspiró. —Vas a pensar que soy una loca.

—Ya pienso eso, Briseida —ella rio.

—Leí de ti durante toda la semana pasada —dijo—. Y recordé que habías jugado hockey cuando estabas en la preparatoria, que incluso ganaste un

campeonato estatal.

Reí y me recargué contra el respaldo del coche. —Hace siglos de eso — dije con una sonrisa—. Ya ni siquiera lo recordaba.

—Todos tenemos algo que nos gustaba hacer cuando éramos jóvenes que disfrutábamos mucho y que cuando crecemos dejamos de hacerlo, ya sea porque la vida se nos complicó mucho o adquirimos otros intereses —dijo, y se encogió de hombros—. Supuse que sería algo que te distraería un poco de...

Apuntó a la pantalla de la camioneta, donde aún estaba desplegada la notificación.

—Pero está cerrado, así que al caño mis buenas intenciones —dijo.

Nos quedamos mirando hacia delante unos momentos. Noté a través de la ventana que la pista estaba en sí en buenas condiciones.

—¿Aquí alquilaban los patines? —pregunté.

—Sí.

—¿Recuerdas dónde los guardaban?

—Al entrar a la izquierda, creo —volteó rápido hacia mí—. Miento, al fondo.

Asentí por unos instantes.

—Sígueme —dije.

Apagué la camioneta, y Briseida bajó junto conmigo. Abrí la parte de atrás y saqué la cruceta para cambiar las llantas pinchadas.

—¿Qué vas a...? —preguntó Briseida, cruzándose de brazos y siguiéndome de cerca.

Noté que las puertas estaban cerradas con cadena y un candado. Me tomó cinco segundos partirlo con la herramienta, y luego la usé como palanca para forzar la cerradura y abrir las puertas.

—¡Níkolás! —gritó Briseida— ¡Nos vamos a meter en problemas!

—Traigo dos mil razones en la cartera por las que estaremos bien —dije, extendiendo mi mano hacia la suya—. Ya estamos aquí. ¿Vienes o no?

Ella rio y tomó mi mano sin dudar. Entramos y, seguí a Briseida hasta el local de alquiler de patines. Ella saltó detrás del mostrador y sacó un par para ella.

—¿Qué talla eres? —preguntó con tono coqueto, recargándose en el mostrador.

—Aquellos están bien —dije, apuntando.

Ella arqueó sus cejas y rio. —¡Señor Reiter! —exclamó entre risas.

Suspiré al sentarme en un banquillo. Miré alrededor de la pista vacía y vinieron a mí recuerdos de mi juventud. Antes de los marines, antes del alejamiento de mi familia.

Antes de Abigail.

Me deslicé en el hielo con tal facilidad que no sentí que habían pasado décadas desde la última vez que había patinado. Era algo que siempre quise hacer con Abigail pero jamás tuvimos ni el tiempo ni nos dimos la oportunidad de hacer.

Di una vuelta alrededor de la pista y el viento fresco en mi cara me transportó a ese partido de la final estatal, donde mi equipo ganó.

Giré hacia Briseida, y la vi de pie en la entrada de la pista, aferrada a la baranda.

Me acerqué a ella, y la noté sonriendo.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí —dijo entre risas—. Es sólo que... Bueno... —soltó una carcajada y me miró a los ojos—. Nunca he patinado.

—¿Es en serio? —pregunté aguantando la risa— Pensé que ya habías venido a este lugar.

—Sí lo he hecho —dijo, pero apuntó hacia la sala de los juego de video— Pero a jugar videojuegos o a comer pizza. Nunca a patinar.

Reí un poco, y luego le tomé del brazo. —Ven.

—¡Me voy a caer! —exclamó riendo, aferrándose a mis manos mientras tiraba de ella hacia el centro de la pista.

—Si te caes, nos caemos los dos —le dije, apretándole las manos y mirándola a los ojos—. Confía en mí. Mantén tus rodillas un poco dobladas y tus caderas cuadradas hacia mí.

Patinamos unos metros, y ella se soltó riendo.

—Eso es, muy bien —le felicité, mirándole sus piernas y sus caderas.

—¿Estás viéndome para ver si lo hago bien o porque te gusta la vista? —preguntó entre sus risas.

—Ambas.

Briseida soltó una de sus manos e intentó darme un manotazo en el pecho, pero perdió el equilibrio y cayó en mis brazos. Nos habríamos caído al hielo, pero giramos y nos estrellamos contra la baranda en la orilla de la pista, de donde me aferré con una mano mientras tomaba con fuerza a Briseida de la cintura.

Su cuerpo estaba pegado a mí por completo, y me pareció notar que sus ojos no se despegaban de mis labios. Mi garganta se cerró un poco de los nervios. Me sorprendí al caer en cuenta que no deseaba que se quitara.

Ella tampoco se le veían muchas ganas de quitarse. Sonreímos, ella recargó sus manos en mi pecho, y lamió sus labios al acercar su boca más a la mía, y yo me quedé paralizado al caer en cuenta que no se estaba deteniendo.

—¡Oigan! —nos gritaron y alumbraron con lámparas al mismo tiempo—
¡No deberían estar aquí!

Briseida y yo nos carcajamos. Ella pegó su frente a mi barbilla, y yo cerré mis ojos un instante antes de sacar mi billetera.

—Lo sentimos —le grité al sujeto que nos apuntaba con su lámpara—. No necesita hablar a la policía, estoy seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Esto no se nos hará costumbre —dijo Briseida mientras la guiaba de vuelta a la entrada de la pista—, ¿verdad?

—No lo sé —le susurré.

“Pero espero que sí,” pensé.

Capítulo 13.

Nikolas

Detuve el coche en el estacionamiento cruzando la calle del edificio de departamentos donde Briseida vivía. Miré el reloj del tablero y ya era pasada la una de la mañana.

La vi y estaba sonriendo con la cabeza agachada, mirando sus manos mientras se sobaba el dorso de una de ellas con la otra.

—Gracias —le dije, provocándole subir la mirada—. No había pasado un rato tan agradable desde hace tiempo.

—Por nada —dijo, inclinando la cabeza.

Nos miramos a los ojos unos instantes antes de que estallara a carcajadas y volteara hacia delante.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Nada, es una tontería —me miró, y me limité a apreciar la blancura de sus dientes al sonreír, la curva de sus labios, su grosor, y el resplandor de sus ojos—. Quería invitarte a pasar a tomar algo.

—Ah —dije, riendo nervioso— ¿Fue una propuesta?

Ella se encogió de hombros. —No lo sé —dijo—. No tengo nada que ofrecerte.

—Briseida —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—, tienes mucho que ofrecer.

—Cállate —dijo entre risas—. Me refiero a que no tengo ni siquiera una cerveza en la nevera.

Asentí, y miré de reojo hacia la esquina, donde había una licorería abierta.

—Eso se soluciona —dije, inclinando mi cabeza en aquella dirección.

Briseida miró y movió su cabeza de lado a lado. —No creo que me venda nada —dijo entre risas—. Creo que aún le debo dinero.

—Entonces iré yo —dije—. ¿Cuál es tu veneno?

Briseida rio, mordió su labio inferior, luego entreabrió su boca unos momentos mientras miraba mi boca.

—Whisky —dijo.

Arqueé una ceja. —¿Alguna marca en particular?

Ella encogió sus hombros. —La que sea.

Sonreí antes de bajar de la camioneta. Le abrí la puerta y ayudé a bajar, tomando su mano antes de cerrarla. Cruzamos la calle desierta sin detenernos hasta la puerta de su edificio.

—¿Cuál es tu número de departamento? —le pregunté al detenerme a los pies de las escaleras que subían hasta el portón de su edificio. Briseida se detuvo en la primer escalera, dejando su rostro un poco más cerca del mío.

Cuando giró, estábamos casi frente a frente. Ella no dijo nada. Acarició mi rostro, y yo me aferré a su cintura como si estuviera por caerse por la escalera.

Acercó su boca a la mía. Habría esperado resistencia de mi pecho, de mi conciencia, de algo que me impidiera disfrutar aquel momento.

No fue así. El calor en mi pecho se esparció por mi cuerpo, y no fui capaz de formular ningún otro pensamiento más que uno:

“Bésala.”

Probé sus labios despacio, y ella gimió cuando nuestras bocas le abrieron paso a nuestras lenguas y nos saboreamos.

Un relámpago nos atravesó, y ella arrojó su otro brazo alrededor de mi cuello, restregando todo su cuerpo contra el mío mientras nuestro beso detenía el tiempo por unos gloriosos segundos.

—Dos A —susurró al interrumpir nuestro beso—. Departamento Dos A. Ve por el whisky, pero no te tardes.

Pegué mi frente a la suya, y ambos reímos como jóvenes enamorados. — No lo haré.

Me quedé viéndola mientras subía despacio las escaleras sin quitarme la mirada, succionando su labio inferior y descansando sus manos en su vestido, tomando un puño de la tela y levantando la falda un poco.

Falló en pisar el último peldaño, y tropezó. Briseida dio un brinquito y recuperó el equilibrio en un instante y soltó una carcajada junto conmigo.

—Joder, hombre, apúrate —dijo antes de entrar a su edificio.

No me lo tuvo que pedir dos veces. Caminé tan aprisa como pude hasta la esquina. La licorería estaba sola, y el cajero miraba una película de acción en una televisión pequeña junto a la caja.

—Buenas noches —le saludé. No contestó, estaba demasiado concentrado en su película.

“¿Qué clase de licorería no tiene Jack Daniels?” me pregunté mirando las estanterías donde tenía las botellas de whisky.

Tomé una Chivas Regal de doce años, la miré, y luego miré alrededor de la tienda, resignado a que quizá tenía en mis manos la botella más fina de su inventario.

—¿Será todo? —preguntó el cajero al verme de reojo acercarme con la botella.

Miré los preservativos en exhibición detrás de él.

—Condomes, por favor —dije, apuntando a la misma marca que llegué a comprar en mi juventud.

—¿Estos?

—Sí.

Miré la caja de preservativos y un nudo en mi garganta apareció al mismo

tiempo que recordaba la última vez que había comprado unos. Briseida me había dado señas toda la noche, y no estaba seguro si los necesitaría o no.

“*Más vale tenerlos y no necesitarlos,*” pensé, metiendo la caja en el bolsillo de mi americana.

Saqué mi billetera y dejé dos billetes en el mostrador. —Quédese el cambio —dije antes de tomar la botella.

—Buenas noches, señor —dijo el cajero cuando salí de la tienda.

Apuré el paso hasta el edificio de Briseida. Mi corazón palpitaba como si hubiera corrido un maratón, y mi mandíbula estaba tensa como cuando la ansiedad me carcomía por dentro.

“*Carajo, hombre, no eres un muchacho de quince años,*” me recordé al subir las escaleras hasta el segundo piso. Miré las puertas al caminar y recorrí el pasillo en busca de esos dos caracteres: Dos, y A.

—¡... derecho a estar aquí! —gritaron desde el interior del departamento. Era la voz de Briseida.

Escuché una voz masculina desde el interior, pero no pude entender las palabras que decía.

—¡Largo! —gritó Briseida.

Tomé el pomo y abrí la puerta de golpe.

Briseida estaba de pie en medio de su sala volteándome a ver, y un sujeto estaba frente a ella. Era alto, traía un traje y corbata baratos, aunque bien peinado y afeitado. Su mueca arrogante me decía que era alguien acostumbrado a hacer lo que quisiera.

—Níkolás —dijo Briseida.

El tipo volteó hacia ella. —¿Por eso querías que me largara? ¿Por que ibas a tener visita?

—¡Ahora resulta que estás ofendido! —gritó Briseida entre risas— ¡¿Por qué no le hablamos a tu prometida a ver que...!?

—¡Cállate la boca!

—Oye —le dije, dejando con calma la botella en una mesita cerca de la entrada—. No seas grosero con la señorita en su propia casa.

El tipo se soltó riendo. —A esta ramera le hablo como se me da la gana, amigo.

—Es tu segunda advertencia —dije, parándome frente a él—, *amigo*. No vuelvas a insultarla.

Se rio de nuevo. Estaba ebrio, podía olerlo. Se frotó la boca mientras miraba a Briseida, que no parecía capaz de moverse de donde estaba parada.

El sujeto volteó rápido hacia mí, y estrelló su puño en mi mandíbula.

Me volteó la cara, y escuché a Briseida gritarle y darle una cachetada. Sobé el lugar del impacto, y me enderecé sin esfuerzo.

—¿Qué te pasa, Gaspar?! —gritó Briseida.

—Sólo defendiendo lo que es mío —dijo, empujando a Briseida, haciéndola caer de espaldas en su sillón—, y tú eres mía.

—Suficiente —dije, poniéndome entre Gaspar y Briseida.

—¿No aprendiste, imbécil? —dijo, acercando su rostro al mío.

—Entendí tu mensaje —le dije sin cederle un milímetro—, ahora tú entiende el mío. ¿Ese golpe que me diste? Fue gratis. Lo dejaré pasar.

Apunté hacia la puerta de Briseida. —Ahora lárgate de aquí, y me olvidaré de ti.

Gaspar rio. No me sorprendió que lo hiciera. Tipos como él jamás escuchan.

—No me voy a ningún lado.

—Sí lo harás —dije, notando que estaba apretando su puño derecho, anunciándome sin querer sus intenciones—. ¿Vas a golpearme de nuevo? Inténtalo, pero permíteme decirte las consecuencias de hacerlo.

—¿Consecuencias? —dijo riendo— Soy el puto asistente del fiscal de distrito. Tú a mí no me puedes tocar.

Sonreí. —Conozco al gobernador en persona —le dije—. Contribuí a su campaña electoral. Para mañana estarás en la calle si no te callas y pones atención.

Levanté mi puño derecho, y levanté mi índice. —Primero, voy a levantarte una denuncia por agresión agravada con lesiones, y me aseguraré que lo pagues. Para mí sería barato asegurarme que el juez que te toque te imponga la pena máxima. Y por una módica suma de dinero puedo pagarle a los reos con los que estés encerrados que hagan de tu vida un infierno perpetuo.

Levanté mi dedo medio. —Segundo, voy a comprar los trabajos de tus familiares. Tu madre, tu padre, tus hermanos...

La sonrisa en su rostro comenzó a desvanecerse. —Eres el tipo que tiene esposa, prometida, o novia —continué—. También compraré su trabajo, y me aseguraré que los despidan, que no les den un sólo centavo de liquidación, y jamás vuelvan a encontrar trabajo en esta ciudad. Podrán demandar, claro, pero tengo los recursos para licitar estos casos por años. ¿Y ellos?

Acerqué mi rostro más al suyo, que había perdido esa mueca arrogante. —Y tercero, voy a romper cada uno de los doscientos seis huesos en tu cuerpo, empezando con los dedos del puño que intentarás arremeter contra mí.

Gaspar no quitó su mirada de mis ojos, y podía ver que ya no tenía esa misma arrogancia que unos instantes antes.

—¿Qué será, *amigo*? —pregunté, cerrando mi puño, luego coloqué mis manos detrás de mi espalda.

Él dio un paso atrás, asintió, y miró a Briseida. —Quédate a esta puta.

Di un paso delante. —Te dije que no le hablaras así —le dije sin ocultar mi molestia—. Discúlpate con ella.

—¿Sabes qué? —dijo Gaspar antes de lanzarme un puñetazo.

Me hice a un lado, esquivándolo, al mismo tiempo que levantaba mi mano y atrapaba su muñeca. Se la torcí, y su brazo se dobló hacia su espalda cuando empujé mi otra mano contra su hombro, y le estrellé contra la pared.

—¿Sientes eso? —le pregunté, jalando su muñeca hacia mí— ¿Ese dolor

agudo en tu hombro? Es tu cuerpo avisándote que tu húmero está por salirse de su lugar y te exige que hagas algo.

Tiré de su brazo y empuje su hombro hacia abajo, forzándolo a caer boca abajo al piso en un grito de dolor. Apoyé mi rodilla en su hombro, en cuanto quité mi mano de ahí, y le tomé el meñique de su mano.

Había olvidado lo fácil que un dedo puede romperse aplicándole la presión y el ángulo correcto. Un alarido de dolor le siguió al chasquido de su hueso salirse de su lugar.

—Discúlpate.

—¡Púdrete!

Tomé su dedo anular, y lo doblé con la misma facilidad. El alarido que le siguió fue menos intenso, aunque alcancé a detectar un sollozo al final.

—Tienes cinco dedos en esta mano —dije, tomando el dedo medio—. La mayoría de las personas todavía pueden escribir con el anular y meñique rotos, pero eso se complica si pierden éste. Discúlpate con la señorita, ahora.

—Lo siento —sollozó en cuanto ejercí un poco de presión—. Lo siento, lo siento.

Me levanté y miré a Briseida, con sus brazos cruzados, mirándome anonadada. Gaspar se puso de rodillas, levantándose despacio. Le tomé de su chaqueta y tiré hacia arriba, forzándolo a ponerse de pie más rápido.

—Dilo más fuerte —le dije, ajustándole su americana—, creo que no te escuchó.

Volteó a verme. —Lo siento —dijo con voz temblorosa.

—A mí no —dije, luego apunté hacia Briseida—. A ella.

Gaspar tomó su mano con sus dos dedos rotos y dio un paso titubeante hacia ella.

—Lo sien...

Briseida le acomodó un puñetazo en el rostro que le hizo tambalearse hacia atrás. Si yo no lo hubiera atrapado se habría ido de espaldas.

—¡Lárgate de mi casa, y no vuelvas nunca! —le gritó Briseida.

—Oíste a la señorita —dije, empujando a Gaspar hasta la puerta. La abrí, y le arrojé fuera—. No vuelvas por aquí, o no dudaré en terminar lo que empecé.

—Hijo de puta —me dijo—. No sabes con quién te metiste.

Resoplé antes de cerrarle la puerta.

Capítulo 14.

Briseida

Mi respiración estaba aceleradísima, al grado que debía aspirar aire por la boca. Toda mi piel me hormigueaba por un continuo escalofrío que no me dejaba moverme. Tenía la inquietud de necesitar hacer algo, pero ni la mínima idea de qué hacer.

Reí, y poco a poco mi cuerpo cedió un poco y pude deslizar mis manos entre mi cabello.

“¡Lo corrí!” pensé, chupándome los labios. *“¡Mandé a Gaspar al carajo! ¡Lo corrí!”*

Miré a mi salvador, mi protector. Nunca me habían defendido como él lo había hecho. La brutalidad con la que lo hizo me asustó un poco, pero algo en sus ojos me reconfortó, asegurándome que jamás usaría semejante violencia en mi contra.

La facilidad con la que lo hizo, y la calma con la que actuó, me dieron la impresión que había hecho algo así antes.

—¿Estás bien? —preguntó, serio, desde la puerta de mi departamento.

Asentí. *“¿Qué le digo?”* pensé, sonriendo de oreja a oreja.

Caminó despacio hacia mí, quitándose su chaqueta y dejándolo en el respaldo de mi sillón individual. Tomó la mano con la que le di su puñetazo a Gaspar y deslizó su pulgar encima de mis nudillos enrojecidos.

—¿Duele?

Negué con la cabeza, mirándole el cuello, y bajando hasta el espacio visible de su pecho entre los tres botones desabrochados de su camisa. Aspiré profundo y detecté el aroma de su loción, que me golpeó como si

hubiera bebido un tequila fuertísimo.

Entrecerré mis ojos cuando masajé el dorso y palma de mi mano. Las suyas eran ásperas, como las manos de un obrero, no las de un hombre con billones de dólares en el banco.

Alcé la mirada, y nuestros ojos se fijaron uno con el otro. No intercambiamos palabras, sólo nos contemplamos unos instantes.

Recordé ese beso que nos dimos abajo. ¡Joder! ¡Me había robado el aliento! De sólo pensar en él mi estómago se torció en un nudo que apretó la totalidad de mis entrañas, y un incendio detonó en mi pecho que se esparció cada vez que llenaba mis pulmones de más oxígeno.

De pronto mi cuerpo se desconectó de mi cerebro. Le empujé hasta que cayó sentado en mi sofá.

Su rostro no parecía mostrar emoción alguna, pero sus ojos destellaban un brillo que me había hipnotizado.

Me subí encima de él, y dirigí sus manos hasta mis muslos. Las subí por debajo de mi vestido, y suspiré cuando sus dedos fuertes rozaron la orilla de mis bragas.

“*No debería hacer esto,*” pensé cuando mis caderas se movieron por sí mismas hacia delante y hacia atrás, frotando mi entrepierna con el bulto de su pantalón que crecía segundo a segundo. “*¡Pero, joder!*”

—Señor Reiter —gemí entre risas, y él sonrió.

Acerqué mi rostro al suyo, y nuestras narices se frotaron una con la otra.

Cerré mis ojos cuando tomó mis nalgas fuerte, y me animé a incrementar la intensidad de mis caderas contra él, sacándole un gruñido varonil a Níkolás que pareció arrojar gasolina en el infierno que quemaba en mi interior.

Saqué mi lengua para saborear sus labios, pero encontré la suya, y gemí con un alivio que liberó mis pensamientos de mis ataduras morales, y sólo me enfoqué en nuestros labios pegados unos contra los otros, como dos imanes imposibles de separar.

Mientras nuestras lenguas luchaban por el espacio entre nuestras bocas le

abrí la camisa tan rápido como pude, y luego deslicé mis manos encima de los cerros y montañas de músculos que eran sus abdominales y pectorales.

Él soltó mis nalgas, y antes de que yo protestara él tomó mis hombros y me enderezó. Sujetó los tirantes de mi vestido y tiró de ellos hacia abajo, revelando en un instante mis pechos atrapados detrás de mi sujetador.

Níkolás los libero en un instante, y estrelló su boca con una voracidad primitiva entre ellos, apresando un pezón en su boca y chupándolo como si fuera el primer par de tetas que saboreaba.

—¡Oh, Dios! —gemí, abrazándole la cabeza y tirando de su cabello. Eché mi cabeza hacia atrás mientras terminaba de quitarle la camisa a Níkolás.

—Sabes a fresas —susurró Níkolás luego de lamer el valle entre mis pechos.

Le empujé hacia atrás, y me quité de encima de él para quitarme las bragas. En cuanto él vio lo que estaba haciendo desabrochó su cinturón y bajó su pantalón cuando me volví a sentar encima de él.

—Briseida —gimió cuando le guie a mi interior, y yo gemí al mismo tiempo que sonreía mientras su ser me llenaba.

Dejé de pensar. No podía cerrar mi boca de tanto gemido que salía disparado de las profundidades de mi ser. Encajábamos a una perfección que jamás había imaginado sería posible.

Me encorvé hacia delante, colapsando encima de Níkolás. Los vellos de su pecho provocaron deliciosas cosquillitas a mis pezones mientras me restregaba encima de él.

Pegamos nuestras frentes una a la otra, y nuestros alientos explotaron encima de nuestros rostros, pues ni él ni yo podíamos dejar de gemir, de gruñir, de gozar.

Nos miramos a los ojos, y nuestras almas se dieron señas con ellos pues todo lo que él hacía me volvía loca, y todo lo que yo le hacía le animaba.

Sus manos recorrieron mi espalda de arriba abajo, dejando en su camino exquisitas sensaciones en mi piel rogando por una segunda vuelta.

Empujaba sus caderas hacia arriba como una máquina bien aceiteada al ritmo perfecto para dejarme sin aliento, y con una intensidad que en ratos me hacía pensar que le tenía al borde de perder el control.

De pronto él me quitó de encima, tomó mi mano, y me levantó del sillón.

Níkolás me abrazó por detrás, y arqueé mi espalda cuando sus manos apresaron mis pechos y los apretaron tan fuerte que pensé me los arrancaría.

Estiré mis manos hacia atrás y las metí entre su cabello cuando él se deslizó en mi interior una vez más.

Una de sus manos dejó su seno asignado y se aferró fuerte a mi cadera. Cuando inició sus embestidas brutales entendí por qué me había agarrado tan fuerte.

—¡No pares! —gemí, empujando mi cuerpo contra el con todas mis fuerzas cada que le sentía dejarme.

—¡Joder, Briseida!

—¡Bris, carajo! —grité entre risas— ¡Dime Bris!

—Bris —gruñó a mi oído— Joder, Bris.

—Joder, Níkolás —gemí.

Ni yo entendía lo que él balbuceaba, ni yo tenía la mínima puta idea de qué sonidos salían de mi boca, sólo que eran evidencia de lo que aquel hombre había despertado en mí desde aquel día que rompió la taza de Carmelo y le había anotado mi teléfono en su mano.

—Más —dije sin aliento— No pares, así.

—Estoy por... —dijo Níkolás, empujando mi espalda alta y empinándome en mi sofá.

—¡Que no pares! —rogué, aferrándome al respaldo del sillón para empujarme hacia atrás— ¡Te mato si paras!

Níkolás se convulsionó, y gruñó tan fuerte que quizá despertó a los vecinos. Yo hice lo mismo, pero yo dejé salir el grito evidencia de mi explosión contra el cojín del sillón mientras mi cuerpo se retorció y vibró al

recibir el calor de Níkolás en mis profundidades.

—¡Dios, carajo! —dije sin aliento y riendo.

Níkolás se inclinó hacia delante y besó mi espalda al mismo tiempo que sus manos masajearon mis nalgas.

—Eres increíble, Bris —dijo.

—¿Yo? —exclamé, enderezándome y poniéndome de pie. Emití un gemidito cuando Níkolás salió de mí, y esperé que el calor que había dejado en mi interior jamás se atenuara.

Giré hacia él, y le besé esos deliciosos labios que habían empezado todo mientras acariciaba sus pectorales cincelados, resbalosos por el sudor.

La americana de Níkolás se deslizó del asiento. Él volteó hacia él y soltó una carcajada al levantarlo.

—¿Qué? —pregunté mientras me quitaba el vestido y quedaba totalmente desnuda.

Sacó una caja cerrada de condones. —Parece que los compré en vano.

Reí mientras le daba una palmada en sus deliciosos pectorales. —No te preocupes por eso.

—¿Segura?

“*Menos mal que me tomó mi pastilla todos los días,*” pensé mientras asentía.

—Tengo sed —dije—, ¿tú no?

—Muchísima —dijo, arrojando la cajita encima de su chaqueta.

Le tomé la mano y me siguió hasta la cocina. —Aquí es mi cocina —dije, soltándolo y levantando mis manos para presumirla, pero sus ojos estaban fijos en mi cuerpo desnudo. Apunté hacia una puerta detrás de mí—. Ahí está la habitación, y ahí adentro está el baño.

—¿Los vasos? —preguntó, volteando por un instante para tomar la botella de whisky que había traído.

Di la vuelta y tomé un par del escurridor de mis platos lavados. —Pensé que querías agua.

Dejé los vasos en el mostrador ante él, y le miré su físico mientras servía a la mitad ambos vasos, y noté esas cicatrices que le había visto el día del tiroteo.

—¿Esas de qué son? —pregunté, al apuntar hacia una de ellas.

—Afganistán —dijo antes de darle un sorbo a su vaso—. Fui de los primeros soldados en ir ahí.

—¿En serio? —dije, pasando mi mano encima de aquellas cicatrices junto a sus abdominales— ¿Heridas de bala?

—Y de otras cosas —puso su mano encima de la mía.

Nos miramos a los ojos, y me solté riendo antes de pegarme por completo contra él.

—¿De qué te ríes?

—Es sólo que no me creo que estés aquí.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —terminé lo que quedaba de mi vaso y lo dejé en el mostrador— Porque... ¿Es un hábito tuyo acostarte con tus asistentes?

Níkolás rio, y sirvió más whisky a nuestros vasos. —No.

—¿Soy la primer asistente que te follas?

Él suspiró. —Sí.

Me reí nerviosa. —Encuentro eso muy difícil de creer.

Níkolás movió su cabeza de lado a lado, y bajó la mirada mientras daba un largo trago a su vaso. Le acaricié el rostro y cuando vi su mirada caí en cuenta de algo.

—¿Puedo preguntarte algo... un poco incómodo?

Él sonrió. —Estamos de pie, desnudos, en tu cocina, tomando whisky —

dijo—. Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Soy la primer mujer con la que estás después de...? —arqueé mis cejas, no quería decir las palabras.

Pero Níkolos supo a lo que me refería. —La muerte de mi esposa.

—Lo siento —dije, cerrando mis ojos y poniendo mi mano libre en mi frente—. Soy una tonta, no debí preguntar semejante...

—Sí —dijo Níkolos.

Abrí los ojos y miraba el contenido de su vaso.

—Sí, eres la primera.

Tomé la botella y serví en mi vaso, y luego en el suyo.

Níkolos me miraba cuando le entregué el vaso en sus manos, y yo sólo sonreí. Esperaba que quizá se diera la vuelta para vestirse y largarse, pero él sólo bebió de su vaso.

—Ven —dijo, tomándome la mano.

—¿A dónde? —le dije, siguiéndolo. Tomé de mi vaso tan rápido como pude y lo dejé en la orilla de mi mesa.

Al voltear hacia delante vi que me llevaba a mi habitación.

—Tengo un desastre ahí adentro —me quejé.

Níkolos volteó, me frotó la mejilla, sonrió y me besó.

“*Al parecer no importa,*” pensé antes de que mi cerebro se apagara de nuevo, y mi cuerpo se dejara llevar por el impulso que las manos de Níkolos detonaba en lo profundo de mi ser.

Capítulo 15.

Nikolas

Respiré profundo el aire fresco de la mañana que entraba por la ventana. Olía a pan dulce recién horneado. Cerré mis ojos e imaginé a Bris darle un mordisco a una concha y llenándose los labios de migajas y polvo.

Suspiré y me puse de pie, asegurándome de mantenerme detrás de las persianas para no mostrar al mundo mi cuerpo desnudo.

Giré hacia la cama y vi el espacio vacío donde había dormido Bris pegada a mí, y recordé chispazos de la increíble noche que habíamos pasado. Las sábanas y cubrecamas estaban en el suelo pues cuando al fin nos cansamos no tuvimos ni fuerzas para levantarlas y cubrirnos con ellas.

Tampoco nos hizo falta. El calor entre nosotros bastó para contrarrestar el mínimo frío nocturno y darnos un grandioso sueño reparador.

“Al menos para mí,” pensé. *“Hacía tiempo que no despertaba tan descansado.”*

Toqué la puerta del baño, y puse atención para escuchar la voz de mi anfitriona tarareando una canción mientras se duchaba.

“Pobrecita, qué feo canta,” pensé y sonreí.

Salí despacio de la habitación y respiré profundo al ver la entrada. Un hormigueo en mi mentón me recordó el puñetazo que recibí anoche por defender a Briseida.

“Si es que podemos llamar a aquello un puñetazo,” pensé al caminar hacia el refrigerador. *“Las chicas con las que salí en la universidad cacheteaban más fuerte que eso.”*

Miré un minibar junto al refrigerador y arqueé mi ceja extrañado de que lo

tuviera ahí.

Pero al abrir la puerta del refrigerador grande fui emboscado por un aroma putrefacto que perduró en mi nariz aún después de cerrarlo de portazo.

—Queda descartado desayuno hecho en casa —dije para mí mismo mientras tallaba mi nariz y revisaba el contenido del minibar.

Recogí mi bóxer del piso de la sala, me lo puse, y al volver a la habitación escuché a Briseida cantar con mayor intensidad.

“*¿Hará eso todos los días?*” pensé con una sonrisa al acercarme al baño.

Abrí la puerta y metí mi cabeza en la nube de vapor denso. —Buenos días —dije.

Ella soltó un gritillo. —¿Te desperté? —preguntó Bris— ¡Lo siento! Segurísimo estaba cantando muy fuerte.

—No me despertaste —dije, mirando su silueta detrás de la cortina verde lima—. Aunque me encantó escuchar tu impecable interpretación de Regresa a mí.

—¡Impecable, claro! —dijo entre risas antes de cerrar la llave.

Me recargué en la pared opuesta a la ducha y esperé a que recorriera la cortina.

“*¿Joder, qué mujer!*” pensé al verla de arriba abajo, e hice memoria a ver si no había algún rincón de ese cuerpo que me faltara por besar y acariciar.

—¿Vas a pasarme aquella toalla? —preguntó con esa sonrisita intermitente mientras se envolvía su cabello en la toalla que había dejado encima del inodoro— ¿O vas a quedarte ahí viéndome?

—Voy a mirarte unos segundos más —dije, tomando la toalla del perchero detrás de la puerta. La miré unos instantes mientras pasaba la toalla de una mano a otra, y ella me observaba de arriba abajo.

—¿Te gusta cómo me veo mojada? —preguntó con tono coqueto, dando un paso mojado fuera de la ducha y estirando su mano hasta agarrar la orilla de mi bóxer y acercarme hacia ella.

—Muchísimo —dije, acariciando sus labios con mi índice. Las pequeñas gotas esparcidas por la piel de sus pechos parecían diamantes cayendo despacio cuando la luz que entraba por la pequeña ventana encima del inodoro impactaba contra ellas.

Pasé la toalla encima de su cuello, y ella cerró sus ojos cuando la deslicé entre sus pechos. Los recorrí despacio hasta dejarla sin un solo punto brillante encima.

—Qué bien se siente —susurró Bris cuando pasé mi toalla debajo de sus pechos, asegurándome de no dejar un sólo centímetro húmedo.

Cuando pasé la toalla debajo de sus brazos y le sequé la espalda tan despacio como pude ella deslizó su mano hasta mi entrepierna, y me estremecí cuando tomó el largo de mi miembro encima de mi bóxer.

—¿Por qué carajos te pusiste esto? —preguntó con tono consentido al mismo tiempo que metía su mano debajo.

Me detuve un instante y suspiré con el intenso pero lento masaje que ella me brindaba.

—Sigue —susurró entre risas—. Todavía tengo mis caderas y estómago mojados.

Gruñí cuando sobó con su pulgar la punta de mi miembro. —Joder, Bris —le contesté, deslizando la toalla alrededor de su cintura, luego encima de su abdomen, acercándome con toda la intención del mundo a su vientre.

Ella detuvo su masaje un instante cuando pasé la toalla sobre sus nalgas, y acerqué mi otra mano a su entrepierna. Arqueó su espalda cuando deslicé mis dedos hacia su sexo, y gimió cuando dibujé círculos en su clítoris.

Bris se soltó riendo.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Acabo de darme cuenta de algo —dijo entre jadeos, luego me miró a los ojos—. Anoche sólo nos faltó hacerlo aquí adentro.

—Debemos ser minuciosos, entonces—dije, tomándole las caderas y dirigiéndola al inodoro.

Ella se detuvo y se volteó, luego bajó mi bóxer de un tirón, me tomó de los hombros, y me dirigió hasta sentarme en el inodoro.

—No —dijo, sentándose encima de mí, bajando despacio—. Así.

—Tú eres la jefa —gemí al echar mi cabeza hacia atrás cuando su calor envolvió mi ser.

—No, *señor Reiter* —gimió con tono coqueto—. Usted es el jefe.

—¿Busca un aumento, señorita Figueroa? —pregunté antes de abofetearle su nalga, lo que la hizo acelerar sus movimientos.

—No, *señor* —gimió fuerte, arqueando su espalda y echando su cabeza hacia atrás, haciendo que la toalla que envolvía su cabello se cayera y liberara su húmeda cabellera—, sólo quiero que sepa cuánto gozo trabajar para usted.

—¿Conque sí, señorita Figueroa? —gemí, deslizando mi mano encima de su vientre, y la subí despacio encima de su abdomen, la pasé entre sus pechos, deslicé encima de su cuello, y al llegar a su boca ella chupó mis dedos.

—¡Sí, señor Reiter! —gritó entre risas— ¡Joder!

Con mi otra mano le apreté fuerte su nalga, y ella se movió tan rápido como pudo, y me permití dejarme llevar por el momento, importándome poco que semejante ritmo era imposible de mantener sin que terminara dentro de ella en poco tiempo.

Pero el tiempo se detuvo para nosotros, y el placer se volvió infinito entre los movimientos y las sensaciones de entrar y salir de su delicioso calor.

Ya no emitíamos palabras traviesas, ya sólo nos comunicábamos con quejidos y gemidos y jadeos, dejándonos saber que ambos estábamos al borde de explotar como muchas veces lo hicimos la noche anterior.

Bris puso sus manos en mis hombros y bajó su cabeza. Tenía la boca abierta, su cuerpo temblaba, y al verla sonreír con los ojos cerrados no pude contenerme más.

Ambos explotamos al mismo tiempo, y ella se abrazó fuerte de mí cuando mi miembro se vació en lo más profundo de ella. Ella se estremeció, y dejó salir quejidos y risillas conforme fue relajándose.

—Con un carajo, Níkolás —dijo entre risas, pegando su frente a mí.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo carajos esperas que regresemos al trabajo luego de esto?

Suspiré. —Honestamente no tengo idea.

—¡Maldita sea! —dijo, abrazándome con todas sus fuerzas— ¡Jamás me había acostado con mi jefe!

Briseida se levantó, recogió la toalla del piso que había envuelto alrededor de su cabello, y se talló su melena.

—Necesitamos definir esto —dijo Briseida, mirándome a los ojos. Aún no tenía fuerzas para levantarme del inodoro.

Asentí. —¿Quieres renunciar?

Briseida gruñó. —Necesito este trabajo, Níkolás —dijo, luego se mordió el labio—, ¿pero cómo esperas que vaya a la oficina luego de lo que acabamos de vivir?

Recargué mis codos en mis rodillas y miré los pies de Briseida.

—¿Qué quieres que sea esto? —le pregunté, luego alcé la mirada y la vi a los ojos.

Ella suspiró. —¿Puedo serte honesta?

—Siempre —dije—. Espero siempre lo seas.

—Una parte de mí quiere que esto sea cosa de una sola vez —dijo, abriendo la puerta de su baño, dejando entrar una corriente de aire fresco—, pero por otro lado... —ella gimió y exageró el mordisco de sus labios al verme— ¡¿Qué mujer, en su sano juicio, no querría volver a follar así?!

Solté una carcajada y cubrí mi boca con mi mano.

—Esto también es nuevo para mí, Bris.

—Lo sé —dijo, sentándose en la cama—. ¿Entonces?

Me levanté y tomé el marco superior de la puerta del baño, y miré el rostro de Briseida, destellando ansiedad y expectativa.

—Hagamos un experimento —dije—. Vámonos a desayunar.

—¿Disculpa? —preguntó Briseida.

—Ofrecería preparar el desayuno —sonreí—, pero ya abrí tu refrigerador y no hay manera de preparar algo comestible con lo que sea que tengas ahí adentro.

Ella rio y su rostro se puso de mil colores. —Ya lo sé, necesito limpiarlo.

—¿Limpiarlo? —exclamé— Mujer, necesitas comprar un refrigerador nuevo, sellar herméticamente el que ya tienes, montarlo en un cohete y dispararlo al sol.

Briseida se carcajeó, y en ese momento sólo quise pensar en más tonterías para seguirla haciendo reír.

—Permíteme llevarte a desayunar —dije, y ella arqueó una ceja—. Veamos si podemos disfrutar estar juntos sin tener que arrancarnos la ropa.

Briseida asintió. —¿A dónde me vas a llevar?

—¿Algún lugar que te guste? —dije—. Si viviéramos en Nueva York conozco un café en Queens que le provocará un orgasmo a tus papilas gustativas, pero no conozco Ciudad del Sol.

Briseida torció sus labios y miró al techo. —¿Vamos a un restaurante o a donde yo quiera?

Sonreí. —A donde tú quieras.

Briseida sonrió y se levantó. Se acercó a mí y pasó a mi lado para entrar al baño. No le quité la mirada de encima mientras se agachaba y tomaba mi bóxer del piso.

Me plantó un jugoso y apasionado beso que se acercó demasiado a mi

punto de no retorno, pero ella lo rompió antes de eso y estampó en mi pecho mi bóxer.

—Vete a vestir a la sala —me ordenó, empujándome en dirección fuera de su habitación—. Al cabo allá se quedó tu ropa.

—¿Estás corriéndome?

—¡Sí! —exclamó— Porque si te quedas en mi cuarto unos minutos más voy a empujarte a la cama y ya nada nos sacará de ahí en todo el día, ¡y ya me está dando hambre!

Reí y di unos pasos hacia atrás mientras ella me miraba un par de veces arriba abajo antes de darse la vuelta y cerrar la puerta de su habitación.

Suspiré, me puse mi bóxer, y tomé mi teléfono de la mesa del comedor de Briseida. Tenía un mensaje de Esteban.

—Me dijeron en recepción que no llegaste a dormir anoche. ¿Dónde carajos estás? —decía el mensaje que había llegado quince minutos antes.

—Estoy bien —escribí, deteniéndome a pensar un momento—. Pasé la noche con alguien y la llevaré a desayunar. ¿Necesitas algo?

Envié el mensaje, y cuando me subí el pantalón mi teléfono timbró de nuevo.

—¡Carajo, qué gusto por ti! Nada urgente. Yo me encargo. Disfruta tu día, te lo mereces.

Sonreí al leer el mensaje. —Gracias —le contesté.

Capítulo 16.

Briseida

—¿Ustedes qué?! —exclamó Adela boquiabierta con sus ojos tan abiertos que pensó se le saldrían de sus cuentas.

—¡Cállate, estúpida! —le dije al quitar la silla del que era mi viejo escritorio y acercarme a ella.

—¿Tú y el señor Reiter? —preguntó susurrando Adela con una mueca traviesa.

—Ajá —dije, mordiéndome el labio inferior.

—¡Amiga! —exclamó dándome palmadas en las rodillas—¡Pero si apenas llevas una semana trabajando con él!

—¡Baja la voz, tarada! —le pellizqué el brazo.

La miré y se le notaba lo emocionada y sonriente. Suspiré y miré hacia arriba, resignada a tener que contarle todo luego que nos pilló dándonos un beso rápido en el elevador.

—¿Cuándo? —me preguntó.

Miré a nuestros alrededores. —El viernes pasado —susurré.

—Después de la cena esa a la que te invitó.

—Sí, esa —dije sonriendo.

—¿Y qué tal?

Me encogí de hombros, pero al recordar aquella noche, y la mañana, y todo el día siguiente, mi rostro se encendió al rojo vivo y no fui capaz de contener la sonrisa que dibujaron mis labios.

—No fue solo esa noche, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa pícaro poco común en ella.

Miré alrededor, y moví mi cabeza de lado a lado al mismo tiempo que mi rostro llegaba al borde de encenderse.

—Joder, Bris —susurró Adela—, nunca te habías puesto así por nadie. Ni por el imbécil de Gaspar.

—Deja que te cuente todo —le dije, acercándome lo más que podía a ella—. Gaspar estaba en mi departamento cuando llegamos de la cena.

—¿Y Níkolos lo corrió? —preguntó inclinándose hacia mí.

—¡Se pelearon! —exclamé en voz baja— Bueno, Gaspar intentó pelear con Níkolos pero terminó con un par de dedos y su nariz rota.

Adela sonrió y asintió. —Se lo merece el imbécil.

Levanté mi mano izquierda. —Yo le rompí la nariz.

—¡Bien hecho, amiga! —ambas chocamos nuestras manos abiertas—
¿Entonces Gaspar al fin es historia?

—¡Historia antigua! —exclamé, recargándome en la silla y girándola—
Fue increíble, Adelita. En dos segundos ya lo tenía en el piso llorando. Fue de película de acción.

Al hacerlo vi a Carmelo de brazos cruzados junto al cubículo de Adela. Me enderecé, y mi amiga volteó a verme.

—Briseida —saludó.

—Carmelo —le sonreí—. ¿Cómo estás?

Entrecerró sus ojos. —Bien —contestó titubeante.

—¿Cómo te sientes? Me enteré que estás yendo con el psicólogo que la compañía contrató para los empleados luego del tiroteo.

Él miró hacia los lados y suspiró. —Se supone que esas sesiones son privadas.

—¡Yo sé! —exclamé—. Sólo me enteré que estás yendo, no de lo que hablan. Adela también ha ido un par de veces —mi amiga asintió—. Sólo quiero saber cómo estás.

Carmelo respiró profundo, miró a sus alrededores, y bajó la cabeza. —Estoy teniendo problemas para dormir.

—Yo también —dijo Adela, y le tomé la mano—, pero hablar con el doctor me ha ayudado.

—A mí también —dijo Carmelo, luego me miró y sonrió—. Gracias por preguntar, Bris.

Le sonreí. —Ya me voy, no quiero que regañes a Adela por mi culpa.

Él soltó una pequeña carcajada. —Un poco de socialización antes de iniciar la jornada laboral nunca le ha hecho daño a nadie —miró a Adela—. Sólo asegúrate que esas gráficas estén terminadas para el día de hoy.

Carmelo se alejó, y Adela me miró boquiabierta. —O eres la mejor actriz del mundo, o de verdad te preocupaste por Carmelo.

—Se llama *empatía* —le dije, cruzándome de brazos—, los tres estamos tratando de vivir con ese evento en nuestras cabezas.

Adela hizo una sonrisa pícaro en su rostro mientras miraba alrededor. —Pero no a todos nos consuela el jefe —susurró, y yo solté una risilla.

—Y vaya consuelo que es —dije.

—¡Me imagino! —exclamó— Para que hayas saludado de buena gana a Carmelo. Te estás ablandando, Bris.

Levanté el mentón y asentí. —Digamos que estoy creciendo como persona.

—Ay, ajá —dijo Adela, dándome un manotazo—, pero oye, ¿no podrían meterse en problemas?

—¿Eh?

—Sí —susurró Adela—, ¿que no hay alguna política de la compañía que prohíbe relaciones entre jefes y subordinados?

Me encogí de hombros. —Ni idea.

—Ay, amiga —dijo Adela—, no se vayan a meter en problemas.

Me quedé pensativa un instante antes de guiñarle el ojo, y luego puse mi mano encima de su brazo. —Ahora sí ya te dejo trabajar —le dije—. La impresora ya debió haber terminado.

Le besé la mejilla a Adela antes de irme al centro de copiado de la compañía. Tal y como lo había planeado ya tenían impresos los informes que Níkolos me había pedido que preparara para llevar con un potencial cliente nuevo.

Al caminar por los pasillos de las oficina habría esperado sentir el ambiente tenso por todos los cambios y eventos que habían transcurrido en las últimas semanas, pero esos pequeños cambios que Níkolos había implementado habían surtido efectos positivos.

Llegué al elevador y encontré a Lilian de pie frente a él esperando a que llegara.

—Hola —le saludé.

Ella volteó y sonrió. —¡Briseida! —exclamó antes de abrazarme— ¿Qué tal tu fin de semana?

—Divino —le dije con una sonrisa, recordando uno de muchos momentos candentes que viví con Níkolos.

Lilian entrecerró sus ojos y arqueó sus cejas. —¿Divino? —preguntó, mirándome de arriba abajo y asintiendo— Conozco esa expresión. Joder, ese hombre sí que ha de saber cómo tener contenta a su mujer.

Solté una carcajada. “*No, no hay manera que ella sepa,*” pensé. —¿Y tú cómo sabes que fue un hombre? —dije.

Lilian sonrió y sus ojos parecieron brillar. —¿Acaso te juzgué mal, Bris?

El elevador se abrió y ambas entramos. Miré a Lilian y ella seguía sonriendo, y sus ojos parecían haber adquirido un destello distinto.

—¡No! —exclamé, entendiendo a lo que ella se refería— No me juzgaste

mal, sólo quería decir que uno puede pasarla divino sin necesidad de un hombre.

—O de una mujer —agregó Lilian, y ambas soltamos una carcajada.

—O de una mujer —dije.

—¡Pero no perjudica tenerlo! —suspiró Lilian— Hace años que no tengo un fin de semana así con un hombre, o con una mujer.

“*¡Lo sabía!*” pensé. “*¡Es bi!*”

—No —dije al notar mi rostro enrojecido en el reflejo de la puerta del elevador—, a veces agrega más sabor a la experiencia —giré a verla—. Habría pensado que no tendrías problemas en encontrar alguien.

Lilian sonrió. —Encontrar alguien dispuesto es fácil —dijo—, pero encontrar alguien que sepa lo que hace y pueda estimular a una mujer de otras maneras además de la física es lo difícil, ¿me entiendes? Al menos, para mí, encontrar a alguien que no pierda mi tiempo es difícilísimo.

—Le hablas a Noé de lluvia, amiga —dije en cuanto se abrieron las puertas del elevador.

Níkolos estaba ahí parado, esperando al elevador mientras miraba su teléfono. Alzó la mirada, y ambos sonreímos al vernos a los ojos.

—Señor Reiter —le saludé.

—Nick —saludó Lilian antes de ponerle la mano en el hombro y dejarla ahí hasta que se alejó lo suficiente para tenerla que quitar y seguir su camino—. Tomemos un café más tarde, Bris.

—Claro —le contesté sin quitar mi atención de Níkolos. Noté que su mirada escupía fuego al ver a Lilian alejarse, pero llamé su atención levantando los libretos a la altura de mi pecho—. Aquí están los informes que necesitaba, *señor Reiter*.

—Acompáñeme al vestíbulo, señorita Figueroa —dijo Níkolos al poner su mano en mi espalda y guiarme de vuelta al elevador.

En cuando se cerraron las puertas él tomó las carpetas de mis manos y las

dejó caer. Estaba por gritarle cuando me tomó de la cintura y plantó un salvaje y apasionado beso que me desarmó por completo.

La temperatura de mi cuerpo subió hasta los cielos, y gemí cuando deslizó su mano hasta mis nalgas y las apretó por encima de la falda ejecutiva que traía puesta.

—Basta —le susurré—. Ya nos pilló mi amiga Adela, pero se supone que nadie más debe saber de esto.

—Lo sé —dijo—, pero no pude resistir.

Le di toquecitos a su mentón con mi índice antes de agacharme y recoger uno de los libretos, mientras que Níkolás recogió los otros tres que habían rebotado y caído a su lado.

—¿Está todo aquí? —preguntó.

Le lancé una mirada, y por su mueca supe que entendió que sería toda la respuesta que recibiría.

—Esto es excelente —dijo, hojeando algunas páginas—. Aún si esos dinosaurios son de pensamientos conservadores no podrán decir que no a estas proyecciones.

Reí y le mostré el libretto que yo había recogido. —Si son conservadores quizá deberías empezar por mostrarles el marco legal que les protege sus ganancias a largo plazo —le mostré una página, y Níkolás me miró extrañado—, ¿No debí leerlas?

—Al contrario —dijo—, estoy impresionado.

—Y no has visto nada todavía —le dije, entregándole el libretto y acercando mi rostro al suyo antes de darle un pellizco en el trasero.

—Esta noche —me dijo—. Ven a mi suite.

—Lo pensaré —le contesté, alejándome de él.

Su rostro estaba paralizado. —¿Lo pensarás?

Me encogí de hombros y le sonreí. —Ajá —dije—. Te tiene que seguir costando trabajo, de lo contrario me darás por sentada.

Níkolos rio. —Eres mala.

—No tienes idea cuánto —le dije cuando se abrieron las puertas del elevador.

Caminamos lado a lado hasta llegar a recepción. Níkolos miró a nuestra recepcionista y ella asintió y llamó a pedir su coche.

—¿Qué sucede contigo y Lilian? —le pregunté.

—¿De qué hablas?

—Ahorita parecía que querías hacerla pedazos —le dije.

Níkolos suspiró. —Muchas cosas, de las cuales nos faltaría tiempo para hablarlas.

—¿Más noche, entonces?

Él asintió y me lanzó una mirada de arriba abajo. —Quizá —ajustó su traje y su corbata—, ¿quieres que te traiga algo de comer?

—¿A dónde irán?

—No recuerdo el nombre —dijo, mirando hacia afuera de la ventana—, pero Esteban dice que su torta de queso es excelente. Te traeré un pedazo y lo comprobamos.

Apreté mis labios y negué con la cabeza. —Ayer te dije que era intolerante a la lactosa.

Níkolos miró hacia arriba un instante. —Es verdad, lo siento.

—¿Ves la atención que me pones? —le dije cuando estacionaron su camioneta frente a recepción.

—Pensaré en algo —dijo antes de salir sin voltearme a ver.

“*Apuesto a que sí,*” pensé, mirándole el trasero al alejarse.

Capítulo 17.

Nikolas

Aspiré profundo el aroma de su cabello impregnado en la almohada. Me acosté de lado y la miré a través del umbral de mi baño mirándose al espejo mientras usaba la secadora del hotel.

“*Podría verla todo el día,*” pensé, pasando mi mirada por su silueta que ya había memorizado con mis ojos, mis manos, y mi lengua.

—¿Qué nos puede traer servicio a cuarto? —preguntó tras apagar la secadora.

—Pensé que querrías salir a desayunar.

Se quedó callada unos momentos mirándose al espejo. —Si salimos tendríamos que ir a mi casa por un cambio de ropa, y de todos modos me lo quitarías más tarde, así que ¿Por qué perder ese tiempo y mejor nos quedamos aquí?

Reí. —No encuentro falla en tu lógica.

Bris miró al espejo y acomodó su cabello. Ella volteó, y me pilló mirándole el trasero. Ella se sonrojó y rio. —¿Ves algo que te gusta?

—Todo —le dije—. No hay un solo centímetro de ti que no me guste.

—Mentiroso —dijo, pellizcándose un poco de piel de su cintura—. Estoy engordando por tu culpa, de tantas cosas ricas que me das de comer.

Solté una carcajada. —Estás loca como una cabra —le dije—. Eres perfecta.

Briseida rio. —Ambos sabemos que eso es una...

Escuchamos la puerta de la suite abrirse, y la sonrisa se borró del rostro

de Briseida.

—¿Alguien entró? —preguntó.

Moví mi cabeza de lado a lado antes de ponerme de pie. Salí de la habitación rápido y casi colisiono con Esteban y su guardaespaldas.

—¿Qué carajos hacen en mi habitación?! —les grité.

Esteban quedó boquiabierto un instante antes de voltearse junto con su guardaespaldas. —¡Ponte algo, cuñado!

—¡Estoy en mi habitación! —les reclamé— Donde puedo estar desnudo si se me da la gana.

—Lo siento, Nícolas —dijo Esteban sin voltear—, pero esto no podía esperar, y me diste una llave así que pensé...

—¿Alguien se va a morir? —pregunté.

—No.

—¿Hubo algún accidente en alguna de nuestras filiales?

Esteban sacudió su cabeza. —No, pero —dijo Esteban—... ¿Podrías irte a poner un calzón?!

Resoplé. —Hay café recién hecho en la cocinilla.

Regresé a la habitación y Briseida estaba sentada en la cama con una de mis camisas puesta.

—Es Esteban —le dije.

—¡Yo sé que es Esteban! —exclamó susurrando— ¿Qué hace aquí?

Me encogí de hombros antes de subirme el bóxer. —Supongo que me lo dirá cuando salga.

—¿Y qué rayos vamos a hacer?

Me acerqué a ella, puse mis manos en sus hombros y le besé la frente. —Tranquilízate.

—Pero...

—Esteban no tiene ningún motivo para entrar a mi habitación, y no lo hará —le dije, acariciándole la mejilla.

—Va a preguntarse si estás con alguien.

—No le esconderé eso, pero sí omitiré con quién, si es lo que quieres.

Bris me miró a los ojos y contuvo la respiración unos momentos. —¿Cómo que si es lo que quiero? Yo pensé...

Respiré profundo. —Lo sé... Yo... —gruñí—. Hablemos ahorita.

Briseida apretó sus labios mientras me subía mi pantalón. Le sonreí antes de darme la vuelta y salir de la habitación.

Me acerqué a la cocina de la suite donde Esteban servía un par de tazas de café.

—Espera afuera —le ordené a su guardaespaldas, y cuando salió le di mi atención a Esteban—. ¿Qué sucede?

—¿Estás con alguien? —preguntó antes de dar un sorbo a su taza.

—Yo pregunté primero.

—Me importa un comino —dijo con una sonrisa—. ¿Hay alguien en la habitación?

—¿Qué te hace pensar eso?

—El sujetador que está tirado al pie del sillón —dijo con calma, mirando en esa dirección.

Giré y, en efecto, el sujetador gris de Briseida estaba ahí.

Suspiré. —Está en la habitación.

Esteban dejó la taza en la mesa y quedó boquiabierto. —¡Qué guardadito te lo tenías!

—¿A eso viniste? —pregunté— Porque si es así estoy por sacarte a patadas.

—No —dijo, sonriendo—. Recuerdo que me pediste que estuviera al

pendiente de alguna compañía de aeronáutica que pudiéramos adquirir.

Crucé mis brazos, y le atravesé con la mirada.

—Chester Aviation —dijo, nervioso, sacando su teléfono de su americana—. Mira su desempeño en la bolsa este último cuarto.

Vi los números en su teléfono y arqueé una ceja. —Perfecto —dije—. Averigua todo lo que...

—Ya te envié la investigación a tu correo electrónico —dijo Esteban con una sonrisa antes de dar otro trago a su café.

—Esto podría haber esperado —dije.

—Discúlpame, pero no esperaba que estuvieras ocupado —dijo—. Yo esperaba encontrarte con una pistola jugando a suicidarte o no.

Me quedé boquiabierto. —¿Cómo...?

Él suspiró. —Te confieso que a veces he entrado a tu casa en las mañanas cuando tengo noticias urgentes como esta, y en más de una ocasión te he visto hacer todo tu... ritual.

Me crucé de brazos. —¿Por qué nunca dijiste nada?

—Vamos, Níkolás —dijo—. Era tu manera de llevar tu duelo. Yo me acabé la mitad del alcohol en Manhattan los primeros meses después de su muerte. ¿Quién era yo para decirte algo? Aunque —apuntó hacia la puerta cerrada de mi habitación—, me da gusto que hayas encontrado algo más sano.

Sonreí. —Sí es mucha mejor alternativa que una pistola en la cabeza.

Esteban rio y me acomodó un manotazo en el hombro. —¿Quién es? —preguntó.

—Se llama Quete.

—¿Quete? —preguntó extrañado.

—Sí, la conoces. Es de una familia muy respetada.

—Conozco todas las familias que deban respetarse. ¿Cómo se apellida?

—Importa.

—Quete Importa —dijo Esteban para sí mismo antes de lanzarme una mirada y soltarse riendo—. Muy maduro, Níkolos.

Solté una carcajada. —No digas nada a nadie, ¿sí? —dije— Y menos a Lilian.

—Mis labios están sellados —dijo, pasando sus dedos encima de su boca—. Aunque no prometo que no trataré de deducir quién es.

—No esperaré menos de ti.

Esteban dio un último sorbo a su café. —Estoy muy feliz por ti, hermano.

Sonreí, y recargué mis manos en la mesa. —Gracias, Esteban.

—Abigail habría querido que siguieras con tu vida —dijo, poniendo una mano en mi hombro—. Qué bueno que al fin lo estás haciendo.

—Esto no es serio, Esteban —le dije, mirando hacia el muro frente a mí, imaginando a Bris en la habitación acostada mirando televisión o revisando el menú de Servicio a la Habitación indecisa de qué pedir—. O sí lo es, aún no lo sé.

—Lo sea o no lo sea —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado—. Es bueno.

—Gracias.

Acompañé a Esteban a la puerta.

—¿Has hablado con Lilian? —preguntó.

Negué con la cabeza. —¿Debería?

—Ha estado muy callada estos últimos días —dijo Esteban—. Me preocupa.

—¿Te preocupa Lilian? —pregunté con una mueca incrédula.

—Será una hija de puta, pero no deja de ser mi hermana, Níkolos —dijo—. Creo que lo del tiroteo le afectó más de lo que pensamos.

Recordé cómo Lilian se hizo pasar por Abigail e intentó seducirme. — Probablemente —dije—. Para eso contratamos el psicólogo en ProComm.

Esteban resopló. —Ambos sabemos que Lilian jamás iría con un psicólogo —asentí—. Un brujo, quizá. Incluso invocaría al diablo, pero jamás iría con un psicólogo.

Abrí la puerta. —Hablaré con ella —le dije—. Probablemente ha estado revisando las cuentas de ProComm o estará ocupada con las actividades de la fundación.

—Mientras no decida recaudar fondos para otro imbécil que quiera construir un muro en la frontera —dijo Esteban, y yo reí cuando salió de la habitación— ¡Oh!

—¿Qué sucede?

—Quizá está enamorada —dijo Esteban con una sonrisa.

Moví mi cabeza de lado a lado. —Hasta luego, Esteban.

Cerré la puerta y me quedé mirando la ventana de la suite a un cielo con algunas nubes. Me apoyé en el respaldo del sillón y miré las formas de las nubes, y suspiré al recordar las muchas veladas que Abigail y yo pasamos jugando a encontrarle formas e inventar historias acerca de ellas.

“*Más bien historias que ella inventaba,*” pensé, y pasé mi dedo pulgar encima de mi dedo anular, y fue como si una lanza atravesara mi corazón cuando no percibí el frío del oro del que estaba hecha mi alianza de matrimonio.

El susto me duró poco. “*Segurísimo la dejé en la habitación.*”

Regresé y vi a Briseida acostada mirando su teléfono riendo de algún video que estaba mirando. Miré al tocador y, en efecto, ahí estaba mi anillo de matrimonio.

Me senté en la orilla de la cama junto a Briseida y deslicé mi mano encima de su muslo. Ella sonrió y me miró a los ojos.

—¿Sí, señor Reiter? —dijo con tono coqueto.

—Adoro tus muslos, sabes —le dije antes de inclinarme y besárselo.

—Lo sé —dijo, riendo—. Me encanta como tu barba me hace cosquillas cuando haces eso.

Reí y me volví a sentar. —Estoy... feliz.

—¿De verdad?

—Sí —dije, suspirando—. No me creía capaz de sentir esta felicidad otra vez.

—Estoy para servirle, señor Reiter —dijo Briseida, sentándose de un brinquito antes de darme un beso rápido en la boca—. Ya decidí qué quiero ordenar.

—¿Qué?

—Una hamburguesa —solté una carcajada—. ¡Quiero una hamburguesa! ¡Es en serio!

—¡Ni siquiera es medio día! — dije entre risas y tomé el menú de la mesita— Podrías pedir tortitas.

—No quiero tortitas.

—¡Huevos al gusto! —dije—. El omelette con champiñones está...

—¿Champiñones? ¡Puag! —exclamó Briseida riendo, recargando su cabeza en mi hombro.

—¿No te gustan los champiñones?

—No.

—No creo que lo nuestro pueda funcionar —Briseida soltó una carcajada.

Nos miramos a los ojos, y le di un tierno y largo beso que me dejó sin aliento. Joder, con qué facilidad me desvanecía con ella.

—Hamburguesa —susurró, y yo sonreí—. Con pepinillos adicionales, y salsa picante para las papas fritas.

—Eres un enigma —le dije, acariciándole la frente—. Está bien, una

hamburguesa.

Ella se sentó en la orilla de la cama y balanceó sus pies de la orilla como niña pequeña mientras yo llamaba a servicio de habitación del hotel.

Mi estómago se retorció un poco al ver esa expresión en su rostro, que me recordó al rostro de Abby luego de nuestra primer noche juntos como marido y mujer.

Se hizo un nudo en mi garganta que me costó deshacer cuando contestaron al teléfono.

—Dígame, señor Reiter —contestó una jovencita.

—Sí, buenos días —respiré profundo y sonreí al ver a Briseida a los ojos—. Deseo ordenar algo para desayunar.

—Por supuesto, señor —dijo la jovencita—. ¿Qué desea?

—Hamburguesas —dije.

—¿Disculpe? —preguntó la muchacha, y Briseida se soltó riendo.

—Hamburguesas —dije, tratando de aguantar la risa y sonar serio—. Con pepinillos adicionales, y una botella de salsa picante.

Capítulo 18.

Briseida

—¿A dónde me llevas? —le pregunté riendo mientras el subía el elevador del hotel.

—Te dije que te tengo una sorpresa —me susurró Níkolos al oído. Sabía que estaba sonriendo, se le notaba en la voz, y yo sólo me crucé de brazos.

—Odio las sorpresas —refunfuñé.

—Ésta no la odiarás.

—¡Me desespera! —exclamé, tratando sin éxito de quitarle las manos de mis ojos.

La campana del elevador sonó, y escuché las puertas abrirse.

—Camina —ordenó Níkolos detrás de mí, aun cubriéndome los ojos.

—Si me caigo...

—No te caerás —dijo, caminando detrás de mí.

Quitó sus manos de mis ojos, y cuando los abrí vi que estábamos en el florido jardín que se encontraba en la azotea del hotel.

Estaba lleno de arbustos bien podados, y pasillos de piedra. En el centro de la azotea había una explanada, y en medio de esa explanada había una mesa con varios platos cubiertos con cubreplatos plateados.

Miré a Níkolos y él sonreía mientras me ofrecía su mano.

Caminamos tomados de la mano, y él sacó mi asiento sin dejar de sonreír.

—Gracias, caballero —le dije con tono coqueto, sentándome.

—¿Vino? —preguntó Níkolos mientras abría una botella y la acercaba a

mi copa.

—Me sacrifico —dije, encogiéndome de hombros.

Aspiré el aroma de la comida que no podía ser contenido por los cubreplatos, y mi estómago rugió a la expectativa.

—Huele delicioso —dije.

Níkolás quitó un domo y suspiré al ver el pollo general en el plato. Quitó otra tapa, y descubrió un arroz frito con camarones y verduras. Ya estaba salivando cuando levantó un tercer domo y reveló un pato almendrado que me sacó un gemido.

—Qué rico —suspiré.

—El otro día dijiste que hacía siglos no comías una comida china decente —dijo Níkolás al tomar la manija del último domo. No sé cómo no me dolía la cara de tanto sonreír, y más cuando reveló el último platillo: rollos primavera.

—¡Mis favoritos! —exclamé al verlos.

Níkolás sonrió y se sentó a mi lado. Le miré, me acerqué y le planté un beso largo y profundo.

—Espero te guste —dijo Níkolás.

—Ya huele a que sí —dije, sentándome—. Tú te acuerdas de todo.

—Ya quisiera que así fuera —dijo, sirviéndome un poco de los platillos en mi plato—. Pero contigo me es fácil.

Recargué mi cabeza en mi mano mientras le veía servirme.

—¿Qué pasa? —pregunto al notar que le miraba como una niña de secundaria atontada por su primer amor.

—Me consientes demasiado —reí.

—Te lo mereces —dijo Níkolás, dejando mi plato frente a mí—. Has sido una fantástica asistente.

—Sólo lo dices porque el sexo entre nosotros es de otro mundo.

Níkolos rio. —Eso es un extra —dijo, sirviéndose un poco—. No tengo que pedirte las cosas dos veces, te anticipas a lo que podría necesitar, y pareciera que tienes mi agenda memorizada.

—Es sorprendentemente corta —dije sacudiendo la cabeza y recargando mis codos en la mesa para apoyar la cabeza en mis manos—, considerando que diriges un conglomerado multinacional —dije sin ocultar mi asombro—. Me sorprende lo poco que necesitas intervenir en el día a día de la compañía.

—Me gustaría adjudicarme el crédito —Níkolos bajó su tenedor—. Sólo hago lo que Abigail hacía cuando estaba a cargo.

Sonreí y concentré mi mirada en la comida ante mí. “*Otra vez con su esposa,*” pensé al suspirar.

—Bueno, eres increíblemente organizado y sabes a quién delegar las cosas —dije antes de dar un mordisco al rollo primavera.

Me detuve para saborearlo. Fue una explosión de delicias en mi lengua que no pude más que detenerme a disfrutar el manjar.

—¿Está rico? —preguntó Níkolos antes de probar su propia comida.

—¡Joder, está increíble! —dije después de tragar— ¿De dónde es?

—Hay un restaurante pequeño cerca de nuestra filial en Washington de donde... —dijo Níkolos.

Meforcé a tragar lo que tenía en la boca. —¿Mandaste traer esta comida de Washington? —le interrumpí tras pasar la comida.

—Sí —dijo con calma luego de dar un trago a su copa de vino.

—¿Washington Washington? —pregunté— ¿El Capitolio, la Casa Blanca, ese Washington?

—Sí —dijo Níkolos como si nada.

Solté una carcajada. —Habiendo otros restaurantes aquí en Ciudad del Sol —dije, extendiendo mi mano hacia un lado— ¿Desde Washington?

—¿Qué tiene?

—¿Qué...? —sonreí y lamí mis labios, sacudiendo mi cabeza mientras miraba la comida ante mí— Debió costarte un dinerito.

Níkolos sonrió, se levantó, caminó hacia mí despacio, y se agachó para acercar su rostro al mío.

Contuve la respiración mientras le miraba a los ojos. —Vales cada centavo —susurro.

“*Hijo de perra,*” pensé antes de extender mi mano hacia arriba y acercarle hacia mí para plantarle un beso que subió la temperatura en mi interior a mil grados. Mi corazón golpeaba el interior de mis costillas con semejante intensidad que apenas y podía coger aire de la emoción.

—Eres increíble —le susurré, sonriendo mientras le acariciaba el mentón.

Él acarició mi rostro antes de incorporarse y regresar a su asiento.

—¿Ya compraste tu vestido? —me le quedé mirando unos momentos, todavía aturdida por la pasión— Para mañana en la noche.

—¡Ah! —exclamé entre risas, y luego le guiñé el ojo— Se te caerá la baba cuando me veas.

—Ansío verlo —dijo con una sonrisa.

—No tenía idea que se abrieran *tantas* opciones cuando se cuenta con una tarjeta platino corporativa —dije asintiendo y sonriendo.

—¿He de esperar una llamada de nuestro contador mañana? —preguntó Níkolos, y yo me solté riendo.

Él esperó hasta que terminé de reír. Dios, ese hombre sí que sabía darle a una chica toda su atención. Otros imbéciles se la vivían revisando sus redes sociales, o al teléfono. Pero cuando estaba con Níkolos era dueña de su completa atención.

—Te tengo un regalo —dijo luego de limpiarse la boca.

—¿Estamos celebrando algo o por qué tanta opulencia? —pregunté entre risas.

—Tu cumpleaños —dijo con calma.

Bien pudo haberme arrojado una pedrada. —¿Mi...? ¿Viste mi archivo de personal?

—Por supuesto —dijo Níkolos con ojos entrecerrados—. Lo revisé con cuidado antes de ofrecerte el trabajo, y recordé que hoy es tu cumpleaños.

Sonreí y miré mi plato de comida.

—¿Qué sucede?

—Nada —dije, sacudiendo mi cabeza, y di otro mordisco a mi rollo primavera—. Es sólo que...

—¿Sí?

Suspiré. —No... Suelo celebrar mi cumpleaños.

—¿Por qué no?

—¿Puedes parar con las preguntas? —dije haciendo mi mejor esfuerzo por evitar que mi voz se quebrantara.

Níkolos me miró de esa manera con que solía hacerme sentir que escudriñaba mis pensamientos y encontraba las respuestas sin que yo se las tuviera que decir.

—Lo siento, no quería...

—Está bien —dije, sonriendo.

Él siguió mirándome. —No preguntaré más.

Sonreí y dejé mis cubiertos en la mesa. Le miré y sabía que no presionaría más, pero algo dentro de mí me decía que podía compartir aquello con él.

—Es sólo que me recuerda cosas que prefería olvidar —dije, encogiéndome de hombros—. El orfanato... La pareja de imbéciles que me adoptaron... —sentí una lágrima salir de mi ojo, y la quité antes de que tuviera oportunidad de escapar y correr por mi mejilla— El único cumpleaños que celebré fue cuando cumplí la mayoría de edad y me salí de esa casa.

Níkolos apretó sus labios y levantó una cajita de regalo que tenía guardada

en su chaqueta.

—No me lo arrojes en la cara, ¿sí? —dijo, y me solté riendo antes de tomarlo de su mano.

Ví una preciosa pulsera dorada descansando encima de un cojín aterciopelado al abrir la caja. Tenía las letras BRIS grabadas en cuatro cuentas doradas en el centro de la cadena.

—Níkolás —dije anonadada al sacarla de la cajita—. Es idéntica a la que tuve que empeñar hace unos meses.

—No es idéntica —dijo Níkolás acercándose su copa al rostro—. Es la misma.

—¿Qué? —le miré mientras tomaba de su vino.

—Es la misma pulsera —dijo, tomándome la mano para ponérmela—. Limpia, obviamente, pero es la misma.

—¿Cómo...? —dije, mirando la joyería en mi muñeca.

Níkolás sonrió. —Me platicaste de esta pulsera hace unos días en tu casa cuando me dijiste de todas las veces que habías tenido problemas para cubrir tu alquiler debido a tu estilo de vida.

—Estilo de vida —dije riendo—, qué forma más bonita de decir que era una borracha irresponsable y una adicta a la tarjeta de crédito.

Él rio. —Me sonó a que esta pulsera había sido importante para ti, así que busqué todas las casas de empeño a menos de una hora caminando de tu casa y de aquí del trabajo, siendo que no tienes coche, y tuve la buena fortuna que sólo había tres.

Apoyé mi cabeza en mi mano mientras le ponía atención sorprendida.

—Cuando di con la correcta el encargado dijo que ya la había vendido, así que le di un generoso incentivo para darme la información de la tarjeta de crédito con la que la compraron, y de ahí sólo fue cuestión de...

—¿Cómo rayos sabes hacer todo eso? —pregunté en shock— ¿Te lo enseñaron en Harvard o algo así?

—Fui a Columbia, no Harvard —corrigió—, y no siempre manejé una compañía millonaria, sabes.

Me le quedé mirando, y él entendió que necesitaba decirme más.

—Cuando terminé mi periodo de servicio con los marines regresé a Nueva York —dijo, inclinándose hacia mí—. El gobierno me otorgó una beca pero sólo cubría una parte de la matrícula, así que tuve que trabajar para pagar mi educación.

—¿De qué trabajaste?

—Seguridad e investigaciones privadas —dijo, con una sonrisa—. Así fue que terminé como guardaespaldas de...

—Ah, ya —le interrumpí. No quería escuchar su nombre *otra vez*.

—Era bastante bueno en lo que hacía —dijo con un tono de orgullo poco común en él—. Encontrar tu pulsera fue bastante sencillo. Me hizo recordar tiempos más sencillos de mi vida.

—Pudiste haberme comprado otra —dije entre risas—. Habría sido más barato.

—Quizá —dijo, acariciándose el rostro y mirando con extrema atención mis labios—. ¿Qué historia cuenta esa pulsera? Parece que ni siquiera te queda.

Me solté riendo al ver lo grande que se veía en mi muñeca. —Me la regaló la madre de uno de mis padres adoptivos —le dije—. Esa señora siempre estaba sonriendo. Lloviera, nevara, estuviera quemando el sol, nada la deprimía —alcé la pulsera. —Era muy buena haciendo joyería, y me regaló esta.

Níkolás asintió. —Ya veo —dijo, con una sonrisa.

Dejé la pulsera en la mesa, la miré y respiré profundo. Giré hacia Níkolás, cerré el espacio entre nosotros y le besé sin pensar.

Me senté encima de él, y mis caderas se movieron por sí solas con la intensidad que ya había aprendido era la ideal para encenderlo al máximo.

—¿Va a subir alguien? —pregunté tomándome una pausa de nuestro beso.

—No —dijo Nikolas, deslizando sus manos hacia mis nalgas y agarrándolas fuerte—. Tengo el espacio alquilado para toda la noche, y ordené que no subiera nadie.

Deslicé mis manos entre su cabello y froté la punta de mi nariz con la suya.

—Piensas en todo —dije.

Subió mi falda hasta mis caderas, y sonrió al darse cuenta que no traía bragas puestas. —Y tú también —dijo con una mueca pícara.

Reía mientras le desabrochaba el cinturón sin quitarle la mirada de los ojos. Tiré de él y lo dejé caer a un costado sin dejar de sonreír, lamiéndome el labio inferior mientras lo hacía.

Me levanté un poco, y mientras él tiraba de su pantalón hacia abajo me adelanté a tomarle y dirigirle hacia mi entrada que le esperaba ansiosa.

Pegué mi frente a la suya cuando se deslizó en mi interior, y dejé salir un quejido cuando estaba hasta adentro. Sólo se me ocurría una palabra para describir la sensación de nuestros cuerpos unidos y compartiendo aquel divino placer: *perfección*.

Él me abrazó, y yo me abracé de él con todas mis fuerzas. Balanceamos nuestros cuerpos hacia delante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo. Nuestras mentes estaban conectadas en una sincronía exquisita que parecía incrementar con cada segundo que pasaba.

Sus manos me estrujaron fuerte, y una corriente eléctrica erizó cada cabello de mi cuerpo que me estremeció y aceleró mis movimientos.

Ambos entonamos una exquisita sinfonía con nuestros quejidos y gemidos. No fueron necesarias palabras para expresar la delicia que ambos nos estábamos provocando.

Cuando le miré a los ojos fue como si un rayo nos conectara y fuera imposible mirar hacia otro lado. Podía ver a través de su rostro y contemplar su alma encendida, y él podía notar en mis ojos que cada instante dentro de

mí avivaba una pasión y un deseo que nunca pensé que fuera capaz de experimentar con nadie.

Pero ahí estaba, hasta lo más profundo de mí, tocándome de una forma que jamás me habían tocado, mirándome como jamás me habían mirado. En ese momento no existía nada más que nuestros movimientos, nuestros gemidos, nuestros besos, nuestra pasión.

Me encorvé y colapsé encima de él. Níkolás me abrazó con una mezcla exquisita de ternura y firmeza. Sabía que no quería soltarme, y yo no quería que lo hiciera.

Jadeé contra su oreja, restregando mi cabeza contra la suya, y él contestaba con la misma intención. Queríamos fusionarnos en un solo cuerpo, que el calor generado por nuestros sexos nos fundiera para luego explotar de tal forma que se enterarían hasta la base del edificio que la verdadera pasión existía, y estaba detonando en la azotea de aquel hotel.

Ambos nos convulsionamos al momento de explotar, y fueron largos, exquisitos, e inolvidables segundos los que transcurrieron entre esa detonación inicial y el alto a los ríos de placer que corrieron entre nosotros.

No quería soltarlo, no quería dejar de abrazarlo, y él tampoco me dejaba ir. Respiré profundo, y cerré mis ojos.

Capítulo 19.

Briseida

Miré mi teléfono una y otra vez al esperar afuera de mi edificio de departamento, como si cada vez que viera el reloj éste avanzara más rápido. No era tarde, pero ya me moría de ganas de ver a Níkolos y su cara cuando me viera en el vestido que había comprado para la gala de aquella noche.

Nunca me había puesto un vestido que me quedara tan bien. Con los ajustes que la modista le había hecho en la tienda parecía que había sido hecho para mí.

El largo del vestido era lo suficiente para llegar a mis pies pero no para arrastrarse, y me quedaba tan ajustado como debía quedar para esconder mis pocas agarraderas de la cintura y lucir mis curvas.

Y mis pechos... Carajo, hasta yo estaba enamorada de cómo se me miraba el escote. Nada vulgar, pero nada recatado. Tal y como sabía que le gustaba a Níkolos, que coincidía con cómo me gustaba a mí vestir.

Mi teléfono sonó, y mi corazón se detuvo un instante al ver que Níkolos llamaba.

—¿Dónde estás? —pregunté emocionada— ¿Ya llegas?

—Lo siento —dijo, y mi garganta se hizo un nudo que me impidió respirar—. Tuve que atender una emergencia con Esteban, pero la limosina va en camino para llevarte a la gala. Allá te alcanzo.

Suspiré y reí. —Pensé que ibas a dejarme plantada.

—Eso jamás, Bris.

Vi una limosina color negro dar la vuelta en la esquina para luego estacionarse frente a mí.

—Ya llegó la limosina —le dije—. Nos vemos al rato.

—Nos vemos pronto —dijo antes de colgarme.

El conductor salió y me pilló sonriendo y ruborizada.

—¿Señorita Briseida Figueroa?

—¿Sí? —dije, emocionada.

El conductor abrió la puerta del asiento de atrás de la limosina. Me senté y respiré profundo, tratando de ocultar mi nerviosismo. Jamás me había subido a una limosina tan lujosa, sin duda nunca una con una botella de champagne metida en una cubeta de hielo.

—¿Es para mí? —le pregunté al conductor cuando subió.

—Si gusta, señorita —dijo—. Las copas están en el compartimiento a su derecha.

Vi la puertita a la que se refería y esperé a que cerrara la puerta para tomar una copa y servirme un poco.

Me quedé mirando por la ventana durante todo el trayecto, que pareció eterno. Miraba una y otra vez mi móvil, hasta que me desesperé y lo arrojé adentro de mi bolsita.

Parecía que salíamos de la ciudad pues las casas se habían vuelto mucho más grandes y los terrenos gigantescos. Era la Colonia los Bosques, la zona rica de Ciudad del Sol. A veces había ido a pasear ilusionándome de algún día vivir en una de las mansiones ahí construidas.

La limosina pasó por un portón abierto dirigiéndose a la casa más grande de todas. Parecía una vieja construcción griega con todo y pilares altísimos. Había muchísima gente afuera pasando por un cuello de botella ocasionado por reporteros y fotógrafos.

Cuando se detuvo ante una escalera cubierta por una alfombra roja miré a la cima de las escaleras esperando encontrar a Níkolás.

Pero en su lugar vi a Lilian mirando en mi dirección con una sonrisa bien maquillada. El interior de la limosina ha de haber sido a prueba de ruido

pues sólo alcancé a verle mover los labios al gritarle algo a mi conductor, quizá que se apurara en abrirme.

—¡Hola, amiga! —dijo en cuanto abrieron la puerta.

Parecía que los destellos y ruidos de los reporteros y paparazis no le afectaban en lo más mínimo. Cuando bajé de la limosina quedé abrumada. “¿Cómo carajos alguien se acostumbra a esto?” pensé.

Carajo, Lilian se miraba increíble. Traía vestido rojo carmesí que parecía se lo habían pintado encima más que puesto. Tenía un físico de película, y su cabello agarrado se miraba sencillo pero elegantísimo.

Su maquillaje era impecable. Aún con todo un día de preparación jamás me habría podido arreglar tan bien como ella.

—¿Aún no llega Nícolas? —pregunté, mirando hacia el enorme portón detrás de la cima de las escaleras custodiado por varios sujetos de lentes oscuros vestidos en esmoquin.

—Se alargó la video conferencia con nuestra filial China, así que me pidió el favor de venirme a recoger —dijo Lilian, luego se encogió de hombros y arqueó una ceja mientras me miraba de arriba abajo—, bueno, me ofrecí, más bien.

—Pero sí vendrá a la Gala, ¿verdad?

—¡Claro que vendrá! —dijo Lilian— Es el orador principal, después de todo. Nos alcanzará cuando terminé.

Sonreí y le seguí por las escaleras haciendo mi mejor esfuerzo por ignorar las cámaras, aunque no pude ignorar a las personas que subían junto con nosotros: algunos actores y actrices locales, uno de otro internacional.

—¡Joder, es...! —exclamé, apuntando.

Lilian rio. —No la distraigas —dijo—. Odia que la interrumpas cuando habla con un reportero. Te la presentaré después. Se nota que estás emocionada por estar aquí.

—La verdad sí —dije, sacudiendo mi cabeza—. Estoy en una gala. ¡Una puta gala!

—No tiene nada de especial, cariño —dijo Lilian, sacando su teléfono de la bolsita que cargaba—. Sólo es gente rica regalando dinero que luego podrán meter en su declaración de impuestos para deducirlos.

—Aun así —dije, volteando a verla—, lo más lujoso a lo que llegué a ir ha sido una boda, y alquilé un vestido para ir.

—¿Alquilar un vestido? —dijo Lilian indignada— Ay, pobre de ti.

—Me quedaba muy apretado, pero era el único que tenían de mi talla.

—¡Qué horror! —exclamó.

—Fue una experiencia muy distinta a este vestido que traigo —dije, mirando hacia mis pechos—. Nunca me había comprado algo que me quedara tan bien.

—Pues te ves increíble, Bris —dijo Lilian, poniendo su mano encima de la mía.

Le giré a ver y nos miramos a los ojos. “*Ay Dios, ojalá no intente nada conmigo,*” pensé.

—Y bueno —dije luego de respirar profundo—, ¿de qué es la recaudación de fondos?

—¿Níkolos no te dijo?

Negué con la cabeza. —Sólo me dio su tarjeta corporativa y me pidió que me comprara un vestido para una gala, pero no dijo de qué era.

Lilian miró hacia arriba y suspiró. —Es para la Fundación Valisa para Niños Olvidados —dijo agitando una mano—. Es una caridad que mi hermana fundó hace muchos años para atender a niños huérfanos o de padres drogadictos y criminales.

—¿La fundó Abigail? —dije, sintiendo mi corazón apretarse un poco mientras caminábamos alrededor del salón.

—Sí —dijo Lilian, sonriendo—. Mi hermana siempre tuvo un punto débil para criaturas desamparadas. Como Níkolos.

—Él no me parece nada desamparado —dije sonriendo.

—Ahorita no —dijo Lilian—, pero cuando empezó como nuestro guardaespaldas —ella se detuvo, miró a los lados, y acercó su rostro al mío —... A veces Níkolos se presentaba a trabajar con unos guantes de piel que luego me enteré era porque los traía rasguñados y llenos de hematomas.

—Mi sonrisa se desvaneció. —¿Por qué?

Lilian giró sus ojos y suspiró. — Níkolos tenía varios trabajos de “seguridad privada”, y ellos a veces se ponían violentos —ella tomó una copa de la bandeja de un mesero que pasó frente a nosotros—. Abigail me contó eso cuando me confesó que había estado saliendo con él a escondidas de nuestro padre.

Ella se soltó riendo. —Y cuando mi padre se retiró y le dejó el control de la compañía a mi hermana le dijo que lo primero que tenía que hacer era despedir a Níkolos para poder salir con él en público.

Sonreí. —Tu papá sabía.

—¿Por supuesto que sabía! —dijo Lilian— Él no tenía problema con ello. Decía que así se aseguraba que Níkolos estuviera motivado para protegerla contra lo que fuera.

Ella tomó de su champán, y yo aproveché para tomar una copa de otro mesero. —Lo que no se esperaba —dijo mientras bebía de mi trago— era que Abigail y Níkolos se fueran a casar. ¡Dio un grito al cielo! como si su unión fuera a derribar el imperio que nuestra familia había construido.

Lilian volteó a verme y ondeó su dedo índice frente a mí. —Níkolos mandó hacer un acuerdo prenupcial en el que él renunciaba a cualquier beneficio que le hubiera sido otorgado por casarse con Abigail. Él la quería a ella, y sólo a ella —Lilian resopló—. Joder, casi vomito de lo romántico que fue.

—¿Y... tu papá cómo lo tomó? —pregunté.

—Fascinado —dijo Lilian—. Se tragó todo ese cuento y cuando murió dejó instrucciones que anularan ese acuerdo prenupcial. Y así Níkolos Reiter

se volvió parte de la familia.

Lilian resopló de nuevo. —Un matón de Queens —ella me miró—. Pero ya sabías todo esto, ¿no?

Moví mi cabeza de lado a lado. —Sólo lo poco que había en su biografía en la página de internet de la compañía.

—Ay, cariño, hay tanto que no viene ahí —dijo, luego tomó mi copa que estaba por terminarse, y la cambió junto con la suya por otro par lleno de la bandeja de otro mesero.

—Me imagino —dije, antes de tomar mi copa y dar un sorbo largo.

Miré alrededor a toda la gente que había. Funcionarios de la ciudad, gente rica, mujeres hermosas, estrellas de televisión y cine.

“*¿Qué carajos haces aquí, Bris?*” pensé, respirando profundo.

Giré y vi a Lilian sonriendo mientras me miraba. —¿Puedo contarte un secreto?

“*Joder, ¿qué más puede decirme?*” pensé. —Dime—dije, levantando mi copa.

Lilian rio. —Confío en tu discreción, Bris —dijo, acercándose a mi oído—. Desde que Níkolos nos salvó no dejo de pensar en él.

—¿Pensando cómo? —le pregunté.

—Pues... ya sabes —dijo, alzando sus cejas y ampliando su sonrisa—. Y no entiendo por qué. Digo, si así fuera debería estar fantaseando contigo pues fuiste tú quien se paró entre el pistolero y yo.

—¿Estás fantaseando conmigo? —le pregunté entrecerrando los ojos.

—¡Bris, qué cosas dices! —dijo entre risas, luego se acercó a mí y lamíó su labio inferior antes de mirarme de arriba abajo— Eres una mujer muy atractiva, no me malinterpretes, y no te negaré que he tenido mis experiencias muy satisfactorias con otras mujeres.

“*Ay Dios,*” pensé al notarla mirarme el escote y lamerse los labios.

—Pero no eres mi tipo, Bris —dijo Lilian—. No me importa el sexo de una persona. Hombre, mujer, me da igual. Pero, no lo tomes a mal, me gustan las personas más... sumisas ¿Entiendes?

Solté una carcajada. —No te preocupes, Lilian —dije, esforzando una sonrisa—, trataré de vivir con tu rechazo.

Lilian soltó una carcajada, luego miró hacia la entrada de la mansión y suspiró. —Pero, en ocasiones, dan ganas de una volverse la sumisa —dijo.

Giré y vi a Níkolos estrechando la mano del alcalde de Ciudad del Sol.

“*Guau,*” pensé al verlo seguir caminando a un lado de Esteban. Parecían super agentes secretos con sus esmóquines que les quedaban como anillo al dedo.

Pero Níkolos me dejó sin aliento. Ese porte suyo que deslumbraba su seguridad en poder manejar lo que sea que la vida le arrojara le hacía el hombre más sexy de entre toda la multitud de personas.

—Dime, Bris —dijo Lilian, dándome un codazo que me sacó de mi trance—, ¿cómo no voy a desear a un hombre así?

“*No te culpo,*” pensé, sintiendo mis entrañas retorcerse. “*¿Qué podría detenerte?*”

Capítulo 20.

Nikolas

—Gracias, senador —dije al teléfono antes de colgarle y sonreír.

“*Esta noche fue todo un éxito,*” pensé, luego miré al asiento junto a mí en la limosina, donde Briseida estaba absorta en su contemplación por la ventana.

Le miré las piernas cruzadas, admiré la forma de sus muslos por debajo de la tela de su vestido, y de pronto tuve el casi irresistible impulso de subirle la falda y saciar el antojo del tacto a su piel suave.

Puse mi mano encima de su rodilla, y ella ni siquiera se movió.

—¿Todo bien con el senador? —preguntó sin quitar su vista de afuera.

—Perfecto —dije, acariciando con mis dedos su rodilla—. Hay un contrato gubernamental que él ayudará a...

—Qué bueno, Níkolás —dijo, suspirando y volteando hacia mí.

No quité mi mano de su rodilla, pero algo en sus ojos me detuvo. No detecté ese mismo brillo que siempre tenía cuando iniciaba mis avances, ni ese rostro que me invitaba a besarle y a hacerla mía.

—¿Está todo bien?

—Sí —dijo, sonriendo, sin dudar.

Me senté de lado y extendí mi brazo sobre el respaldo del asiento y alcancé a tomar un mechón de su cabello.

—Habla conmigo —le dije, dando vueltas aquel mechón entre mis dedos—. ¿Qué te molesta?

Briseida respiró profundo y estiró su mano hacia mi rostro. —Nada,

Níkolos —dijo—. Sólo quiero llegar a casa, ¿sí?

—Me platicó Lilian que te presentó a una actriz que admiras mucho —dije con una sonrisa.

Briseida lanzó una risilla breve. —Sí, fue interesante.

Le tomé la mano y me acerqué más a ella.

—Algo te pasa —insistí.

—No me pasa nada, Níkolos —dijo luego de suspirar—. De verdad.

Apreté mis labios y asentí mientras dejaba su mechón y acariciaba su rostro. Deslicé la mano que tenía en su rodilla un poco para arriba, pero me detuve cuando cerró los ojos, se estremeció, y descansó su brazo en su pierna justo en el lugar para detener mi avance.

—Está bien —susurré antes de quitar mi mano.

Saqué mi teléfono de nuevo para revisar mi correo electrónico, aunque mis pensamientos volaban por todos lados tratando de descubrir la causa de su molestia conmigo.

“¿Acaso realmente estará cansada?” pensé. “No hable con nadie de ninguna manera que pudiera considerarse coqueteo, y estoy bastante seguro que ninguna de las mujeres con las que hablé fue tan descarada que necesitara que le pusiera un alto.”

Guardé mi teléfono en el bolsillo de mi americana y regresé mi atención a Briseida, que había vuelto su mirada hacia afuera.

—Briseida —le llamé, pero ella no volteó—. Es obvio que algo te molesta.

—Déjalo por la paz, Níkolos.

—No lo haré.

Briseida volteó y la mirada que me lanzó me estremeció.
“Definitivamente está enojada por algo.”

Nos miramos a los ojos largos momentos. Podía ver que estaba

enojándose más, pero no iba a desistir. Si había hecho algo mal, merecía saberlo. Por Dios, se suponía que éramos adultos.

Ella resopló y movió su cabeza de lado a lado. —¿Por qué me invitaste? —ella giró sus caderas y quedó de frente a mí con sus manos descansando encima de sus muslos.

Quedé aturdido un instante. —¿Qué pregunta es esa?

Ella encogió sus hombros y apretó sus labios. —No necesitabas una asistente esta noche —dijo—, y cuando estábamos juntos te la pasaste hablando con posibles donadores y otros richachones de acciones y de no sé qué otras tonterías.

Me quedé mirándola.

—Apenas y convivimos juntos —dijo—. A duras penas nos tomamos una copa de champaña juntos.

—¿Eso es lo que te tiene tan molesta? —pregunté— Briseida, era un evento de Valtech para la Fundación...

Briseida gruñó. —De tu difunta esposa, lo sé —interrumpió asintiendo—. Llevan *toda* la noche diciéndomelo. Que Abigail esto, que Abigail aquello. Joder, me quedó más que claro que te casaste con una santa.

Rasqué la parte de atrás de mi cabeza mientras le miraba sus ojos que parecían estar a punto de lanzarme algún proyectil de fuego.

—¿Para qué me invitaste, entonces? —preguntó Briseida— Contéstame.

—Yo... —sacudí mi cabeza de lado a lado— Disfruto tu compañía.

—No tanto como la de otras personas —dijo—. Y menos si se trata de hablar de Abigail.

—¿Cuál es el problema que hable con otras personas sobre Abigail? —pregunté— Pensé que no tenías problemas de que hablara de ella —le apunté un dedo a la cara—. Y aun si lo tuvieras no era como si pudiera evitar hablar de ella en un evento con su nombre por todos lados.

—¡Putra madre, Nícolas! —gritó Briseida— ¡Entiende que cada vez me es

más difícil competir con un fantasma!

—¿Competir? —pregunté— Briseida, jamás tomarás el lugar que dejó Abigail en mi corazón. Nadie lo hará.

—Ah —dijo, quedándose boquiabierta—, o sea soy solo una etapa de tu duelo.

—Briseida...

“Esto no va a ningún lado,” pensé.

—Soy sólo un acostón ocasional para quitarte las ganas de...

—¿Qué quieres que te diga?! —le grité— ¿Qué quieres, Briseida? ¿Quieres que le anuncie al mundo que somos pareja?

—No —dijo Briseida, sobándose la frente.

—¿Quieres ser mi siguiente esposa?

Sus ojos se abrieron tanto que quizá iban a salirse de su cráneo.

—¿Qué pregunta tan estúpida es esa?! —gritó— ¿Me estás pidiendo ser tu esposa?!

—¡Estoy tratando de preguntarte lo que tú quieres!

—¡No sé lo que quiero! —gritó.

Nos quedamos mirando unos momentos a los ojos.

Resoplé y me recargué en el asiento mirando hacia el techo de la limosina. —¿Qué esperabas de mí esta noche? —ella preguntó con voz temblorosa.

—Bris, yo... —tenía la mente en blanco, incapaz de definir ese adormecimiento en mi cabeza que me impedía pensar.

Briseida se cruzó de brazos y se recargó fuerte mientras giraba su cabeza de nuevo hacia afuera. —No sé por qué me ilusioné tanto —dijo—. ¿Qué mierdas hacía yo ahí? No sé nada de acciones, ni portafolios, ni inversiones.

Giré a verla.

—¿Qué hacía ahí? —dijo— No pertenezco a ese mundo —se miró el

vestido y tensó su mandíbula—, esto no soy yo. Sólo fui porque tú me invitaste.

—Puedes serlo —dije, y ella volteó a verme—. Briseida, me has hecho sentir algo que pensé jamás volvería a sentir. Eres mil veces más interesante que cualquiera de las personas que estaban ahí, y sin duda mucho más hermosa.

—¿Más que Lilian? —dijo.

—¿Qué? —me senté en la orilla del asiento mientras giraba hacia ella—
¿Qué tiene que ver...?

—Me fijé cómo la mirabas de reojo —dijo atravesándome con la mirada—. A veces parecía que querías estrangularla, y otras...

—¿Cómo sabías lo que pensaba si casi ni hablamos?

Gruñó mientras se enderezaba en su asiento. —Ya llegamos —dijo.

En cuanto la limosina se detuvo ella salió rápido antes de que pudiera decirle algo. Salí de mi lado y le tomé la muñeca antes de que subiera los primeros escalones hacia la puerta elevada de su edificio.

—Bris, espera.

—Níkolás, estoy cansada —lamentó y cerró los ojos—. Por favor, hablemos luego.

—Te hablaré mañana.

—No —dijo—. Necesito espacio. Necesito pensar.

Quedé aturdido por sus palabras. —Briseida, podemos...

—Níkolás, por favor suéltame —dijo, tirando un poco de su brazo.

Respiré profundo e hice mi mayor esfuerzo para dejarle libre. Ella ni siquiera volteó a verme luego de darse la vuelta, subir las escaleras, y entrar a su edificio.

Me quedé de pie, mirando la puerta, y luego levanté la vista hasta su ventana. La miré, esperando largos y dolorosos segundos hasta que se

encendió la luz.

Esperé unos momentos, pensando que se asomaría con otra opinión y me pediría que subiera a verla. Pero esos momentos se transformaron con un dolor intenso en segundos, y éstos pronto se volvieron en tortuosos minutos.

Nada. Ni siquiera un vistazo.

Apreté mis labios al darme la vuelta y subir a la limosina.

—¿A su hotel, señor? —preguntó el conductor.

—Sí —dije, cerrando los ojos y frotándome los párpados. Resoplé y sacudí mi cabeza antes de recargar mis codos en mis rodillas y pasar mis manos entre mi cabello.

Suspiré y, al levantar la vista, vi el compartimiento junto a la puerta donde tenían botellas guardadas. Le abrí y saqué la primer botella de whisky que encontré, la abrí, y di un largo trago.

Tosí y pegué mi brazo a mi boca, dejando que el calor del alcohol bajara por mi esófago y encendiera mi estómago. Cerré mis ojos y di otro largo trago antes de recargarme en el asiento de la limosina.

Abrí los ojos cuando mi mente me recordó la mirada de reproche que Briseida me había lanzado.

—¿Qué pasó? —dije para mí mismo, moviendo mi cabeza de lado a lado — ¿Qué demonios pasó?

“Con un carajo, esto se supone que sería algo sencillo,” pensé mientras daba otro trago de aquel whisky.

Saqué mi teléfono y seguí revisando mis correos, todos pidiendo mi atención por alguna nimiedad que en aquellos momentos ni me interesaba.

“Al menos me distraigo con algo,” pensé.

Vi de reojo un nombre que secuestró mi atención e hizo mi estómago retorcerse al leerlo.

—Verónica Orlov —susurré al leer su nombre en mi bandeja de entrada.

Pulsé su nombre con mi pulgar tembloroso y di otro largo sorbo a mi botella antes de leer el correo electrónico.

Sólo había dos palabras: Llámame, Urgente.

—Con un demonio —dije, recargando mi cabeza contra el respaldo de la limosina.

Busqué el teléfono de Verónica entre mis contactos y titubeé un poco antes de presionar su nombre.

—Aló —contestó una mujer de voz profunda, sin duda recién despertada.

—Verónica —dije—. Habla Níkolos.

Pasó un momento de silencio hasta que la escuché suspirar.

—Níkolos —dijo, aliviada—. Pensé que ya no tenías mi teléfono.

—Me sorprende que lo sigas teniendo.

—¿Quién te habla a esta hora, nena? —escuché en el fondo.

—Son negocios, cariño —le contestó Verónica—. Vuélvete a dormir.

“*Negocios,*” pensé al mismo tiempo que un escalofrío recorría mi espalda mientras escuchaba a Verónica salir de la que asumo era su habitación.

“*Recuerdo bien esa maldita palabra.*”

—Lo siento, Níkolos —dijo—. Me llamas algo tarde...

—Si la memoria no me falla sólo usabas la palabra “urgente” cuando se trataba de un asunto de vida o muerte —le dije.

—Estás tomando —dijo, y yo miré la botella y resoplé.

—Esta no es una llamada para recordar viejos tiempos —le interrumpí—. ¿Qué sucede?

Escuché el chasquido de un encendedor y una respiración profunda. —Tu padre —dijo antes de exhalar.

—¿Qué sucede?

—No puedo decírtelo al teléfono —dijo—. No es una línea segura.

Gruñí. “*Lo que me faltaba hoy,*” pensé.

—Pero sí es de vida o muerte, Níkolás.

Suspiré cerrando mis ojos, luchando contra viejos demonios que trataban de hacerse dueños de mis pensamientos. —Tendré que ir, ¿no es así?

—Sí —dijo Verónica.

Pensé por unos momentos. —Bien —dije, antes de colgar la llamada.

Le di otro trago a mi botella, y traté sin éxito de pensar en otras cosas. Ni en Briseida, ni en Abigail.

Ni en esos demonios de mi pasado.

“*Putá madre.*”

Capítulo 21.

Briseida

—¿Y te habló el fin de semana? —preguntó Adela, recargando el codo en mi escritorio y apoyando su cabeza en su mano mientras me miraba.

Suspiré y me recargué en mi asiento mientras movía mi cabeza de lado a lado. —No —dije—. Aunque le dije que hablábamos hasta hoy, pero... —gruñí y me sobé los ojos—. No sé, debería al menos haberme enviado un mensaje o dejado algo en mi buzón de voz, ¿no?

Adela negó con la cabeza y suspiró. —No sé —dijo.

—O sea, no estoy siendo poco razonable, ¿o sí? —cubrí mi boca y respiré profundo, temiendo que Adela respondiera que sí.

Mi amiga se encogió de hombros y apretó sus labios. —¿Yo qué voy a saber, amiga? —dijo— Siempre eres tú quien me da consejos a mí. La verdad no tengo idea qué decirte.

—Qué envidia te tengo, Adelita —le dije, sonriendo—. Al menos sabes cómo estás parada con Tito. Eres la única en sus ojos —gruñí—. Yo solita me busqué esto.

—¿De qué hablas, Bris?

Giré a verla y miré de reojo el elevador al fondo del pasillo. Acababa de abrirse, y contuve la respiración en anticipación de que Níkolás fuera a salir de él y dirigirse a su oficina.

No lo hizo, y fui capaz de relajarme aunque sea un instante.

—Se supone que sería sólo pasar el rato —dije—. Una aventura divertida, sexo desenfrenado, una experiencia de esas que las mujeres tienen y jamás cuentan. No debería sentir otra cosa más que lujuria por ese hombre. No

debería importarme que... —mi voz se quebró, y cubrí mi boca con mi puño.

—Bris...

—Él me lo dijo, Adela —le dije haciendo un esfuerzo por modular el tono de mi voz—. Jamás ocuparé el lugar de Abigail en su corazón.

—¿Cómo esperas que olvide a su esposa muerta? —preguntó Adela, indignada.

—No estoy diciendo que la debe olvidar —dije, negando con la cabeza—. Claro que no, pero la forma en que lo dijo... —el nudo en mi garganta se apretó más, exprimiendo humedad que poco a poco se fue condensando en mis ojos— Fue como si no quisiera... sentir, por alguien más. ¿Sabes?

Adela sonrió y me tomó la mano, y yo gruñí. —Carajo, nada de lo que estoy diciendo tiene sentido alguno.

—Enamorarse no es algo que deba tener sentido —dijo Adela, apretando su agarre de mi mano.

Resoplé. —¿Quién está enamorada?

—Al parecer tú.

Aquello fue una cachetada que frenó todo pensamiento que transcurría por mi cabeza y todo sentimiento que estaba experimentando.

—¿Yo enamorada? —pregunté entre risas.

—Ajá —dijo Adela—, así suena. Jamás te había escuchado hablar así de nadie.

—Estás... —vi de reojo las puertas del elevador abriéndose, y ahora sí Níkolás salió caminando seguido de cerca de Esteban, que parecía como si hubiera visto un fantasma.

—Creo que deberías irte, amiga —le dije a Adela al mismo tiempo que arrojaba todas esas emociones en el rincón más lejano de mis pensamientos. Níkolás traía un semblante distinto, como si fuera a atravesar a quien se le pusiera en el camino.

Ambas volteamos cuando Níkolás se detuvo y le dijo algo a Esteban que

no alcanzamos a escuchar.

—Hablamos al rato, Bris —dijo Adela antes de alejarse con tanto sigilo como pudo.

—Sí —dije, poniéndome de pie.

Níkolos dio la vuelta y se acercó a mí. Sonreí como una estúpida al verlo, pero borré mi mueca al ver que no correspondió mi sonrisa.

“¿*Qué está pasando?*” pensé.

—Avisa al jet de la compañía que necesito ir a Nueva York en cuanto sea posible —dijo.

“¿*Qué?*” mi estómago se retorció al escucharle.

Esteban le siguió dentro de su oficina y yo detrás de ellos.

—Necesito el teléfono de...

—¡Carajo, Briseida! —gritó, dando la vuelta en su escritorio— ¿Que nadie en esta compañía entiende el concepto de acatar órdenes?

—¡Oye! —le regañó Esteban, luego volteó hacia mí y me entregó su móvil—. El piloto se llama Lorenzo Campo. Llámale y programa el vuelo, cariño.

Asentí y regresé rápido a mi escritorio. Estaba adormecida por dentro mientras buscaba el teléfono del piloto entre los contactos de Esteban.

—¿Qué carajos te pasa, Níkolos? —alcancé a escuchar el regaño— No necesitas hablarle así a la gente, y menos a Briseida que sólo está haciendo su trabajo. ¿A qué carajos necesitas ir a Nueva York?

—¿Sí, hola? —contestó el piloto al teléfono, que distrajo la atención que trataba de poner a la conversación dentro de la oficina de Níkolos.

—Sí, buenos días —le dije—. Habla la asistente del señor Reiter. Necesita volar a Nueva York en calidad de urgente, ¿en cuánto tiempo puede tener el avión listo?

—En dos horas.

—Perfecto, le haré saber.

Le colgué y entré de nuevo a la oficina dando pasos temblorosos.

—En dos horas está listo para partir —le dije a Níkolos desde la puerta.

Él asintió, miró a Esteban, y éste se levantó. Le entregué su teléfono, volteó a ver a Níkolos, y luego salió.

—Cierra la puerta, Bris —dijo Níkolos, bastante más calmado.

Hice lo que me pidió, y caminé cabizbaja hasta el frente de su escritorio.

—Lo siento —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado—. No debí...

—¿Algo más que necesite, señor Reiter?

Él suspiró. —No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Eso —dijo—. Cerrarte como lo estás haciendo.

Respiré profundo. —No tengo problemas que me griten si cometí un error, pero ahorita...

—Ya me disculpé.

Respiré profundo y asentí. —Está bien.

—Necesitamos hablar, Bris.

“Las palabras que toda chica quiere escuchar de su amante,” pensé al suspirar.

—Tienes un vuelo que alcanzar —dije—. Debe ser algo urgente, no sabía que necesitabas ir a Nueva York.

—Es un asunto personal —dijo—. Esteban tiene algunas cosas con las que necesita ayuda. Regresaré en unos días. El viernes, a más tardar.

—Puedes volver cuando quieras —dije, sonriendo—. Eres el jefe, después de todo.

—Con un demonio, Bris —dijo—. Detesto que te portes así.

—¿Así cómo? —pregunté, esforzándome por mantener una sonrisa en

lugar de gritarle hasta de lo que se morirá— ¿Como tu asistente?

Níkolás se recargó en su escritorio y bajó su cabeza.

—Es lo que soy, ¿no? —dije, encogiéndome de hombros—. Tu asistente. No nos hagamos tontos pues es lo que siempre fuimos desde un principio.

—Ambos sabemos que no fue así.

—¿A quién quieres engañar, Níkolás? —dije, entre risas— Dejémoslo en que fuimos lo que ambos necesitamos en el momento que se dio, nos divertimos, y ahora es hora de volver a la realidad.

—¿Y qué realidad es esa?

—En la que yo soy una empleada más de muchas otras que le responden a usted, *señor Reiter* —le dije—. *Usted* no me debe ninguna explicación.

—¿Es lo que realmente piensas? —preguntó, asintiendo y tensando su mandíbula— ¿Lo que quieres?

Respiré profundo y puse mis manos una encima de la otra frente a mi cadera. —Sí, señor Reiter.

Él se acercó a mí. Cada paso que dio tensó más el nudo en mis entrañas, y dificultó más el paso de aire por mi garganta.

Se quedó de pie junto a mí. No sé si me miraba pero no fui capaz de voltearle a ver. Sabía que si esos ojos suyos miraban los míos me derretiría ante él.

“No,” pensé. “*Ya basta de eso.*”

Níkolás suspiró. —Buen día, señorita Figueroa —dijo al alejarse de mí y salir de la oficina.

En cuando giré y confirmé que se había ido cada célula de mi cuerpo tembló al mismo tiempo. Tuve que sentarme en la silla frente al escritorio de Níkolás porque mis piernas ya no fueron capaces de sostenerme.

“¿*Qué carajos me pasa?*” pensé, tratando de respirar pero no podía mantener el aire dentro de mí por más de medio segundo.

Cerré mis ojos, y sólo podía pensar en salir corriendo detrás de Níkolás, y decirle que me retractaba de cada una de las palabras que acababa de decirle.

“*No, Bris,*” pensé, esforzándome por respirar profundo, cerrando mi puño y presionando la madera del escritorio con todas mis fuerzas.

—Es lo mejor —susurré, abriendo los ojos. Al ponerme de pie un cosquilleo en mis mejillas delataron que un par de lágrimas escaparon de mis ojos.

Las quité rápido, y escuché el abanico del ordenador encenderse.

—Olvidó apagarla —dije, rodeando el escritorio y, en efecto, la portátil de Níkolás estaba encendida. Al abrir la pantalla noté su correo electrónico abierto.

Me senté y leí el correo que estaba desplegado en la pantalla, uno donde Esteban le confirmaba la cantidad por la que una compañía aeronáutica estaba abierta a ser comprada.

“*Quizá por eso estaban discutiendo ahorita,*” pensé al ver el número tan grande.

Cerré el correo y busqué por la pantalla algún indicio del menú de inicio para poderla apagar.

Entre el mar de asuntos destacó un correo entre todos ellos, de una tal Verónica Orlov, que no tenía asunto.

“*¿Quién no le pone asunto a sus correos electrónicos?*” pensé. “*Ha de ser de alguna filial de Valtech que no conozco todavía.*”

Deslicé el ratón hacia el correo para abrirlo.

—Llámame. Urgente —decía el correo. No había firma, no había información de contacto. Nada.

Apagué la portátil y cerré la oficina de Níkolás pero aquel nombre, Verónica Orlov, se quedó grabado en mi cabeza por algún motivo.

Regresé a mi lugar y en lugar de abrir los documentos que debía revisar

antes de enviárselos al *señor Reiter* abrí mi navegador de internet y escribí “Verónica Orlov en el buscador.

El primer resultado fue un titular de un periódico de Nueva York que decía: Tiroteo en Queens. Abrí la nota y la leí hasta quedarme en una frase que heló mi sangre.

“... uno de los fallecidos ha sido identificado como Christian Zima, hijo de Erich Zima, quien se sospecha posee una posición de autoridad entre la mafia rusa que...”

En la foto que acompañaba la nota se veía una mujer rubia abrazada de un hombre frente al área acordonada ante una cafetería cuyo frente había sido destrozado por un coche al impactarse contra ella.

Leí la nota debajo de la fotografía. —Verónica Orlov, prometida de Christian Zima, consolada por un familiar (sin identificar) del fallecido.

—Quizá me equivoqué de persona —susurré para mí misma, y me recargué en la silla.

Vi la foto de la tal Verónica más de cerca y noté el perfil del hombre que la abrazaba.

“No puede ser. Es Nikolas,” pensé. Agrandé la fotografía y quedé más convencida que se trataba del perfil de Níkolás, mirando el coche estrellado contra la cafetería.

“Mierda,” pensé. *“Otra vez liándome con un hombre peligroso. No aprendo, carajo.”*

Capítulo 22.

Nikolas

—Por el momento no puedo contestar, por fav... —colgué al escuchar de nuevo el correo de voz de Briseida.

Había intentado marcarle desde que había aterrizado en Nueva York. El camino desde el aeropuerto hasta Queens estaba lleno de tráfico, como de costumbre. Miré alrededor de la camioneta y no encontré un refrigerador con bebidas como solía encontrarlas en las limosinas en que me trasladaba.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el conductor.

—Sí —suspiré, mirando fuera de la ventana al viejo vecindario donde había crecido—. Dé vuelta en la siguiente calle.

—¿Puedo preguntarle algo, señor Reiter?

—Adelante.

—¿Es seguro este vecindario?

Solté una risilla. —Para nosotros sí —dije, al ver las tres camionetas estacionadas frente al restaurant Zima Kaffee.

Estaba asomándome por una ventana al pasado. Aquel lugar no había cambiado nada, incluso la pintura amarilla de los muros parecía de meses, y el anuncio de neón con letras cursivas encima no tenía averiadas las letras desde la última vez que había visto el restaurant de mi padre.

—¿Necesita que lo acompañe? —preguntó nervioso el conductor.

—Puedes quedarte en el coche —dije, dándole una palmada en el hombro.

Salí, abroché el botón de mi traje, y ajusté mis lentes de sol mientras miraba las ventanas del restaurante hacia el interior, donde sólo habían un par

de mesas ocupadas.

Saqué mi teléfono y marqué de nuevo el número de Briseida.

—Por el momento no... —colgué y gruñí.

Dos sujetos con pantalón de vestir y camisa lisa ajustada salieron del restaurante justo cuando di un par de pasos hacia la puerta.

—Caballeros —les saludé, mirándolos a los ojos. Estaban un poco más altos que yo, y sin duda más robustos.

—Estamos remodelando, señor —dijo uno de ellos, apuntando hacia mi coche.

—¿En serio? —me quité las gafas de sol y sonreí— Quiero el nombre de su contratista. Es el trabajo de remodelación en proceso más limpio que he visto en mi vida.

—Mire, amigo... —el otro acercó su mano a mi hombro.

—Si esa mano toca mi hombro la perderás —le amenacé, mirándolo a los ojos, deteniéndolo en seco—. No vine a perder mi tiempo. Habla adentro y dile a la señorita Orlov que Níkolos está aquí afuera.

Ambos matones se miraron uno al otro antes de que el que amenacé sacara su teléfono.

—Aquí Vítor —dijo en ruso—. Hay un tal Níkolos preguntando por la jefa —En un momento sus ojos se abrieron de par en par al voltearme a ver—. ¿Níkolos Zima?!

—¿La Ruina?

Suspiré al escuchar aquel viejo apodo, y apunté a la puerta. —¿Me dejarán pasar o tendré que abrirme paso?

Siempre era gracioso ver hombres del tamaño de esos sujetos moverse tan rápido.

Entré y aspiré el aroma de algún platillo recién cocinado. Miré a los pocos comensales que tenía el lugar y todos me miraron al entrar.

—¿Niko? —preguntó un anciano, poniéndose de pie.

Sonreí. —¿Señor Danko? Me lleva el demonio, ¿sigues vivo?

—El demonio no tiene los huevos para venirme a buscar —dijo entre risas antes de abrazarme—. Mírate, eres idéntico a tu padre cuando tenía tu edad.

—¿Sigues llevando apuestas, vieja víbora?

—Dime si irás al hipódromo, Niko —dijo dándome un puñetazo juguetón en el hombro—. Me aseguraré de darte un ganador.

Reí y cuando giré vi un ángel rubio salir del cuarto de atrás. El vestido azul que traía parecía estar pintado sobre su cuerpo desde sus rodillas hasta cubrirle sus modestos pechos. El piso hacía eco con cada pisada de sus tacones, y su sonrisa en el pasado habría bastado para frenar el pensamiento de todo hombre.

—Hola, Verónica —le saludé.

—Danko no se equivocó —dijo con una mueca al estar cerca de mí—. Sí eres idéntico a tu padre.

Nos miramos a los ojos unos momentos rodeados de silencio y las miradas de todos los comensales sobre nosotros.

—Fuera de aquí, todos —ordenó Verónica.

En menos de diez segundos todos habían recogidos sus cosas y habían desalojado el restaurante. Ella se sentó en un banquillo junto a la barra, y recargó sus codos en ella mientras me miraba de arriba abajo.

—De verdad viniste.

—¿Qué era tan urgente? —dije— Si tiene que ver con mi padre prefiero hablarlo de frente con él.

—¿No te alegra verme?

Sonreí. —Siempre me alegrará verte, Verónica —dije—. Pero ésta no es una visita de placer.

Verónica suspiró, y su teléfono vibró un par de veces encima del

mostrador. Ella lo ignoró.

—¿No deberías contestar? —pregunté— Podría ser un cliente.

—Bien sabes que tu padre es mi único cliente —dijo, bajándose del banquillo. Dio un salto para subirse a la barra y alcanzar una botella—. ¿Todavía tomas vodka? —volteó a verme, y sonrió— O ya te acostumbraste a... ¿qué es lo que toman los billonarios hoy en día?

—Esto fue un error —dije, caminando hacia la salida.

—Tu padre se muere, Nícolas.

Me quedé de pie ante la puerta, y giré despacio. Verónica caminó hacia mí, con un vaso en su mano, y lo puso en la mía.

—¿Dónde está? —pregunté.

Verónica suspiró mientras servía dos vasos. —No está en la ciudad —dijo—. Tranquilo, no morirá hoy.

Bebí el contenido completo del vaso, y un ardor muy familiar brotó en mi garganta tras pasar el vodka.

—Quería hablar contigo antes de que hablaras con él —dijo, acercando su rostro al mío.

Su aliento olía fresco, a frutas, y un impulso muy familiar brotó en mi interior empujándome a saborearlos.

Di un paso hacia atrás.

—¿Cuándo regresará?

—El lunes.

Moví mi cabeza de lado a lado. —Solías ser más honesta y directa.

—Y si eso funcionara para obtener resultados en la vida real seguiría haciéndolo —dijo con una mueca—, pero en este mundo a ustedes los hombres no les gusta recibir órdenes de una mujer. Tuve que aprender a ser creativa.

Solté una risilla. —¿Conque muriendo?

—Nadie sabe todavía —dijo Verónica—. Sólo le quedan meses.

—Verónica, por favor —dije, poniendo mis manos en mis caderas—. Ese hombre ha sobrevivido incontables intentos de asesinato y ha evadido a la justicia por más de dos décadas, ¿esperas que crea que una puta enfermedad lo acabará?

Ella suspiró, tomó mi vaso vacío, y regresó a la barra a rellenarlo.

—Lo siento, Níkolás.

—¿Por qué me lo dices tú? —dije— ¿Te mandó a darme la mala noticia? ¿No tuvo las agallas para decírmelo en persona?

—Apenas se enteró la semana pasada —dijo—. Él quería arreglar las cosas contigo antes de decirte lo de su enfermedad.

—¿Y por qué me lo dices tú?

—Porque no quiero que tu estúpido orgullo evite que eso suceda —dijo, arqueando una ceja—. Por eso te lo estoy diciendo desde ahora, para que te apiades de un hombre que perdió a sus dos hijos cuando...

Su voz se quebró un poco, y suspiré antes de tomar mi vaso de su mano. — Cuando mataron a Christian —dije.

—Tú te fuiste, Níkolás —dijo Verónica—. Tú te fuiste pero nosotros nos quedamos a recoger las piezas. Y ahora somos más fuertes que nunca, en nombre de Christian.

—¿Creen que están honrándolo? —pregunté— Las extorsiones, la protección, las apuestas, las... —moví mi cabeza de lado a lado— Son criminales, Verónica. Christian era un criminal, y lo mataron por meterse con la persona equivocada.

—¿Y por eso no cobraste la venganza que nos correspondía? —dijo Verónica—. Mataron a tu hermano, a mi esposo. Eras La Ruina, debiste...

—No vine a discutir el pasado, Verónica —le interrumpí, dejando el vaso en la mesa más cercana a mí—. Hablaré con mi padre, y arreglaré las cosas con él, siempre y cuando no intente exigirme que regrese a estas actividades.

—¿Te crees mejor que nosotros sólo porque cambiaste las balas por las acciones de la bolsa? —preguntó Verónica con una sonrisa.

—Al menos no debo vivir cuidándome las espaldas —dije.

Verónica rio, y yo sonreí. —Te hemos extrañado, Niko.

Respiré profundo y le abracé. —Te ves bien, Verónica.

—Tú también, Niko —ella me tomó las manos y sonrió—. Realmente la amabas, ¿verdad?

—Tanto como Christian te amaba a ti.

Verónica rio y caminó hacia la barra. Se sirvió otro vaso de vodka y se quedó recargada, mirando hacia la puerta que daba hacia la cocina.

—Nunca te pedí disculpas —dijo.

—¿Por qué?

—Por... —ella rio—. Ya sabes, no esperarte.

Solté una carcajada mientras me acercaba y recargaba en la barra junto a ella.

—Fue hace siglos, Verónica —dije—. Además, Christian sí hizo lo que le pedí.

Ella volteó y me encontró sonriendo. —Le dije que te cuidara mientras duraba mi primer despliegue a Afganistán, y hasta donde sé hizo un excelente trabajo.

Verónica soltó una carcajada. —¿Estás diciéndome que jamás le reclamaste el haberme robado de tu lado?

—No he dicho tal cosa —dije entre risas—. Me envió una carta explicándome lo que había pasado, y lo primero que hice cuando regresé fue molerlo a golpes.

—¿De verdad?!

—Mi madre estaba furiosa conmigo —dije entre risas—, pero mi padre le dijo a Christian que se lo merecía por quitarle la chica a su hermano.

Giré a verla. —Pero podía ver que te amaba, Verónica —dije—, y hasta donde sé te hizo feliz el tiempo que estuvieron juntos.

—Sí, así fue —dijo.

Bebimos de nuestros vasos, y Verónica derramó un poco de vodka en el piso. —A tu salud, amor mío —dijo en ruso.

—¿Llevas mucho tiempo mirando a alguien? —pregunté, y ella volteó a verme— Escuché su voz cuando me contestaste.

—No es nadie serio —dijo, encogiéndose de hombros, luego terminó el contenido de su vaso y volteó a verme—. ¿Qué hay de ti? ¿Ha habido alguien más en tu vida luego de...?

Moví mi cabeza de lado a lado, y el rostro de Briseida se apoderó de mis pensamientos.

Mis entrañas se retorcieron, y moví mi cabeza de lado a lado.

—Nadie me amará como lo hizo ella —dije, recordando la mirada de Abigail en las mañanas cuando despertábamos juntos. —Y comienzo a pensar que no vale la pena siquiera intentar.

—Sé cómo te sientes —dijo Verónica.

Suspiré. —Dices que mi padre vuelve el lunes.

—Sí.

Suspiré, reprimiendo mi primer impulso de declinar su invitación y regresar a Ciudad del Sol lo más pronto posible. —Supongo que puedo quedarme en la ciudad unos días más —dije.

—Quédate a comer, entonces.

Respiré profundo. —Sólo si preparas ese *Stroganoff* del que Christian tanto hablaba.

Verónica rio. —¿Cómo decirte que no?

Capítulo 23.

Briseida

Miraba y miraba la puta pantalla de mi teléfono. Esperaba ver ese ícono en la parte superior de la pantalla que me indicaba la presencia de un correo de voz, o el sobrecito indicando la llegada de un mensaje de texto.

Pero nada.

Había intentado llamarme algunas veces hasta que entendió la indirecta que no hablaría con él. Pero esperaba recibir un mensaje de texto de su parte, o un correo electrónico.

Pero nada.

“*Vamos, Bris,*” pensé. “*No seas tonta...*”

Sin embargo, era lo que debía pasar. Níkolos era un hombre inteligente, él debía darse cuenta de cómo me sentía, él debería poder deducir que yo estaba en lo correcto de sentirme como me sentía, y que le correspondía a él arreglar las cosas si es que quería arreglarlas.

Pero nada.

—¿Señorita? —interrumpieron mi pensamiento.

Levanté la mirada y vi al barista atento a mí, y caí en cuenta que estaba deteniendo la línea de gente que esperaba ordenar su café matutino.

—¡Lo siento! —sonreí a la gente que me miraron como si quisieran darme un tirón de mis cabellos. Volví mi atención al muchacho que me atendía—. Un expreso doble, por favor.

Me dio el chupito tan rápido que quizá ya lo tenía listo. Tenía sentido, iba a esa cafetería seguido y siempre me atendía el mismo muchacho que parecía recién salido del colegio.

Tomé asiento junto a la ventana y miré la hora en mi teléfono. Tenía tiempo para disfrutar mi café antes de irme al trabajo.

“*Aunque ni ganas tengo de ir,*” pensé al sorber el hirviente café que me adormeció la lengua. Trabajar con Esteban revisando contratos y atendiendo asuntos legales de ProComm y algunos de Valtech resultó más divertido de lo que esperaba.

“*Pero no era lo mismo que trabajar con Níkolos,*” pensé.

Miré el ícono de la galería de fotos en mi teléfono, torcí mi boca, y gruñí mientras sacaba de mi bolso unos audífonos y los conectaba a mi móvil.

Dejé mi dedo encima de la pantalla, luchando la tentación de pulsar el ícono que desplegaría las fotos que tenía guardadas. Al tenerlas ordenadas por fecha vería primero las últimas que había guardado, que eran con Níkolos.

Justo cuando estaba por ceder a la tentación de ver esos ojos intensos y mueca creída, noté de reojo que alguien se había sentado al otro lado de la mesa de mí. Alcé la vista y vi a Lilian sentada, sonriéndome.

—¿Qué? —exclamé, dejando los audífonos en la mesa.

—Buenos días, Bris —saludó, inclinando su cabeza a un lado y ampliando su sonrisa. Joder, esa mirada que tenía me ponía de nervios y dejaba helada la piel.

“*¿Habrá tenido esa mirada la esposa de Níkolos?*” pensé. “*Eran gemelas, después de todo.*”

—Buenos días, Lilian —saludé frunciendo el ceño y mirando hacia todos lados—. ¿Qué haces aquí?

— Leí muy buenas reseñas de este pintoresco cafecito en la red —dijo como si nada—. Quise venir a probarlo.

—Y no tiene nada que ver con que yo viva a una cuadra de aquí.

Lilian abrió la boca, como si estuviera a punto de hablar, pero se detuvo mientras nos mirábamos a los ojos. —A ti no se te pasa nada, ¿verdad, Bris?

Negué con la cabeza mientras Lilian daba un sorbo a su café. Apretó sus labios y asintió mientras miraba su vasito viajero. —Debo reconocer que sí son bien merecidas esas reseñas.

Me encogí de hombros y guardé mi teléfono en mi bolso. —Nos vemos en el trabajo, Lilian.

—Ya que estoy aquí, deja que te lleve.

—Está bien —dije, negando rápido con la cabeza—. Ya no tarda en llegar mi taxi.

Lilian sacó de su bolso un sobre que deslizó sobre la mesa hacia mí al momento en que estaba por ponerme de pie.

—Insisto —dijo, arqueando una ceja.

Suspiré. —Lilian, no...

—Ábrelo, por favor.

Apreté mis labios y tomé despacio el sobre. Saqué un juego de hojas tamaño carta dobladas, las abrí y leí, y quedé boquiabierta.

—¿Qué significa esto? —pregunté, mirando a Lilian.

—Como puedes ver, es el resumen de un contrato de compra-venta del edificio departamental a escasos trescientos metros en aquella dirección —dijo, apuntando hacia mis espaldas—. A decir verdad pensaba que el dueño me lo vendería más caro. Fue una verdadera ganga.

Resoplé. —Ahí vivo —dije.

—Lo sé —dijo Lilian, suspirando—. Parece que seré tu nueva arrendadora, y como tal he heredado la deuda que tenías con el señor... Ay, ya ni recuerdo su nombre.

Mi pecho se contrajo y apenas y podía respirar. —Mira, lo que debo de alquiler...

—Perdonado —dijo Lilian sin pensarlo.

—¿Qué?

—Perdonado —dijo Lilian—. A partir de este momento ya no debes alquilar... Ni pasado, ni futuro, aunque no entendería por qué querrías quedarte en esa pocilga.

“*Mierda, va a querer algo a cambio,*” pensé al sacudirme el escalofrío que recorrió toda mi espina dorsal.

—Mira, Lilian —dije despacio, recargando mis codos en la mesa—. Agradezco el gesto, pero yo no soy... Digo... Eres muy hermosa, y estoy segura que...

Lilian soltó una carcajada. —Cariño, ¿piensas que hice esto para meterme en tus pantalones?

Quedé boquiabierta mientras asentía despacio.

Ella asintió y miró el sobre. —Ve las demás hojas.

Di la vuelta a la hoja y vi una imagen impresa de una fotografía tomada del hotel donde se hospedaba Níkolos, y yo estaba sentada encima de él, desnuda y con los ojos cerrados.

—El detalle del que son capaces las nuevas cámaras telescópicas es increíble, ¿no lo crees? —dijo Lilian— En la siguiente foto se aprecia bien el momento de tu clímax, y el de él.

Mi garganta se cerró. —Esto... yo...

—Tranquilízate —dijo Lilian—. Esto es una oportunidad para ti.

—¿De qué hablas?

—Seré franca, Bris —dijo Lilian, recargándose en su silla y pasando una mano entre su cabello—, Valtech es la compañía de mi familia. La fundó mi abuelo, la heredó mi padre, y luego mi hermana. Pero cuando ella murió dejó todas sus acciones a su marido.

—Níkolos me contó.

Lilian asintió. —Mi hermanito quizá no le importe que la compañía esté en manos de alguien que no se apellida Valisa, pero a mí sí —ella recargó sus codos en la mesa y me miró a los ojos—. Quiero lo que por ley natural me

corresponde.

Respiré profundo antes de deslizarle la hoja con la foto impresa. —¿Y esto de qué te sirve? —le pregunté—. ¿Acaso hay una cláusula en los estatutos de la compañía que le impidan tener relaciones?

—Podría decirse que sí —dijo Lilian con una mueca perversa—. No es causa de despido, excepto bajo una circunstancia muy particular.

Entrecerré los ojos, luego miré la foto en la mesa. —Acoso.

—Según los estatutos se necesita una acusación por parte de una empleada que acompañe las pruebas de la relación —dijo Lilian—. Tengo las fotos y sus registros de tarjeta de crédito corporativa. Sólo... me faltas... tú.

Negué con la cabeza. —Pero no ha habido abuso de su parte —dije—. Aun si quisiera no lo denunciaría. Cualquier policía decente encontraría pruebas que él no abusó de mí, y yo iría a la cárcel por levantar una denuncia falsa.

Lilian arqueó su ceja. —¿Cuándo hablé de policía y denuncias? —dijo Lilian— No se trata de una corte, Bris. Con esas fotos y tu acusación es todo lo que necesito. Ya tengo el apoyo necesario para recuperar mi compañía. Aun si investigaran sólo necesito la posibilidad de un escándalo para arrebatarme la compañía.

—Estás loca —le dije, girando en mi asiento a punto de levantarme e irme.

—¿A dónde crees que vas?

Resoplé. —¿Crees que vas a obligarme a hacer lo que quieres? —le dije — Me vale un carajo que seas mi nueva arrendadora. Puedo tomar mis cosas e irme a otro lado.

—Tu alquiler no es tu única deuda —dijo Lilian con calma, como si hubiera esperado esta reacción de mí—. Tus deudas estudiantiles son astronómicas para haber estudiado en una escuela nocturna, y tienes tres tarjetas de crédito casi al tope.

Lilian me miró de arriba abajo e inclinó su cabeza a un lado. —Y tienes

otras cosas que quieres hacer, ¿no es así? Comprar un coche, comprar una casa, quizá regresar a la universidad a estudiar una maestría, pasar el examen del colegio de abogados...

Respiré profundo tratando de contener mi impulso de arrojarle el salero a la cara y borrarle esa sonrisa creída.

—Bravo, hiciste tu tarea de mí —le dije—, pero el que sepas todo eso...

—Doscientos mil dólares —dijo Lilian, sacando su teléfono—. La mitad depositados en este momento, y lo demás cuando hayas hecho la denuncia.

Solté una risa incrédula. —¿Estás sobornándome?

—Sí —dijo Lilian, sonriendo—. ¿No es suficiente?

—Puedes meterte ese dinero por el...

—Trescientos cincuenta mil —dijo Lilian, ampliando su sonrisa—. Todos tenemos un precio, querida. Cuatrocientos.

“*Jodida madre,*” pensé al titubear un momento. Ella lo notó, y mostró una sonrisa a boca abierta.

—¿Crees que eres única, Bris?

Me levanté y eché mi bolso al hombro. —Púdrete.

—¿Crees que te ama? —dijo— Sí, eres la primer mujer con la que está desde que murió mi hermana, ¿pero piensas que estarán juntos para siempre?

Solté una risilla, y resistí el impulso de estrellarle mi bolso en su rostro.

—Cariño —Lilian se recargó en su silla y extendió su brazo sobre la mesa—, ¿cuánto tiempo crees que le tome aburrirse de ti? Es un hombre guapo, Bris, y fuerte —ella se estremeció y soltó una risilla—. Muy fuerte.

Lilian rio y mordió su labio inferior. —Joder —dijo—, luego de verlo en acción el día del tiroteo me lo he querido tirar con tantas ganas. Ha de ser un amante increíble para que tanto tú como mi hermana se la pasaran sonriendo luego de haber estado con él.

Ella rio. —Me dan algo de envidia, a decir verdad.

—Estás enferma, Lilian —me crucé de brazos.

—Puede tener a quien él quiera, Briseida —dijo—. ¿Hasta cuándo te querrá a ti? No seas tonta. Cuando se canse de ti él se buscará otro buen culo y seguirá como si nada, mientras que tú te quedarás con el corazón roto y la reputación por los suelos, porque serías sólo otra pobre tonta que follo con su jefe.

Mi mano se movió por su cuenta, y se estrelló contra la mejilla de Lilian, volteándole el rostro.

Lilian respiró profundo mientras regresaba su vista a mí. Su mirada me hacía pensar que sabía que sus palabras se atascaban en mis pensamientos como sanguijuelas. Debía reconocer que tenía razón, sobre todo luego de aquella discusión el día de la gala.

—Medio millón de dólares, Briseida —dijo Lilian, sacando su móvil de su bolsillo—. Miles de mujeres habrían dado lo que fuera por salir con semejante botín luego de una aventura con un hombre rico y poderoso que luego las dejó en la ruina.

Reí incrédula. —¿Y esperas que lo haga por ellas? —dije— ¿Que me lo joda en nombre de todas las mujeres?

—Que te lo jodas en *tu* nombre, Bris —dijo Lilian, dejando su teléfono en la mesa. Al voltear a verlo vi que tenía la pantalla desbloqueada y la aplicación de su banco abierta, sin duda lista para hacerme la transferencia de dinero.

Mordí el interior de mi labio inferior y crucé mis brazos mientras miraba la pantalla de su teléfono. “*Joder, medio millón de dólares,*” pensé.

Yo no era tonta. Sabía que ese dinero no me resolvería la vida, pero sí que me sacaría del hoyo financiero en el que estaba metida.

Níkolos había sido bueno conmigo, pero Lilian tenía razón. Tarde o temprano se aburriría de mí.

“*Quizá ya fue así*” pensé, recordando que no había sabido nada de él durante la semana. “*Quizá encontró a alguien más en Nueva York. Una modelo, otra ejecutiva...*”

Me estremecí. “*Quizá ya hasta tiene mi reemplazo.*”

—No tengo todo el día, Bris —dijo Lilian.

Suspiré, guardé silencio un momento, y cerré mis ojos. —Un millón.

—¿Disculpa?

Carajo, esas palabras casi me hacen vomitar. —Un millón de dólares — dije—. Por adelantado, y tienes un trato.

Lilian me miró a los ojos boquiabierto unos momentos antes de soltar una carcajada, lamerse los labios y morderse su labio inferior al mirarme de arriba abajo.

—Un millón —dijo, asintiendo—, ¿por qué no?

Me senté mientras ella deslizaba su dedo en la pantalla de su móvil. Volteó a verme y puso su teléfono en la mesa, donde puso su dedo encima del botón que autorizaría la transferencia.

Vi la pantalla y confirmé que, en efecto, estaba por transferirme un millón de dólares a mi cuenta de banco.

—Si voy a darte tanto dinero —dijo Lilian con una mueca maquiavélica— necesitareé que hagas algo más.

Capítulo 24.

Nikolas

—¿No estás exagerando estos números? —preguntó Esteban luego de ver el archivo que le había enviado a su correo electrónico.

Giré a verlo, y fue toda la respuesta que necesitó. Arqueó una ceja y sonrió.

—Demonios —dijo—. Necesitaría ingresar estos números al ordenador, pero de reojo estimo unos ahorros y ganancias de...

Miré mi teléfono. No podía dejar de hacerlo. Ya no le había enviado mensajes de texto ni dejado correos de voz, pero requería de todas mis fuerzas para no volverlo a intentar.

“*Carajo, hombre, contrólate,*” pensé, respirando profundo y ajustando las solapas de mi traje al ver que estábamos por llegar al piso donde tendríamos la junta.

—Creo que con esto podrás mantener a raya a esas pirañas de la mesa directiva —dijo Esteban—. Ni Lilian podrá...

Las puertas se abrieron, y ahí estaba Lilian hablando con Nicole y Harris, los que siempre la han apoyado desde que asumí el liderato de la compañía. Lilian volteó hacia mí y sonrió.

—A tiempo, como siempre —dijo Lilian recibiéndonos al salir del elevador.

—Buenos días, Lilian —le miré de reojo de arriba abajo.

—Buenos días, Níkolos —dijo con una sonrisa más alegre de lo normal.

Arqueé una ceja. “*Trama algo,*” pensé.

—Adelántate, Esteban —él se detuvo un momento y nos miró a mí y a Lilian antes de hacerme caso.

—¿Todo bien? —preguntó Lilian.

—¿Qué planeas?

Ella inclinó su cabeza hacia un lado. —¿De qué...?

—No me engañas —le dije.

Lilian miró hacia el fondo del pasillo, donde estaba abierta la puerta de la sala de juntas ejecutiva. Sonrió, volteó a verme, y pasó su mano encima de mi pecho un instante antes de que la detuviera tomándosela con la mía.

—Con un carajo, Lilian —le dije, quitando su mano de mi pecho.

—¿Qué irritable! —me susurró con una sonrisa— Sólo trato de...

—No sé qué diablos tratas de hacer —le dije.

—Ya lo verás —dijo al guiñarme el ojo.

Caminé rápido hasta la sala. —Buenos días —les saludé al acercarme a la cabeza de la mesa.

Esteban esperaba de pie en el lugar a la derecha, y al verlo mostraba una sorpresa que no tenía unos segundos antes. Inclinó su cabeza hacia mi espalda, y giré cuando llegué a mi asiento.

Ahí estaba Briseida, vestida de traje ejecutivo azul marino, sentada junto a la entrada de la sala de juntas con sus manos encima de sus piernas juntas.

Entrecerré mis ojos, giré hacia Esteban, y comprendí la sorpresa en su rostro.

—¿Qué hace Bris aquí? —le susurré a Esteban.

—No sé —dijo.

Escuché las puertas cerrarse, y todos en la sala guardamos silencio. Sólo escuchamos los tacones de Lilian mientras se dirigía al extremo opuesto de la mesa.

Noté la mueca confiada en su rostro, luego miré de reojo a una Bris cabizbaja.

“*Lilian,*” pensé. “*¿Qué carajos está pasando?*”

—Damas y caballeros —llamó Esteban, nervioso—. Gracias por asistir. Damos por iniciada esta reunión de la mesa directiva de Valtech Innovation.

—Tomen asiento, por favor —dije sin quitar la mirada de Briseida, que se veía pálida y se sobaba las manos.

—Antes de iniciar quisiera presentar una moción ante la mesa —dijo Lilian. Suspiré e hice un gesto con mi mano abierta de cederle la palabra—. Propongo retirar a Níkolos Reiter su posición de Presidente de Valtech Innovation, y hacer efectiva la cláusula de venta de acciones en su contrato.

—Directo a la yugular —susurró uno de los directivos a otro a mi lado derecho, que guardó silencio en cuanto le giré a ver.

Esteban me miró y yo sólo asentí.

—No recibí una educación en Harvard como tú, Lilian —dije—, pero hasta yo sé que necesitas causa para proponer esa moción.

Miré a Briseida y todo se volvió tan claro como el agua. “*Mierda,*” pensé.

Lilian apuntó hacia la pantalla detrás de ella, donde presentó varias fotos en secuencia de Briseida y yo en mi cama vistos a través de la ventana del hotel donde me hospedaba en Ciudad del Sol.

—Todos estamos conscientes de la cláusula de moralidad en nuestros contratos laborales —explicó Lilian—. En específico, la parte que prohíbe obligar cualquier tipo de relación íntima con un empleado, o empleada, de Valtech.

—¿Y ella quién es? —preguntó una directiva.

—Mi asistente —contesté sin dudar. Todos voltearon a verme, y apunté con mi mano abierta hacia Briseida.

—Tan cliché, querido Níkolos —dijo Lilian.

—Un momento —dijo Esteban, apuntando a la pantalla—. ¿Es esto una broma, Lilian? Esa foto sólo prueba que Níkolos y su asistente tuvieron relaciones. Para que la cláusula sea efectiva necesita...

—Haber una denuncia por acoso —dijo un directivo que luego volteó hacia Briseida—. Jovencita, ¿puedes confirmar que eres tú la de la foto?

Los miembros de la mesa miraron a Briseida, pero Lilian y yo nos vimos a los ojos. Ella sonreía triunfante. No necesitaba poderle leer la mente para saber que creía que me tenía derrotado.

—Sí —contestó Briseida sin levantar la mirada.

—¿Y has presentado una queja de abuso de autoridad por parte de...?

Lilian arrojó un papel sobre la mesa.

—Déjala en paz —dijo Lilian—. ¿No ven lo difícil que es para ella estar en la misma habitación que su agresor? Aquí está una copia de su queja ante recursos humanos.

Esteban caminó hacia Lilian y tomó el papel que arrojó, lo leyó, y apretó su mandíbula mientras regresaba a mi lado.

No necesitaba leer el documento que dejó a mi lado. Lilian no tenía por qué mentir. El semblante de Briseida ahí sentada era más que suficiente prueba de validez de ese documento.

Lo que quería hacer es tomar la silla en la que estaba sentado y arrojarla contra la pared. Quería darle un puñetazo a la mesa con todas mis fuerzas. Quería gritarle a Lilian todos los insultos que se me podían ocurrir en ese momento.

Estampé mi mano en la mesa, chasqué mis labios, y me puse de pie.

—¿Tienes algo que decir, Níkolos? —preguntó Lilian.

Respiré profundo mientras ajustaba las mangas de mi chaqueta y miraba a los ojos a cada uno de los directivos de la compañía.

—Te recuerdo, Níkolos, que está en tu derecho solicitar... —dijo uno de los directivos.

—Un comité que investigue y presente una recomendación, lo sé —dije, guardando tanta compostura como podía.

Algo en mi cabeza se trozó en mil pedazos. Mientras que mis entrañas ardían del coraje mi cabeza se enfrió en un instante y me adormecí. No podía pensar más, no podía sentir más.

—No haré eso —dije.

—¿Qué? —exclamó Esteban— Níkolás, tú...

Puse mi mano en el hombro de mi amigo y lo miré a los ojos. Respiré profundo y sonreí.

“*Es suficiente,*” pensé, como si pudiera leer mi mente.

—Damas, caballeros —miré a mi oponente, que sonreía con el triunfo en sus manos—, Lilian.

Giré por un segundo hacia Briseida, y en cuanto nuestras miradas se cruzaron ella se puso de pie y salió de la sala de juntas tan rápido como sus pies le permitieron.

—Yo no quería este trabajo —dije, tomando con mi pulgar y dedo medio derecho mi anillo de matrimonio en mi mano izquierda—. Abigail me dejó las acciones y por la forma en que está organizada la compañía se me entregó la presidencia —moví mi cabeza de lado a lado—. Pero yo no la quería.

Miré de lado a lado a los rostros de cada uno de los miembros de la mesa.

—Seamos francos, ustedes tampoco me querían, y siguen sin quererme aquí. A pesar del crecimiento de los precios de nuestras acciones, las expansiones a nuevas tecnologías, y las mayores ganancias que la compañía ha registrado en los últimos años, ustedes siguen sin quererme aquí.

Saqué mi anillo de matrimonio del dedo y lo miré un instante antes de sonreír. —No mancharé la reputación de esta compañía con un escándalo. Les guste o no, amo la compañía que ella —alcé mi anillo frente a mi rostro— amaba por encima de todas las cosas, y jamás haré algo que la perjudique.

Reí un poco mientras me volví a poner el anillo. —Pero ustedes no me

quieren aquí.

—Por Dios, Níkolos, —dijo Lilian— cuánto melodrama para...

—Lilian, tú ganas —dije, luego miré a Esteban—. Somete la moción a votación.

Me senté y miré a Lilian mientras Esteban pedía los votos de uno por uno de los directivos.

Por unos momentos olvidé dónde estaba y volví a ver la sonrisa triunfante de Abigail luego de lograr algún cometido que le había costado tanto trabajo. Fue un instante largo, pacífico, antes de recordar que esa sonrisa ahora le pertenecía a la mujer más detestable que había conocido.

Y ya había tenido suficiente de todo eso.

—Se pasa la moción —dijo Esteban anonadado.

Me puse de pie, me apoyé en la mesa y miré los rostros de los directivos antes de ver a Lilian.

—Ha sido un honor y un privilegio presidir sobre esta compañía —dije—. La dejo en sus manos capaces.

—Te haremos saber cuándo venir a firmar la venta de tus acciones —dijo Lilian con tono de voz triunfante.

Asentí. —Felicidades, Lilian —le dije—. Al fin, ganaste. Disfrútalo.

Salí de la sala de juntas envuelto en una calma que ocultaba la tempestad dentro de mi cabeza. Metí una mano dentro del bolsillo de mi americana y cerré mi puño tan fuerte como pude.

Presioné el botón del elevador, y vi en el reflejo de la puerta pulida a Briseida acercarse a mí por detrás.

—¿Níkolos? —llamó con voz temblorosa.

Respiré profundo y miré los números encima de la puerta. “*Mierda, aún no viene.*”

—Lo siento.

—Sí —dije, asintiendo—. No dudo que lo sientas.

—Yo...

No escuché sus palabras. Cada una se sentía como un puñetazo en mi pecho. Al principio sólo fueron golpecitos, pero cada sílaba que salió de sus labios impactaba con creciente potencia mi interior.

Recordé la forma en que me miraba, la forma en que reía al estar conmigo, y mi garganta se cerró. Todos los músculos de mi rostro se tensaron al mismo tiempo, volviendo imposible que impidiera la salida de un par de lágrimas de mis ojos.

—Cállate —susurré, ahora sus palabras eran impactos de marro directo en mi pecho.

—Níkolás, por favor —dijo, sollozando.

Giré de pronto y le miré a los ojos, haciéndola retroceder. —No escucharé nada de lo que dices, porque nada de lo que digas podría justificar lo que me acabas de hacer —meforcé a respirar profundo al verle el rostro lleno de lágrimas—. Nada de lo que yo hice estas últimas semanas justifica que me hayas...

—Níkolás yo...

La campana del elevador sonó, y en cuanto escuché las puertas abrirse giré y entré rápido.

Giré y levanté mi mano, impidiendo que Briseida subiera conmigo.

—No quiero volverte a ver —le dije, esforzándome por no gritárselo—. No quiero saber más de ti. Cuando cierren estas puertas ya no existirás para mí.

—Por favor, perdóname.

Resoplé y reí. —¿Perdonarte? —le dije al dar paso hacia atrás, y le miré a los ojos mientras las puertas del elevador se cerraban— Estás muerta para mí.

Capítulo 25.

Briseida

Era raro. Todo me dolía, y al mismo tiempo nada lo hacía. Caminaba como si el aire se hubiera vuelto más denso, y atravesarlo ahora costaba más trabajo que antes.

Me costaba tanto trabajo caminar, y muchísimo más trabajo fingir que todo estaba bien luego de salir del coche de Tito y subir las escaleras de mi edificio.

—¡De prisa, Bris! —me apuró Adela al llegar a la puerta de mi departamento.

—Sí —le dije con una sonrisa—. Ya voy.

—¿Qué tienes? —preguntó mientras sacaba de mi bolso mis llaves—
Estás rara desde que te recogimos en el aeropuerto.

—Sí —dijo Tito—. Ya venía preparado mentalmente para que me platicaras todas las experiencias que viviste en Nueva York.

“*Nueva York*,” pensé, y el recuerdo del rostro de Níkolos al cerrarse las puertas del elevador arremetió contra mi pensamiento como un ariete de una tonelada.

—Nada —les dije al abrir la puerta y pasar rápido.

Arrojé mi abrigo al sillón y caminé tan rápido como pude a la ventana al otro lado de mi departamento. Necesitaba aire, necesitaba respirar profundo.

No sé por qué percibí el aroma de la loción de Níkolos atrapado en mi departamento, como un puto fantasma esperando a torturarme. “*Bien merecido lo tengo.*”

Di un brinquito al escuchar la caída de un objeto pesado detrás de mí.

Giré y Tito levantaba mi maleta del piso.

—Lo siento —dijo, paralizado—. No traías nada frágil, ¿verdad?

Sonreí. —No, no te preocupes —sobé mi frente y respiré profundo—. ¿Podrías ponerla en mi habitación, por favor?

Recordé la risa de Lilian cuando entré a la sala de juntas mientras se jactaba con su hermano de haber, por fin, recuperado la compañía que le pertenecía. Cerré mis ojos y vi su expresión de satisfacción tan clara como el agua.

“*¡Bris!*” exclamó al verme

Abrí los ojos, y vi a Adela junto a mí.

—¿Estás bien?

Sonreí. —Sólo estoy cansada —dije—. Me mareé muchísimo en el avión.

—¿Segura? —preguntó, rodeándome los hombros con su brazo.

Suspiré y asentí. “*Joder, no merezco que se preocupen tanto por mí.*”

Levanté la vista y vi a Tito en mi cocina abriendo y cerrando los gabinetes de mi alacena. Sacó un vaso, lo dejó en mi mesa de comedor, y noté que se dirigió a mi refrigerador.

—¡No lo abras! —le gritamos juntas Adela y yo.

Él dio un brinco y nos miró como si estuviéramos locas.

—Te amo, chaparrito —le dijo Adela con tono tierno—, y no quiero que te mueras.

—¿De qué...?

—Créeme —le dije, caminando hacia mi refrigerador y tocando la puerta con mi mano abierta—, necesita una lavada, una exorcizada, una limpia, y de todos modos necesitaría... —mi garganta se cerró un poco, y mis ojos se humedecieron en un instante— Necesitaría ser... disparado al sol.

“*Disparado al sol,*” repetí en mi cabeza, las mismas palabras que Níkolás había usado cuando despertó en mi departamento por primera vez.

Traté de contenerme. Apreté cada músculo de mi rostro tanto como pude con tal de evitar que salieran, pero un torrente de lágrimas escapó de mis ojos, mi boca temblaba sin control, y todo el aire en mis pulmones decidió salir al mismo tiempo que se cerraba mi garganta en múltiples sollozos.

Cerré mis ojos con todas mis fuerzas, pero aquello empeoró las cosas. Recordé la mirada de Esteban al decirle a su propia hermana que era una perra desalmada, y no pude evitar interpretar que me dijo lo mismo cuando pasó a mi lado y miró a mis ojos.

“Una perra desalmada.”

No pude hacer nada para controlar mi estúpida cabeza, que había decidido mostrarme a Níkolás riendo en mi habitación después de estar hablando una hora luego de hacer el amor como animales salvajes.

“Hacer el amor,” pensé. Era la primera vez que le llamaba “hacer el amor” a tener sexo con alguien.

—¡Bris! —gritó Adela, tomándome de los hombros. Abrí los ojos y alcancé a verla frente a mí, asustadísima, y yo a punto de tener un ataque de pánico— ¡¿Qué tienes?!

—Soy una tonta, Adela.

—¿Una tonta? Bris...

—¡Una tonta! —le grité antes de abrazarla con todas mis fuerzas— ¡Una jodida tonta!

Mi corazón parecía a punto de subir por mi garganta y salirse por mi boca. Apenas podía respirar de tanto que sollozaba y jadeaba. Fue un milagro que no me hubiera deshidratado de tanta lágrima que derrame o desmayado de lo difícil que me fue respirar.

En algún momento mis piernas perdieron sus fuerzas, pero mi amiga me sostuvo fuerte. Jamás me imaginé que alguien de su tamaño pudiera abrazar con tantas fuerzas, o quizá era la primera vez que alguien me abrazaba así.

Caray, era la primera vez que me tiraba al suelo a llorar por un tipo.

Haya sido como haya sido, funcionó. De a poco logré calmarme, y cuando Adela me soltó me recargué contra la alacena debajo del fregadero de la cocina, y ella se sentó a mi lado.

—Ay, Adela —dije, estirando mi mano hacia la encimera en busca de cualquier pedazo de papel con qué limpiarme la cara—, cometí una reverenda idiotez.

La vi sonriendo, mirándome atenta. Ella volteó rápido hacia Tito, que estaba de brazos cruzados con una expresión desconcertada en su rostro.

—Mi amor, ¿podrías darnos algo de espacio?

Él asintió. —Claro, flaca —sacó sus llaves del bolsillo de su pantalón—. ¿Necesitas que te espere?

Adela negó con la cabeza. —Yo te hablo cuando terminemos de hablar —dijo—. Quizá me quede a dormir.

Tito asintió, se hincó ante ella y le dio un rápido beso en los labios. Luego me miró y sólo nos despedimos de lejos con las manos.

Cuando escuché la puerta de mi departamento abrirse y cerrarse Adela volteó a verme y me tomó una mano.

—¿Qué sucede, Bris? —preguntó— Nunca te había visto... así.

Resoplé. —Cometí... —reí y negué con la cabeza— No sé si haya nombre para la cagada tan grande que hice.

Adela no dijo nada. Sólo se quedó mirándome, mostrando la misma paciencia que mostré con ella tantas veces cuando me hablaba de sus desastres emocionales antes de haberse liado con Tito.

—Níkolás y yo terminamos —ella respiró profundo cuando dije eso—, o bueno, pensé que habíamos terminado. No quedó muy claro lo que había pasado entre nosotros pero lo que hice sí que terminó por matar lo que teníamos.

—¿Qué hiciste?

Sacudí mi cabeza. —Lilian vino a mí y me ofreció un millón de dólares

por acusar a Níkolás de acoso sexual.

—¿Qué? —la expresión atenta de Adela desapareció—. Y lo aceptaste.

—¡Habíamos terminado! Bueno, pensé que...

—¿Te acoso? —preguntó— ¿Te hizo daño?

—¡No! —dije, y otra vez mi garganta se cerró y mis ojos se humedecieron otra vez— Jamás, él era... Es perfecto.

—Entonces mentiste.

—No es como si le hubiera mentido a la policía —dije, sacudiendo mi cabeza, mirando el piso de mi cocina—. Sólo era firmar un papel y decir frente a la mesa directiva de Valtech que...

—A eso fuiste a Nueva York —dijo Adela.

Carajo, la decepción en su voz me dolió como una puñalada directo al corazón.

—Lo perdió todo, Adela —le dije— Todo.

Adela apretó sus labios y movió su cabeza de lado a lado. —Sí, creo que eso bastaría para dar por terminada la relación.

Mis emociones me emboscaron subiendo por mi garganta en cuestión de un momento. Sollocé con fuerza mientras cubría mi boca con una mano y me abrazaba el estómago con la otra.

—O sea —dije entre sollozos—, no era la primera vez que me jodía a un tipo, pero aquel imbécil se lo merecía.

—Níkolás no se merecía que le hicieras eso, Bris —dijo Adela.

—Lo sé —dije con labios temblorosos—. Él fue bueno conmigo —solté una risilla—. Me abría la puerta, carajo —apunté hacia mi refrigerador venenoso— ¡Abrió esa cosa y aun así siguió conmigo!

—¿Cómo rayos sobrevivió? —preguntó Adela.

Sacudí mi cabeza riendo. —Ni idea, si el tipo aguanta un tiro se viene pasando esa pestilencia por los huevos.

Adela se soltó riendo. —Al menos ya puedes comprar un refrigerador nuevo.

Resoplé y miré hacia arriba. —Consuelo de tontos, amiga —dije, moviendo la cabeza de lado a lado.

—El dinero no compra la felicidad —dijo Adela, acariciándome el brazo—. Prueba de ello es que ya puedes liquidar todas tus deudas, y en lugar de estar dando brincos de alegría y poniéndote borracha con tu mejor amiga estás llorando.

Sonreí y me levanté, dando un par de pasos hacia mi sala. —Por eso me regresé —dije, apuntando a mi maleta—. Iba con la idea de quizá quedarme una semana o dos.

—Sí, me imagino —dijo Adela, alcanzándome y parándose junto a mí.

Nos quedamos calladas unos momentos. Ella sostuvo mi mano mientras yo cerraba mis ojos y trataba de pensar en cosas que no me harían deshacerme en lágrimas de nuevo.

—¿Un millón de dólares? —preguntó Adela, asombrada.

—Un millón, amiga —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. Caray, regresaría cada centavo si con eso pudiera regresar en el tiempo y meterle su propuesta a Lilian por el culo.

Adela rio. —Quizá aun puedas —dijo—. ¿No puedes retractarte o algo así?

Me encogí de hombros. —Claro que puedo, pero él ya perdió su posición en la mesa directiva de Valtech —resoplé y gruñí—. Además, no creo que él quiera mi ayuda.

—¿Tú cómo sabes?

—Me dijo que estaba muerta para él —mi corazón se aceleró y un dolor extraño me sacó el aliento de mis pulmones—. Vieras lo feo que se sintió escuchar eso de él.

—Ay, Bris —dijo Adela—. Yo me moriría si Tito me dijera algo así.

Sonreí y giré a verla. —Tienes una suerte de haber encontrado a un tipo como él, sabes.

—Lo sé.

—Aunque sea un hobbit —dije entre risas, y Adela rio junto conmigo—. Es buena bestia.

—Y Níkolos también —dijo Adela.

—Sí —dije, sacudiendo mi cabeza—. Y de todos modos lo arruiné, como toda relación en mi vida.

—Aún me tienes a mí —dijo Adela, y reí al abrazarla.

—Sí —dije—. No sé por qué, pero agradezco eso.

—Todo estará bien, amiga.

Suspiré. —No, pero ya qué importa.

Capítulo 26.

Nikolas

“*Debería apagar mi teléfono,*” pensé al ver la pantalla encenderse con otra llamada de Esteban.

Me levanté, lo tomé y, desde la sala, arrojé el teléfono hasta mi cuarto. Ni siquiera me molesté en escuchar si había caído en la cama o estrellado con el piso o muro.

Tomé la botella de whisky de la mesita frente a mí y me recargué en el sofá mientras veía Central Park al atardecer.

Giré hacia una foto de Abby y sonreí. —Compramos este apartamento aquí para poder ver el parque al atardecer, y nunca lo hicimos —regresé mi atención a la vista que tenía delante y suspiré—. Tenías razón, sí es todo un espectáculo.

Tomé un largo trago de la botella y miré la mesita frente a mí, buscando por instinto mi arma. Resoplé al no verla y gruñí.

—Maldita sea —dije.

El silencio de la habitación fue ensuciado por el horrendo vibrar de mi teléfono, audible desde la habitación.

Me levanté y caminé hasta la habitación con pasos lentos, consciente que con mi considerable estado de ebriedad ninguna superficie era estable. Llegué al marco de la puerta de mi habitación, y al mirar el teléfono vi que ahora Verónica me llamaba.

“*Uno pensaría que dejar de presidir una compañía billonaria implicaría menos llamadas recibidas,*” pensé mientras miraba el móvil vibrar hasta que dejó de hacerlo.

“Es la séptima... No, la octava llamada de Verónica,” pensé, golpeando mi cabeza contra el marco al mirar hacia arriba. *“No tengo ni tiempo ni energía para lidiar con...”*

Escuché golpes violentos contra mi puerta. Mi estado de ebriedad desapareció en ese instante y corrí tan rápido como pude a mi cocina por un cuchillo. Sabía que, a menos que trajeran un ariete, no podrían derribar mi puerta tan rápido.

—No sé quién sea—dije con una sonrisa al pararme en el pasillo que daba hasta mi puerta—. Pero escogieron el peor lugar para meterse a la fuerza.

Dos hombres enormes embistieron y derribaron mi puerta. Apreté el puño de mi cuchillo y caminé hacia ellos decidido a defender el hogar de Abigail y mío.

—¡Señor Níkolás, espere! —gritó uno de los hombres, levantando su mano cuando cayó en cuenta que estaba por embestirlos a ambos.

Ambos hombres se levantaron y me mostraron sus manos vacías en señal de rendición.

—No sé quiénes son, caballeros —les dije, apuntándoles con el cuchillo —, pero...

Escuché una carcajada rasposa venir desde el pasillo. Mi piel se erizó al escucharla y mi garganta se cerró un poco al reconocerla.

—Podrán pasar siglos, pero tu reputación entre nuestra gente siempre te precederá, muchacho —dijo el viejo con un acento europeo marcado asomándose por la puerta de mi hogar—. Ahora baja ese cuchillo antes de que estos gorilas orinen sus pantalones.

Resoplé y bajé el cuchillo al verlo. —Pudiste tocar, padre —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado.

—¿Verónica no te llamó para avisarte que venía en camino? —preguntó, siguiéndome hasta la cocina.

Reí un poco al meter el cuchillo a su cajón. —No he estado tomando llamadas estos últimos días.

—Eso escuché —dijo al quitarse los guantes de piel que, desde que recuerdo, siempre traía puestos.

Cielos, se veía delgadísimo. El último recuerdo que tenía de mi padre era de un hombre robusto con cabello gris y rostro afeitado todos los días. Pero el espectro que estaba ante mí apenas y era la mitad del hombre que había visto por última vez tantos años atrás.

—Andrej, Vasya —llamó mi padre, y ambos guardaespaldas entraron a mi cocina—, Sirvan de algo y reparen la puerta de mi hijo.

—Pero señor, no sabemos...

Mi padre volteó a verlos y hasta ahí terminó su protesta.

“Obviamente su físico frágil no le impide intimidar a sus hombres,” pensé con una sonrisa.

—Hablen con el recepcionista del edificio —les dije—. Él se comunicará con el intendente.

Ambos salieron rápido de la cocina y de mi departamento.

Mi padre y yo nos miramos a los ojos hasta que él sonrió, se quitó su abrigo, y lo dejó en el respaldo de una silla.

—Te ves bien, Niko —dijo, caminando hacia mi sala—. ¿Tienes algo más que tomar además de esta porquería? —dijo al levantar la botella a la mitad de mi whisky.

—¿Qué haces aquí, padre? —le pregunté al arrebatarle la botella de su mano.

Él suspiró. —Se suponía que nos veríamos para comer el lunes —dijo—. Verónica me dijo que había hecho arreglos contigo para ello.

—Y así fue —dije.

—¿Y por qué no fuiste?

—¿Por qué no...? —me quedé estupefacto, cerré mis ojos y suspiré—. ¿Qué día es hoy?

Mi padre soltó una carcajada y tomó la botella de mis manos. —Caray, muchacho, es miércoles.

Moví mi cabeza de lado a lado. —He tenido algunos días difíciles.

—Lo sé —dijo, mirando las fotos en una mesita pegada a la pared—. Leí que perdiste tu compañía.

—No era mi compañía —dije—, era de...

Él tomó una foto de Abby y la levantó, mostrándomela.

—Encantadora —dijo al verla de cerca—. Su mirada tiene una ferocidad como la de tu madre. Estoy seguro que me habría agradado si la hubiera conocido.

—Probablemente —dije con una sonrisa.

Mi padre dejó la foto en la mesita y miró por la ventana hacia el atardecer. —Verónica ya te ha de haber dicho, ¿no es así?

—Lo hizo —dije. No tenía caso mentirle—. ¿Cáncer?

Se soltó riendo y volteó. —Ni siquiera puedo pronunciarlo —dijo—. Y no tiene caso hablar de ello. Sólo necesitas saber que esta siguiente navidad será mi última en esta tierra.

—Cielos, padre —dije, poniendo mis manos en mis caderas—. Déjame llevarte a...

Su mirada fue suficiente para callarme. Era increíble que con sólo una mirada me volviera a convertir en un niño pequeño demasiado temeroso de desobedecerle.

—He aceptado mi suerte, Niko —dijo—. No vine a que me salvaras, vine porque no quiero que me odies cuando me vaya a la tumba.

—Padre, no te odio —dije entre risas—. Jamás lo hice.

—¡Por supuesto que me odias! —dijo— ¿Por qué otra razón renunciaste a mi apellido y usas el de tu madre?

—Renuncié a la violencia sin sentido de nuestra vida —le dije—, de *tú*

vida..

—¿Volviendo a la guerra? ¿Qué diferencia hay entre la violencia por los yanquis que por tu propia gente? Aquí al menos podrías haberla dirigido a quienes mataron a tu hermano.

—Entonces habría tenido que matarte a ti —dijo—. Carajo, padre, este estúpido negocio en el que crecimos fue la causa de la muerte de Christian.

—Ese negocio es lo que ponía comida en la mesa.

—Había mejores formas.

—¡No para mí! —dijo—. No hui de Rusia para ver a mi familia morir de hambre. Hice lo que tenía que hacer para que tú y tu hermano y tu madre pudieran vivir bien.

—Hay una diferencia entre vivir bien, y vivir como rey.

—¿Tú me vas a dar lecciones de humildad? —preguntó, mirando a su alrededor— ¿Cuál es la diferencia? ¿Que acaso cuando llevabas tu compañía no dejabas a gente sin trabajo? ¿Nunca pensaste en las familias que destruirías en el nombre de los negocios?

—Nunca maté a nadie en el nombre de los negocios.

—No siempre puedes separar una cosa de la otra —dijo—. Pero todo lo que hice, lo hice en el nombre de mi familia, de ti, de Christian, de tu madre, de mi gente. No me disculparé jamás por eso.

—¿Y cómo te ha resultado eso? —tomé la botella de la mesita— ¿De qué te sirvió eso cuando mataron a Christian?

Él asintió. —Lo de Christian fue...

—Fue una tontería —dijo luego de dar un largo trago a mi botella—. Si no le hubieras pedido que matara a...

—Lo sé —dijo mi padre—. No habrían tomado represalias, y yo tendría a mis dos hijos frente a mí. No creas que no estoy consciente de mis errores.

—¿Entonces?

—Vine a disculparme contigo por ellos —dijo—. Tienes razón, tú mismo me dijiste que era un error hacerlo, pero insistí, e insistí que fueras tú quien lo hiciera. La muerte de Christian es mi culpa.

Él sollozó un poco, sacudió su cabeza, y miró al techo. —Yo mismo provoqué que tú, mi hijo mayor, mi gran orgullo, mi muchacho, regresaras al ejército, y jamás regresaras —se acercó a mí, y cuando intentó tomarme la mano le permití hacerlo—. Odio que haya necesitado del cáncer para verlo, Niko. Perdóname.

Mis labios temblaban, y perdí fuerza de mi agarre del cuello de la botella y esta cayó de mi mano.

—Cielos, padre —dije, abrazándolo.

Jamás le había escuchado sollozar. Nunca en mi infancia le había visto siquiera bajar la cabeza en señal de tristeza por nada. Ni siquiera cuando mi madre había fallecido. Aquella era la primera vez que el hombre más duro que conocía se deshacía en lágrimas.

—Tengo tantos arrepentimientos, Niko —dijo, al fin dando un paso hacia atrás—. Me llevaré muchos a la tumba, pero esto —apuntó hacia su pecho y luego hacia el mío—, sin este arrepentimiento, puedo irme en paz.

—Te guste o no voy a conseguirte el mejor cuidado médico —le dije.

—Ya te dije que he aceptado...

—Lo sé, te escuché —dijo—. Pero al menos permíteme ayudar a que tus últimos días no sean tan dolorosos.

—El dolor es bueno, Niko —dijo, agitando el dedo en mi rostro—. Te enseña que estás vivo, y te enseña lo que de verdad importa.

Mi padre volteó e inclinó su cabeza hacia la foto de Abby en la mesita ante mi sillón. —Su muerte te dolió, ¿no fue así?

Respiré profundo. —Morí el día que ella murió.

Él rio. —No fue así —dijo—. Si así fuera, yo habría muerto el día que tu madre murió. Se siente así, por mucho tiempo, y quizá jamás se vaya, pero

luego puede llegar alguien más y de pronto —tocó mi pecho con su dedo índice—, aquí vuelve una chispa que jamás pensaste que volvería.

Sonreí un poco, y mi padre lo notó.

—Veo que ya hubo alguien así —dijo con una sonrisa pícara.

—La hubo, sí —dije, recordando la sonrisa de Briseida al entrar a mi oficina.

Mi padre tomó la botella del suelo, limpió la boquilla, y le dio un pequeño trago. —¿Hubo? —preguntó.

Sacudí mi cabeza. —Una conversación para otro momento, padre.

Él me miró con ojos entrecerrados, como si fuera capaz de leer mis pensamientos y deducir lo que había sucedido.

—¿Me permites otro consejo? No de padre a hijo, sino de... un viudo a otro.

Arqué una ceja y crucé mis brazos sin quitarle la mirada de encima.

—El matrimonio es “*hasta que la muerte nos separe*” —dijo, luego me entregó la botella en mis manos—. El que te permitas amar a alguien más no quiere decir que estés faltando a esa promesa, ni que la dejes de amar.

—¿Y si esta nueva persona me hirió? —pregunté.

Mi padre sonrió. —Si te hirió, es porque le diste el poder de hacerlo, y si le diste ese poder... —se encogió de hombros— No temas amar otra vez, Niko.

Miré la botella vacía y reí. —Necesitaremos más de esto si vamos a hablar de ello.

—Yo me encargo de eso —dijo mi padre, sacando un teléfono móvil viejo de su pantalón—. Si voy a ponerme ebrio con mi hijo, no será con esa porquería de niño rico que estabas bebiendo.

—A mí me gusta esta porquería —dije con una sonrisa mirando la botella.

—¡Adrej! —gritó al teléfono— ¡Vodka! ¡Ahora!

Cuando colgó me miró y asintió. —Tu esposa murió hace años, ¿no?

—Sí.

—¿Y acaso amabas tanto la compañía que te emborrachas hasta olvidar el día en que vives por haberla perdido?

Solté una carcajada antes de dejar en la mesa la botella que tenía en mi mano. —De hecho lo odiaba —dije.

—Entonces esto es por esa persona que te hirió —dijo mi padre con una mueca.

Yo asentí. —Sí —dije, cayendo en cuenta que era la primera vez que reconocía el motivo de mi embriaguez.

Mi padre apretó sus labios y puso su mano encima de mi hombro. —Tómalo de alguien que se llevará cientos de rencores al otro mundo —dijo—. Si puedes perdonar, perdona. Lo que hizo esta chica...

—¿Cómo sabes que es chica?

—¡Eh! —apuntó a mi rostro con su otra mano luego de darme un manotazo juguetón en el pecho— Mis canas no son de adorno, muchacho. Sé cosas. Y hay dos cosas que sí sé: Uno: eres un hombre de mujeres; y dos: si puedes perdonar, perdona. Si puedes dejar ir, déjalo ir. Tu alma te lo agradecerá.

—No recordaba que fueras filósofo.

—Nunca hablábamos —dijo mi padre con una sonrisa—. Otro arrepentimiento que me llevaré: no haber hablado más con mis muchachos mientras crecían.

Suspiré y reí mientras él apretaba su agarre de mi hombro.

—No sé si pueda perdonar —le dije.

—Eso es para ti decidir —dijo, soltándome y volteando hacia la puerta—. ¿Dónde están estos inútiles? ¿Dónde está mi vodka?

Capítulo 27.

Briseida

—...Y cuando no esté yo o algún miembro de la mesa directiva, serás asistente del gerente de la planta —terminó de explicar Lilian.

—Ya veo —dije, asintiendo—. ¿Y necesitas algo?

Lilian sonrió y respiró profundo al mismo tiempo que ajustaba su blusa abotonada, que por alguna razón tenía algunos desabrochados para mostrar algo de escote.

—¿Qué más podría necesitar, Bris? —preguntó mientras caminaba alrededor del escritorio que había sido de Níkolos— Por fin recuperé la compañía de mi fami...

—¿Acaso perdiste la razón?! —escuché gritar detrás de mí. Giré y Esteban acababa de entrar a la oficina y caminaba enfurecido hacia Lilian.

—¡Profesionalismo ante todo, hermanito! —le regañó su hermana, apoyándose en el escritorio al momento de lanzarle una mirada que le hizo detenerse en un instante— ¿Qué sucede?

—¿Vas a mover la línea de microprocesadores de ProComm a China? —preguntó.

Lilian suspiró. —Sí —dijo sin dudar—. Es más barato, y la diferencia de calidad es despreciable.

—Despreciable —repitió Esteban con las manos en su cadera, dando la vuelta y clavando su mirada en mí un instante antes de volver su atención a su hermana— ¿Qué hay de la garantía de Níkolos a los trabajadores que sus trabajos estarían seguros?

Lilian rio. —Yo no soy Níkolos —dijo—, y mi deber es hacia nuestros

inversionistas.

—La gente de aquí es...

—¡Esteban, basta! —le gritó Lilian— ¡Es mi decisión! ¡Me llevo la compañía a China, o a Japón, o al fondo del puto mar si se me da la gana!

Él gruñó, y salió de la oficina tan rápido como pudo caminar.

No sabía qué hacer. ¿Me iba? ¿Me quedaba? Miré a Lilian y ella parecía no afectarle lo que acababa de suceder.

—Ya no se puede confiar en la gente —dijo, caminando hacia el gabinete donde Níkolás guardaba algunas botellas de whisky, vino y champán—. Mi hermanito puede ser demasiado emocional.

—¿De verdad vas a llevarte la línea de microprocesadores a China?

—Sí —dijo Lilian—. No de inmediato, pero quiero hacerlo en los próximos meses.

Ella volteó hacia mí. Tenía en su mano un vaso con whisky a medio llenar, y le dio un sorbo mientras caminaba hacia mí.

—Son más de quinientos trabajadores en los tres turnos —le dije—. Esa gente...

—Será compensada según lo vean nuestros abogados —dijo Lilian como si nada—. No soy un monstruo, soy una mujer de negocios.

Asentí. —¿Necesita algo de mí, señorita Valisa?

Ella arqueó su ceja. —Por más que me prenda que me digan así, Bris, jamás quiero que vuelvas a llamarme así —dijo Lilian con una sonrisa al mirarme de arriba abajo—. Soy Lilian, para ti. ¿Entendiste?

—Sí, Lilian —le contesté aguantando el impulso que tenía de agarrarla a bofetadas hasta hacerla cambiar de opinión.

Algunas de las personas en esa línea de producción llevaban años en la compañía, y ya tenían demasiada edad como para conseguir otro buen empleo.

—Bien —dijo con una amplia sonrisa—, porque quiero que dediques la mitad de tu tiempo de ahora en adelante para que te prepares y tomes el examen de la asociación de abogados de Nueva York.

—¿Perdón? —dije, sacudiendo mi cabeza ante lo que dijo.

—Necesito gente en quien confiar en la compañía, Bris —dijo Lilian antes de dar un sorbo a su vaso—. No puedo darte el puesto de Representante Legal si no tienes nada de experiencia, y no la puedes adquirir sin que trabajes en el área legal de Valtech, pero no puedo ponerte ahí porque necesitas ser una abogada certificada por la asociación de Nueva York.

No sabía qué decirle. Por un lado quería voltearle la cara, pero por otro estaba dándome una oportunidad que valdría oro para muchos. —Gracias... Lilian.

Ella puso su mano en mi hombro, y luché contra todo instinto de mi ser aguantar su tacto encima de mí, por más nauseas que me provocara.

—Siempre agradeceré el favor que me hiciste, Bris —se acercó a mí tanto que pude oler el licor en su aliento—. Tu vida será mucho más fácil de ahora en adelante —susurró, y no ignoré el hecho que miró de reojo mis labios cuando lo hizo.

Sonreí y bajé la mirada. —Gracias.

Lilian chasqueó sus labios y se alejó rápido de mí. —Ve y ayuda a Esteban con la papelería que debemos entregar a la Comisión de Valores.

—Sí —dije, dando la vuelta y saliendo de ahí tan rápido como pude.

“Carajo, es como estar enjaulada con un león hambriento allá adentro,” pensé, dejando pasar el escalofrío que me provocó salir de esa oficina.

Esteban estaba sentado en el sofá de su oficina con su portátil en sus piernas cuando entré. Me miró de reojo y resopló.

—¿Qué quiere Lilian? —preguntó de golpe.

—Nada —dije—. Vine a ver qué más necesitabas.

Esteban apretó sus labios mientras bajaba la pantalla de su portátil. Volteó

a verme y su mirada me atravesó como un arpón bien acomodado en mi pecho.

—Lo entiendo, ¿sí? —le dije tras cerrar la puerta de su oficina—. Níkolás se fue por mi culpa, y daría lo que fuera con tal de remediarlo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto más que seguir adelante.

—Tienes tu millón, ¿no? —dijo— Si estás tan arrepentida, ¿qué carajos sigues haciendo aquí?

Resoplé y crucé mis brazos. —Se oirá ridículo, pero toda mi vida ha sido desastre tras desastre, menos el trabajo —encogí mis hombros y forcé una mueca—. Es lo único que sé hacer bien.

Esteban suspiró y asintió. —Nunca te perdonaré lo que hiciste —dijo—. Níkolás era... *¡Es!* Como un hermano para mí.

—Lo sé —dije.

Ambos nos miramos a los ojos unos momentos que parecieron horas. Apenas y podía respirar de lo tensa que estaba.

Esteban se levantó y caminó hacia su escritorio. —Toma asiento, Bris.

Tomé la silla frente a su escritorio y tomé los papeles que él me estaba ofreciendo. —¿Qué necesitas?

—¿Qué es esta tabla que me enviaste? —preguntó extrañado.

Miré las hojas en mis manos. —¡Ah! Era algo que había encontrado y necesitaba verlo contigo.

—¿Por qué?

—Porque no lo entiendo —dije sin pensarlo—. Estudié derecho, no administración ni contabilidad, pero estos números no tienen sentido —le dije, apuntando a un renglón en la tabla.

—Ya vi a lo que te refieres —dijo, tomando otra hoja de su escritorio—. ¿Que no deberían coincidir?

—Supongo —dije—. Porque las cosas no han cambiado tanto desde que somos parte de Valtech. Seguimos generando casi las mismas ganancias, a

pesar de haber adquirido un par de clientes más después de la compra.

—Deberíamos tener más ganancias entonces —dijo Esteban, mirando la hoja en mis manos—. ¿Dónde están...?

Esteban dejó la hoja que traía en su mano en el escritorio y buscó entre algunas hojas más que tenía apiladas.

—Esto es ridículo —dijo—. ¿Por qué no tenemos esta información en el ordenador?

—Porque por motivos de seguridad sólo el director financiero tiene acceso a las bases de datos de contabilidad —dije, luego sonreí—. A nosotros sólo se nos dan copias controladas —reí y moví mi cabeza de lado a lado—, pero conozco alguien que nos puede ayudar.

Levanté el auricular de su teléfono de escritorio y marqué la extensión de Carmelo. Él contestó de inmediato, como si hubiera estado a la espera de una llamada.

—¡Hola, soy Bris!

—¡Bris, hola! —dijo— ¿A qué debo el honor?

—¿Todavía tienes acceso al programa de contabilidad? Me acuerdo que presumías que los cerdos volarían antes de que recordaran revocarte tu permiso.

Carmelo rio a carcajadas. —Y así seguirá —dijo—. Dame un segundo, deja reviso.

Puse el auricular en altavoz y Esteban y yo escuchamos los clics de su teclado y ratón mientras usaba el ordenador.

—En efecto, Bris —dijo—. Llegará el día que los cerdos vuelen y todavía tendré acceso a estos sistemas —Esteban rio—. ¿Quién más está contigo?

—Esteban Valisa, señor...

—Carmelo Bautista —dijo, sin duda sonriendo al estar hablando con uno de los altos mandos de la compañía—. ¿Qué necesita del sistema de contabilidad? Cualquier información se la harían llegar si la solicita.

—Sí lo hicieron —dije—, pero estamos teniendo problemas para encontrar una diferencia de cantidades en nuestras ganancias.

—¿Cuál diferencia? —dijo, dando clics y tecleando cosas.

—En los últimos tres meses hemos adquirido algunos clientes nuevos, y esas ganancias adicionales deberían verse reflejadas en nuestras ganancias del mes pasado —explicó Esteban.

—Sí las veo —dijo Carmelo—, aunque son pocas... Deberían... Esto no puede estar correcto.

—¿De qué hablas? —pregunté.

—Denme un momento —dijo, tecleando algunas cosas.

—¿Qué está...?

—Señor Valisa, por favor, deme un segundo para revisar unas cosas —dijo Carmelo con un tono de apuro más alarmado que de costumbre.

Esteban y yo nos miramos, y mi estómago se retorció un poco tratando de imaginar lo que sea que Carmelo haya visto.

—Voy a su oficina, señor —dijo Carmelo, y colgó la llamada antes de que pudiéramos decir algo.

—Tu amigo es algo raro —dijo Esteban, cruzándose de brazos.

—No tienes idea —dije con una sonrisa.

A los pocos minutos tocaron a la puerta de la oficina. Giré y vi a Carmelo asomándose por la ventana y le indiqué que pasara.

—Señor Valisa —saludó al entrar, estrechando la mano de Esteban.

—Hombre, ¿por qué tenías que venir hasta acá? —preguntó Esteban.

—Porque creo que alguien desfalcó dinero de la compañía —dijo Carmelo.

Esteban parpadeó unos momentos y luego sobó su boca antes de voltearme a ver. —Cierra la puerta —me ordenó.

Hice lo que me pidió, y me quedé de pie frente a la puerta.

—Adquirimos siete clientes nuevos en los últimos tres meses —explicó Carmelo—, y dos de esos contratos son bastante grandes. La expectativa de ganancia es considerable este último mes.

—¿Y no lo es? —preguntó Esteban.

—Lo es —dije—, pero no es la que se esperaba.

—Exacto —dijo Carmelo—. Pero, ¿por qué? Las piezas se enviaron y el cliente las aceptó sin ningún problema. Entregamos nuestra papelería a tiempo, y se supone que el pago acordado entró. No hay motivo para que haya tan poca ganancia declarada.

—Quizá tuvimos más gastos de lo normal —dijo Esteban.

—Es lo que está declarado aquí —dijo Carmelo, apuntando a otra tabla—, pero no reconozco ninguna de estas compañías a las que se destinaron gastos. Las dos que traté de encontrar en internet no tienen página web.

Esteban puso sus manos atrás de su cabeza y se sentó despacio en su silla.

—Señor, recomendaría que contratara a un contador forense a que revisara las cuentas de la compañía y vea a dónde fue a parar ese dinero —dijo Carmelo—. Porque algo así...

—No hace falta decirlo —dijo Esteban, asintiendo—. Confío en que serás discreto con lo que viste. Esto no sale de esta habitación.

—Por supuesto, señor Valisa.

Carmelo se fue, y cerré la puerta en cuanto salió.

—Iré a informarle a Lilian —le dije a Esteban.

—No —dijo.

Me quedé viéndolo extrañada. —Es la presidenta de Valtech —le dije—. Es el tipo de cosas que necesita...

—Antes de ser presidenta fue directora financiera —dijo Esteban, recargando sus codos en el escritorio—. Su trabajo era asegurarse que esto

no pasara.

—Quizá se equivocó.

—Maldita sea —dijo Esteban—. Si Níkolos estuviera aquí él sabría qué hacer.

Me senté frente a él, apreté mis labios, y asentí. —¿Y si le hablas?

Él sonrió. —No —dijo—. Esto se ha vuelto un problema legal, y eso es mi responsabilidad.

—Y mía —dije con una sonrisa—. Yo te ayude a descubrirlo. Pero sí necesitamos decírselo a Lilian.

—Todavía no —dijo Esteban—. No hasta que hayamos investigado bien.

Asentí, me levanté, y abrí la puerta.

—Yo también pienso lo mismo —le dije, volteando de nuevo hacia él—. Si Níkolos estuviera aquí sabría qué hacer —Esteban rio—. De verdad lo siento.

—Ayúdame a atrapar a este ladrón, y luego hablamos —dijo Esteban con una sonrisa.

Capítulo 28.

Nikolas

Entré al vestíbulo del edificio residencial donde vivía Lilian. El recepcionista me reconoció y sonrió al verme.

—¡Bienvenido, señor Reiter! —dijo— ¿Viene con la señorita Valisa?

—¿Se encuentra? —pregunté, mirando hacia los elevadores. Noté el par de guardaespaldas que se levantaron del sillón junto a ellos—. Olvídelo, ya vi a su equipo de seguridad.

Caminé hacia los elevadores, y ambos guardaespaldas se detuvieron frente a mí, impidiéndome el paso.

—Antonio —saludé a uno, luego miré al otro, un afroamericano diez centímetros más alto y más ancho que yo—, DeSean.

—Señor Reiter —saludó DeSean asintiendo.

Intercambie miradas a los ojos con ambos. Eran buenos hombres, de años al servicio de la compañía. Incluso había ido al cumpleaños del hijo de Antonio en alguna ocasión cuando fui Jefe de Seguridad de la compañía.

—Necesito que me dejen pasar —les dije.

—Queremos, señor Reiter —dijo Antonio, tratando de ocultar sus nervios con una mueca confiada—, pero la señorita Valisa fue muy clara que no debíamos permitirle subir.

Asentí. —Caballeros, si mal no recuerdo hace algunos años tomamos juntos ese seminario de seguridad con los Seals de la Marina.

DeSean rio. —He odiado el fango desde entonces.

—Esos trajes que nos pusieron no eran herméticos —se quejó Antonio, y

los tres reímos recordando aquel fin de semana.

Suspiré y les miré a los ojos. —Entonces recuerdan, señores, lo que les puedo hacer si no me dejan pasar.

Antonio y DeSean voltearon a verse.

Chasquéé mis labios y puse mis manos en sus hombros. —Les doy mi palabra que no perderán su trabajo. Después de hoy, ya no se tendrán que preocupar por Lilian Valisa.

—No la va a matar, ¿verdad? —preguntó Antonio entre risas.

Moví mi cabeza de lado a lado. —No.

DeSean se encogió de hombros. —De todos ella nunca me agradó, señor Reiter.

—Pésima jefa —dijo Antonio—. Ni siquiera da las gracias, o pide las cosas por favor, y me mira como si no me hubiera bañado en semanas.

—¿Te voltea a ver? —preguntó DeSean con una mueca— Mierda, a mí ni siquiera me voltea a ver.

Reí mientras él pasaba su tarjeta de seguridad encima del sensor del elevador.

Entré, y les miré mientras las puertas se cerraban. —No olvidaré esto, caballeros.

Cerré mis ojos y recordé la comida que tuve con Esteban aquella tarde. La sangre me hirvió del coraje cuando me contó, pero en ese momento me llenó una calma extraña.

Las puertas se abrieron, y pasé al penthouse de Lilian. Era un espacio abierto con muebles modernos y lámparas de diseño extraño apagadas. La única luz en el ambiente venía de las miles de luminarias de la ciudad que jamás duerme, y la luz que venía de entresuelo donde estaba ubicada su habitación.

—¡Llegas temprano, bebé! —gritó Lilian al salir de la habitación poniéndose un arete.

Nos miramos, y ella pareció no sorprenderle que estuviera ahí.

—¿Esperas compañía? —pregunté.

Se recargó en el barandal del entresuelo e inclinó su cabeza a un lado. — Nadie que merezca mi atención por encima de ti.

La miré bajar despacio por las escaleras. Caminó despacio hacia mí, sonrió, y dio la vuelta. —Hazme el favor, ¿sí? —dijo.

Vi la cremallera de su vestido negro sin cerrar. La tomé y subí sin dudarlo. Antes me habría emocionado un poco de ver una copia idéntica de la espalda que tanto amé.

Pero no esa noche. Veía a aquella mujer como lo que realmente era.

—Dime —ella me miró arriba abajo y puso su mano en mi pecho— ¿Vienes a hacer lo que debimos hacer hace meses en Ciudad del Sol?

Tomé su mano, y la miré a los ojos.

—Te traigo una propuesta, Lilian —le susurré, mirándole los labios—. Es lo que te gusta, ¿no? ¿Una buena propuesta?

Ella lamió sus labios y se acercó aún más a mí. Su cuerpo estaba a escasos centímetros del mío, y saboreé el aroma de su perfume como saboreo un exquisito vino.

—Soy toda oídos —susurró—, aunque deberías darme unos segundos para pedirle a mi cita que no venga.

—Esto será rápido.

Lilian soltó una carcajada. —No, bebé —pasó su mano encima de mi brazo—. Contigo no será rápido.

Sonreí, y le permití acercarse más a mí. Presionó sus pechos contra mí con todo el descaro del mundo, y clavó su mirada en mis labios mientras lo hacía.

—Soy toda oídos —dijo.

—Antes de decírtelo, Lilian —le susurré, colocando mi mano en su cadera. Pude sentirla estremecer, y entreabrió su boca en señal de emoción,

un gesto idéntico al que hacía Abigail cuando estaba por hacerle el amor—, necesito preguntarte algo.

—Pregunta rápido —susurró—, porque estoy por pedirte que troces este vestido de dos mil dólares y me hagas tuya.

Ella acercó su boca a la mía, y yo supe que era el momento para acabar con ella.

—¿Por qué lo hiciste, Lilian? —pregunté cuando sentí su nariz tocar la mía.

—¿Hacer qué?

—Robar todo ese dinero a la compañía.

Se paralizó, alzó su mirada despacio y clavó sus ojos en los míos.

—¿Qué?

—Perdona, no debí susurrar —dije, empujando sus caderas y alejándola de mí—. Pregunté: ¿Por qué robaste todo ese dinero de la compañía?

Ella rio. —¿Esto es una broma?

—Basta, Lilian —le dije, pasando junto a ella.

Caminé hacia el centro de su sala, y miré a la ciudad de Nueva York mientras escuchaba los tacones de Lilian al acercarse a mí.

— Hay docenas de movimientos entre las cuentas de Valtech donde se autorizaron transferencias de las ganancias netas a varias cuentas en Suiza y las Islas Caimán.

Giré, y ella estaba de brazos cruzados. —Alguien más... —dijo.

—No, Lilian —le interrumpí—. Eras la Directora Financiera, y eras la única con acceso a todas las cuentas de las que se ha sacado dinero.

Lilian torció la mueca en su rostro y alzó su mentón mientras me miraba a los ojos. —Para saber eso habrías necesitado acceso a las cuentas de Valtech —dijo—, y no hay forma legal en que hubieras podido hacer eso.

—En eso tienes razón —dije, asintiendo—, pero tu hermano sí tiene

acceso... Bueno, él, el contador forense que contrató, y el que yo le recomendé y corroboró los hallazgos.

Lilian resopló. —Esteban jamás permitirá que vaya a la cárcel.

Ahora me tocó a mí reír. —Lilian, qué poco conoces a tu familia.

—¿Disculpa?

—Tu hermano está listo para ir a la policía y levantarte cargos —le dije, dando un paso hacia ella—, pero le convencí de no hacerlo.

—¿Por qué harías eso? —preguntó, nerviosa.

—Porque quiero entender por qué, Lilian —le dije—. Te escuché tantas veces expresar tu desdén a que la compañía de tu familia estuviera bajo mi control, que pensé que realmente amabas Valtech —levanté mi dedo índice y lo apunté a su rostro—, pero esto parece indicar que lo único que te importa en este mundo es el dinero.

Ella resopló y pasó a mi lado. Sus pasos se escucharon potentes, como si cada paso que diera fuera una válvula de escape de un coraje que no se permitía mostrar.

—Pero si así fuera me habrías dejado la compañía —dije, mirándola cómo bajaba la cabeza—, y habrías seguido con tu rapiña. Caray, si algún día alguien te hubiera descubierto te habría permitido quedarte todo ese dinero.

—Es obvio que no lo entiendes, Nícolas —dijo Lilian entre risas—. ¿Cómo podrías?

Ella volteó, y sacudió su cabeza. —¿Tienes idea cómo se sentía ser la sombra de Abigail? De escuchar todo el tiempo qué tan perfecta es, qué tan inteligente, qué tan social, qué tan amable, qué tan buen corazón tenía, qué tan buen gusto —ella caminó hacia mí pero se detuvo a un metro— ¿Y yo? —resopló— Sólo fui una copia barata que jamás estuvo a la altura.

—Lilian, nadie te veía así —dije—. Abby no te veía...

—¿Qué se joda Abby! —gritó— Yo no amo Valtech. ¿Sabes qué pensaba hacer? Disolverla, venderla pedazo por pedazo al mejor postor. Cuando me enteré de su muerte ya me saboreaba esa dulce venganza al legado de mi

padre.

Lilian bajó los brazos, y dejó ver en su rostro aquel desprecio que tanto hablaba. —Pero luego mi querida hermanita te dejó la compañía *a ti*, a un matón de Queens que apenas y sabía leer y escribir —ella rio—. Aun muerta la estúpida de mi hermana encontró la forma de hacerme saber lo poco que valgo.

—Abby jamás pensó eso de ti, Lilian —le dije—. Ella sabía el enorme potencial que tenías. Me lo dijo tantas veces, y cuando enmendó su testamento cuando nos casamos me hizo prometer que cuidaría de Valtech *hasta que tú y Esteban* estuvieran listos.

—¿Esperas que me crea esa patraña? —preguntó.

—Es la verdad, Lilian —dije—. No usaré esto para quitarte la compañía. No es lo que quiero —suspiré—, incluso repondré el dinero que desfalcaste con mi propio dinero. Quiero que tengas una segunda oportunidad.

—No quiero tu puta caridad —dijo Lilian—. No soy un animalito lastimado que necesite ser rescatado.

—No —dije, dando un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal, provocándole una tensión que al parecer la dejó anonadada—, eres una de las mujeres de negocios más inteligentes que conozco. Por eso te dije que te traía una propuesta.

Lilian cruzó sus brazos. —Te escucho.

—Te quedas todo el dinero que te has robado hasta el día de hoy —le dije—, pero mañana envías un comunicado que renuncias a todas tus acciones y tu posición, y le cedes todo a Esteban.

Resopló. —¿O?

—O dejamos que Esteban lleve la evidencia a la policía, y lo pierdes todo.

Lilian apretó sus labios. —¿Eso es todo?

—¿Qué más esperabas?

—Algo para hacerme arrepentirme de haber hecho que tu noviecita te traicionara.

Respiré profundo y sonreí. “*Quizá no sea buena idea decirle que fue gracias a Bris que la descubrimos.*”

—Lo consideraré —le dije—, pero alguien una vez me dijo que si permito que mi enojo e indignación se impongan a mi juicio corro el riesgo de perderme grandes oportunidades.

Lilian rio. —Déjame adivinar: Palabras de Santa Abigail.

—No —dije con una sonrisa—, tuyas.

Ella arqueó sus cejas y rio. —¿Yo?

Asentí y acaricié su mentón mientras la miraba a los ojos, e imaginé que estaba mirando el rostro de mi Abby una última vez.

—Tienes hasta el final del día de mañana para firmar tu renuncia —dije, caminando hacia la salida de su penthouse.

Cuando llegué al elevador escuché sus tacones indicando que se acercaba a mí.

—¿De verdad permitirán que me quede el dinero que robé?

—Sí —dije sin voltear.

Pasaron unos momentos antes de que las puertas del elevador se abrieran.

Entré al elevador, y al dar la vuelta la vi recargada contra una columna.

—Adiós, Lilian —le dije mientras las puertas se cerraban.

Capítulo 29.

Nikolas

—¿Está bien, señor? —preguntó el conductor de la camioneta.

—Sí —dije sin quitar la vista del edificio cruzando la calle, donde vivía Briseida—. Sólo... Esperaremos.

—Sí, señor.

Chasqué mis labios, tratando de ordenar mis pensamientos en el vendaval que eran mis emociones en ese momento. Mis entrañas parecían hechas un nudo apretándose más y más, la ansiedad aceleraba mi corazón cada vez más, y el miedo nublaba cada idea que atravesaba mi cabeza.

Mi teléfono sonó, y sonreí al ver que era Esteban.

—Diga —contesté.

—¿Sigues en Ciudad del Sol?

—Sí, todavía.

—¿Piensas volver para la noche? Necesito tu consejo sobre algo.

—No estoy seguro —quité la vista del edificio, pues parecía que entre más tiempo mirara en esa dirección el tiempo pasaba más despacio— ¿Hay algún rastro de Lilian?

Esteban suspiró. —Lo último que sabemos es que abordó un avión privado que partió hacia España, pero cambió su rumbo y desapareció al llegar al caribe.

Solté una risilla. —Ya aparecerá.

—Ambos sabemos que lo mejor que puede hacer es quedarse tan lejos como pueda —dijo Esteban—. Quizá yo no le levante cargos, pero la gente

de Hacienda querrá saber de dónde sacó todo ese dinero.

—Cierto —dije, mirando de nuevo hacia la acera vacía al cruzar la calle y respirando profundo.

—¿Estás bien, Nícolas? —preguntó Esteban— Te siento algo tenso.

Sonreí. —No estoy tenso —dije—. Estaba tenso cuando tenía la responsabilidad de una compañía billonaria.

Él rio. —De eso necesitaba tu consejo —dijo Esteban entre gruñidos—. Joder, hombre, no sé cómo carajos haré esto.

—Estarás bien —le dije—. Contrata gente de tu confianza, delega, no trates de resolverlo todo.

Un coche pasó por la calle con el sonido de su estéreo con el volumen tan alto que retumbaron las ventanas cerradas de la camioneta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Esteban— ¿Dónde estás?

—Atendiendo un asunto pendiente antes de irme de la ciudad.

Esteban rio. —¿Apenas fuiste a verla?

“¿*Cómo carajos supo?*” pensé.

—Sí.

—Dale mis saludos —dijo Esteban—. Recuérdale que aunque haya renunciado siempre tendrá trabajo asegurado en ProComm o en cualquier filial de Valtech.

Un taxi se detuvo en la esquina, y sonreí al ver a Briseida bajar y gritarle al taxista antes de azotar la puerta.

—Debo irme —le dije a Esteban antes de colgar. No alcancé a escuchar si me había contestado la despedida.

Bajé de la camioneta y crucé la calle vacía entrecerrando los ojos en respuesta al intenso sol de media tarde.

“*Debí ponerme algo más fresco,*” pensé, desabrochando el botón de mi chaqueta.

Briseida estaba concentrada en su teléfono mientras caminaba. Movía la boca al hablar. Asumí que venía de una entrevista de trabajo o de su nuevo trabajo por su blusa de vestir color menta y la falda negra ejecutiva que le cubría hasta un poco abajo de las rodillas.

“Nunca le pregunté cómo podía caminar con esos tacones,” pensé.

Cuando alzó la mirada se detuvo, y la brisa le arrojó su cabello en la cara.

—Con un carajo —dijo, pasando su mano por su rostro y echando su cabello hacia atrás.

Sonreí, y ella me contestó con la sonrisa más grande que le había visto.

—Hola Bris.

Ella trató de borrar su sonrisa, pero parecía que no podía dejar de hacerlo. —¿Qué haces aquí?

Quería hablarle, pero mi mente estaba en blanco ante ella. De no ser por su atención al detalle quizá jamás habrían descubierto el desfalco de Lilian.

Ella giró sus ojos hacia arriba. —Ya que estás aquí necesito decirte algo.

—No —le dije—. No tienes que decirme nada.

—Claro que sí —dijo—. Yo... Lo siento.

—Lo sé —le dije, asintiendo—. Esteban me dijo.

—Pero no es lo mismo que te lo diga alguien más a que te lo diga yo —reclamó entre risas—. Yo... Estaba enojada.

—No tienes que explicarte.

Ella se acercó a mí rápido y puso su mano sobre mi boca. —¡No me interrumpas! —su mano tenía aroma a vainilla, que se mezclaba con su perfume de una manera que paralizaba todos mis pensamientos en ese momento.

—Habla —dije, cuando quitó su mano.

Bris respiró profundo. —Ahora que lo pienso bien, no estaba enojada...

Estaba celosa —ella bajó la mirada y pasó su mano entre su cabello—. Vi a cada rato destellos de la vida que habías tenido con tu esposa y no podía evitar pensar que yo jamás podría hacerte tan feliz como ella lo hizo, que yo no era suficiente.

—Bris, eso...

Ella volvió a cubrirme la boca. —Y está bien, no tenía problema con ser el clavo con que te sacas el clavo, o un romance para que ya no te sintieras solo, pero el ver a cada rato recordatorios de ellos pues...

Le tomé la mano que cubría mi boca con ambas manos, y asentí. —Te entiendo —le dije—. Debí darme cuenta de ello.

Respiré profundo. —Briseida, me mostraste que era posible ser feliz con alguien más después de Abigail —negué con la cabeza—, pero la realidad era que no estaba preparado. Sigo sin estarlo. Durante toda nuestra... relación, me sentí culpable.

Alcé mi mano izquierda y le mostré mi alianza de matrimonio en el dedo. —Todavía traigo su anillo, y no fue justo que te enamoraras de mí cuando yo aún no podía darte lo que merecías.

Briseida rio. —¿Yo? ¿Enamorada de ti? Por favor.

Nos miramos a los ojos, y su risa desapareció en segundos. Sus ojos delataban lo que sentía por mí, de la misma forma en que sin duda los míos le hacían saber cuánto significaba ella para mí.

—¿Y qué harás? —preguntó— Supe que no intentaste recuperar Valtech.

Le solté la mano y di un paso hacia atrás. —Abriré una compañía de seguridad privada —me reí y crucé mis brazos—. Tengo muchos amigos marines que necesitan trabajo.

—Yo trataré de pasar el examen del Colegio de Abogados —Bris alzó su mentón y sonrió—. Necesito darle un uso a ese título que tengo.

—¿De dónde vienes? —pregunté, mirándola de arriba abajo.

—¿Te gusta? —preguntó con tono coqueto, dando una vuelta, girando despacio cuando tenía su espalda hacia mí.

—Mucho —le dije.

Ella suspiró. —Apliqué en una firma de abogados como asistente legal.

—Puedo hacer una llamada.

—No —dijo, sacudiendo su cabeza—. Es algo que necesito lograr sola, ¿sabes?

—Lo entiendo —dije. Miré de reojo hacia la ventana de su departamento—. Pero espero que no desprecies el extra que dejé pegado a tu regalo.

Bris inclinó su cabeza a un lado. —¿Cuál regalo?

Volví a mirar de reojo hacia su departamento, y ella sonrió antes de caminar rápido hacia la puerta del edificio.

Le seguí con calma. La vi subir corriendo las escaleras y aguanté la risa cuando la escuché estamparse con algo y maldecir algo que no escuché.

Subí las escaleras, y escuché un gritillo venir de su departamento cuando llegué a su piso.

Al asomarme por la puerta abierta de su hogar la vi cubriéndose la boca mirando hacia su cocina.

—¿Qué mierdas es eso? —preguntó entre risas.

—Un servicio a la comunidad —le dije.

Bris rio mientras yo entraba al departamento y miraba su refrigerador nuevo con un listón rojo atravesado de lado a lado.

—¿Dónde quedó el otro? —preguntó Briseida.

—Le di un dinero adicional a los muchachos que entregaron tu regalo para que lo llevaran a destruir —le dije—. Sugerí un incinerador, pero uno de ellos dijo que podía lavarlo y repararlo.

—Ay Dios —lamentó Bris.

—Son profesionales —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. Les pagué para que se lo llevaran. Ya es problema de ellos.

Bris abrazó mi brazo un momento antes de ir a su nuevo electrodoméstico. Tomó la tarjeta pegada con un imán a la puerta del refrigerador, volteó hacia mí y la levantó a la altura de su rostro.

—¿Quién es Felipe Robles? —preguntó.

—Es un amigo de Esteban de la universidad —le dije—. Por lo que entendí es uno de los mejores defensores públicos de la ciudad, y le debe un favor a Esteban —apunté hacia la tarjeta—. Espera tu llamada. Te ayudará a prepararte para el examen del Colegio de Abogados.

Bris rio, miró la tarjeta, y pude ver que se mordía su labio por dentro de su boca antes de sacudir su cabeza.

—No sé qué decir —dijo entre sollozos.

Sonreí. —No tienes que decir nada —le dije—. Creo que serás una excelente abogada.

Bris se acercó a mí con ojos llorosos, tomó mi rostro, y lo acercó al suyo. Mis labios recordaron bien los suyos, y en instantes nos perdimos uno con el otro en un salvaje y apasionado beso. Sus labios presionaron contra los míos en contestación de la misma intensidad con que los míos saborearon los suyos.

Arrojó sus brazos alrededor de mi cuello, le tomé la cintura, la levanté, y bajé encima de su mesa de comedor.

Bris me abrazó con sus piernas, y rompimos nuestro beso un instante para recuperar un poco el aire.

Pegamos nuestras frentes mientras respirábamos agitados, y de pronto salió una carcajada de su boca, y yo no pude evitar reírme junto con ella.

—Quédate, Níkolás —dijo, acariciando mi nuca.

Cuando bajó un poco la agitación de mi respiración le tomé sus brazos y di un paso hacia atrás, alejándome con todas mis fuerzas de ella.

La miré, y cada célula de mi cuerpo pedía a gritos que aceptara su invitación. Pero en una esquina de mi mente, viniendo de un espacio pequeño pero notorio, estaba el recuerdo de Abby detonando una culpa que aun

necesitaba superar.

Me acerqué a Bris, le acaricie el rostro, y sonreí sin quitar la vista de esos ojos brillantes y llenos de energía que me volvieron a la vida. Traté de encontrar palabras para explicarle que no me quedaría, pero cuando sonrió supe que no necesitaba decirle nada.

Ella entendía.

Salí de su departamento, y mi cuerpo estaba en un estado de calma extraña mientras regresaba a mi camioneta. Me detuve en la puerta y miré hacia la ventana de Briseida.

Ahí estaba, mirándome, sonriendo. Nunca imaginé que subirme a un vehículo fuera a ser tan difícil.

Cuando al fin entré, cerré mis ojos y recargué mi cabeza en el respaldo.

—Vámonos —le ordené al conductor.

—Señor, dejó su teléfono en el asiento cuando se fue —dijo mientras subíamos a la avenida—. Sonó un par de veces.

Miré la pantalla y tenía un par de llamadas perdidas de Esteban, y un mensaje suyo.

—Olvidé decirte que te ha estado buscando un tal Detective Lucio Castella, de la policía de Ciudad del Sol. Aquí te dejo su teléfono —decía el mensaje.

Marqué el número mientras nos alejábamos. Me vino bien aquella distracción de lo difícil que me resultó dejarla atrás.

—¿Sí, diga? —contestaron la llamada.

—Detective Castella —dije—. Habla Níkolos Reiter.

Le escuché reír. —Señor Reiter, usted es un hombre difícil de contactar.

—¿Qué se le ofrece, detective?

—Le dará gusto saber que concluimos la investigación del tiroteo en ProComm.

Sonreí y miré al techo de la camioneta. “*Cielos, parece una eternidad desde aquel día.*”

—Excelente, detective.

—Y, por lo tanto, podemos regresarle su arma —dijo.

Suspiré y un par de lágrimas brotaron de mis ojos. Podía recuperar el arma que había traído el día que asesinaron a Abby, la que cada día ponía contra mi sien y amenazaba con terminar mi vida y regresar con ella.

—Gracias, detective —le dije, y respiré profundo antes de continuar—, pero creo que ya no me hace falta.

—¡Ah! —exclamó el detective— Ya veo.

—¿No tienen un programa de recolección de armas del público o algo por el estilo?

—Sí, señor.

—¿Necesito ir a firmar algo o usted puede encargarse de ella?

Escuché al detective suspirar. —No se moleste, señor Reiter —dijo— ¿Está seguro que no quiere recuperarla?

Sonreí, y recordé a Briseida sonriendo.

—Estoy seguro, detective —le dije—. Ya no la necesito. Lo dejo en sus manos.

—Pase buen día, señor Reiter.

Colgué la llamada, y miré la pantalla apagada de mi teléfono unos momentos con una sonrisa en mi rostro, y una ligereza en mi persona que jamás había sentido.

—¿A dónde quiere que le lleve, señor Reiter?

—Al aeropuerto, por favor —dije, recargándome en el asiento.

Capítulo 30.

Briseida

—Ay no —dije para mí misma al salir del taxi y mirar hacia arriba luego de sentir una gota golpear mi nariz.

La lluvia cayó como si vaciaran miles de cubetas del cielo al mismo tiempo. Corrí tan rápido como pude hasta la entrada de la Pista de Hielo Los Canarios.

—Cayó de repente —dijo un viejo guardia en la entrada—. ¿Necesita hablarle a un taxi, señorita? Voy a cerrar las puertas en unos minutos.

—Vengo con el señor Loera —le dije con una sonrisa—. Me mandaron de Preston y Asociados a entregarle unos documentos.

El guardia chasqueó sus labios y movió su cabeza de lado a lado. — Señorita, don Loera se fue hace una hora.

“¡No!” pensé mientras gruñía. *“Me dijeron que lo viera aquí.”*

Miré hacia afuera al torrente que estaba cayendo y suspiré. —Deje pido un taxi —le dije al guardia, enseñándole mi teléfono.

—Aquí está frío, señorita —dijo el guardia con una sonrisa cálida—. Se podría resfriar. Si gusta pase a sentarse en aquellas bancas.

Miré en aquella dirección y vi la pista de hielo vacía. Sonreí al recordar cuando Níkolás y yo entramos a la fuerza un año antes.

“Cómo pasa el tiempo,” pensé al pasar a las instalaciones.

Aunque había muchas luces apagadas y todos los locales ya cerrados el lugar lucía muy diferente. La remodelación había terminado unos meses atrás, y con la noticia que estaban construyendo un cine en el terreno de un lado pronto la pista de hielo se volvería un punto de reunión importante en la

ciudad. .

“*Y vaya que el dueño estaba invirtiendo a lo grande,*” pensé al ver los hermosos adornos que colgaban del techo, como estatuas de arte moderno suspendido a diez o quince metros de altura. “*Con razón les importa tanto tener este lugar como cliente.*”

Mandé pedir el taxi, luego busqué el teléfono de Adela entre mis contactos, y le llamé.

—¿Dónde estás?! —gritó al contestar, sin duda por el ruido del lugar en que estaba— ¡Tito nos consiguió una mesa increíble!

—Voy tarde —le dije—. No estaba el tipo al que le venía a dejar los papeles, y el taxi llega en unos quince o veinte minutos.

—¡No te preocupes! —gritó Adela entre risas— ¡Aquí te guardamos tu lugar!

Sonreí y le colgué. Aunque ya no trabajábamos juntas parecía que salíamos más seguido. Incluso se había acoplado cuando salía a tomar copas con otras abogadas de la firma y todas nos llevábamos bien.

Me levanté del banco y caminé alrededor de la pista, mirando el hielo que aún tenía las rasgaduras de los patines causadas durante el día. “*Quizá más noche saquen la máquina esa para pulir la superficie,*” pensé al recargarme en el barandal.

Me estremecí. El vestido ejecutivo que traía debajo de mi abrigo no era muy grueso, y mi abrigo de lluvia era para evitar que me mojara pero no hacía nada para cubrirme del frío helado que emanaba la pista.

Miré el centro de la pista y traté de recordar cómo iba vestida aquella noche con Níkolás, pero me perdí recordando cómo me sostenía en sus brazos al tratar de patinar abrazado de mí.

Suspiré, y regresé a la Tierra en el instante que sentí una mano tomarme el hombro. Giré rápido y, sin pensarlo, lancé un puñetazo a la altura de mi rostro.

Una mano fuerte y áspera atrapó mi puñetazo, y cuando pude ver sus ojos

pasé de asustada a asombrada.

—Ese gancho derecho sigue siendo impresionante —dijo Níkolás con una sonrisa, soltando mi puño.

Estaba sin palabras. “*Ahí está,*” pensé. “*No es un sueño, ahí está.*”

No había cambiado nada. Su traje era impecable, su físico seguía dando el mensaje que era una persona capaz de defenderse, y su sonrisa confiada seguía siendo perfecta.

Pero había algo distinto en sus ojos. Aún tenía ese porte de “si jodes conmigo te arrepentirás” pero su mirada no cargaba con la misma tristeza y añoranza que le había conocido. Lo notaba más... ligero.

—¡Lo siento! —exclamé, cubriéndome la boca al caer en cuenta que pude haberle dado un puñetazo en la cara, pero luego le acomodé varios puñetazos en su hombro— ¡Eres un idiota! ¡No debes asustar así a la gente!

—¡Qué violencia! —exclamó, sobándose el hombro, y ambos estallamos a carcajadas.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó el guardia, que se había acercado a nosotros.

—Sí, Ernesto —le contestó—. Es una vieja amiga.

El guardia me sonrió antes de alejarse.

—¿Jefe? —pregunté con una sonrisa.

—Soy el dueño de las instalaciones —dijo—, y del terreno al lado, donde están construyendo el cine.

Quedé boquiabierta y reí. —¿Eres el dueño del Grupo Summit?

—Accionista mayoritario —aclaró—. ¿Qué haces aquí?

Gruñí. —Vine a dejarle unos papeles al señor Loera del local de...

—Espera —me interrumpió—, ¿trabajas en Preston y Asociados?

Reí nerviosa. —Llevo unos meses ahí —dije, luego entrecerré los ojos—. ¿Cómo supiste?

Níkolos rio. —Briseida, don Loera necesitó atender una emergencia y me pidió el favor de recibir los papeles que le traes.

Entrecerré los ojos, y pareció que aún era capaz de saber lo que estaba pensando.

—Si quisiera verte te habría buscado y llamado para acordar una cita —dijo—. Acababa de recibir tu información de contacto, ¿Por qué habría de contratar la firma donde trabajas y pedir que seas tú quien traiga... papelería? No es mi estilo.

—Entonces es coincidencia que nos topemos en este lugar —dije con el tono más sarcástico que podía hacer.

Níkolos suspiró y miró a la pista. —Compré este lugar cuando todavía no terminaban las remodelaciones —dijo—. No te mentiré, lo hice porque me sentí bien cuando estuve aquí contigo, pero Preston y Asociados ya representaba a los locatarios.

Me miró y me crucé de brazos. —¿Cuándo volviste a la ciudad? —le pregunté.

—Hace unas horas —dijo—. Vine a ver al gerente de las instalaciones y... —sacó su teléfono y me mostró la pantalla mientras lo desbloqueaba.

Tenía mi nombre y mi teléfono en la pantalla.

—Estaba por llamarte cuando te vi aquí parada —dijo.

Me solté riendo. —Como si el destino quisiera que nos topáramos.

—No creo en el destino —dijo, recargando un codo en el barandal—, pero creo en las oportunidades.

Suspiré y bajé la cabeza un momento antes de volver a clavar mi mirada en sus ojos. —Te ves bien.

—Y tú también, Bris —dijo con una mueca confiada—. ¿Tienes planes para esta noche?

Solté una risilla. —Sí —dije.

—¿Con alguien?

—¿Qué?

—Un novio, una novia, algún pretendiente.

Solté una carcajada nerviosa. Traté de mirar hacia otro lado pero sus ojos me tenían hipnotizada, y cada instante que nos mirábamos mis entrañas vibraban de una forma tan exquisita que mis pensamientos se nublaban más y más.

—No —le conteste—. No salgo con nadie.

—Entonces pospón tus planes —dijo como si nada.

Tenía el “No” en la punta de mi lengua, pero esa forma en que estaba mirándome estaba desatando emociones en mi persona contra las que me fue imposible luchar. No porque no pudiera, sino porque no quería luchar contra ellas.

—¿Qué tienes en mente? —pregunté con tono coqueto, incapaz de dejar de sonreír.

Él miró de reojo hacia la pista. —¿Todavía no has aprendido a patinar?

Me acerqué a él y recargué mis manos en el barandal a un lado de él. — Puede que sí.

Níkolos no hizo el mínimo intento de alejarse cuando me acerqué a él. Aspiró sin vergüenza alguna mi cabello y gimió, provocándome un escalofrío delicioso que explotó por toda mi espalda y alcanzó a llegar hasta las puntas de mis dedos.

—Espera aquí —susurró.

Le miré alejarse a paso veloz hacia el guardia sentado en la puerta. Éste asintió al escuchar lo que le dijo. Níkolos regresó caminando hacia mí, sonriendo en todo momento.

—Ven —dijo, ofreciéndome su mano.

La tomé y le seguí hasta las garitas del alquiler de patines. Cuando

llegamos él abrió y dejó abierta la puerta del mostrador, y yo le seguí.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté— ¿Estás saliendo con alguien?

Él tomó un par de patines de mi talla y me los ofreció. —Sigues calzando el mismo número, ¿verdad?

Sonreí. —No me cambies el tema —le dije, tomando y dejando los patines en el mostrador—, ¿tú estás saliendo con alguien?

—No —dijo, acercándose a mí.

Suspiré y giré hacia los estantes donde tenían los patines para hombres. Le miré a los ojos mientras giraba mi cuerpo, luego busqué un par de su talla.

Eso sí recordaba muy bien.

—Señor Reiter —le dije con tono coqueto exagerado mientras le mostraba los patines que había elegido— ¿Cómo es que no...?

Todas las luces se apagaron, y al instante se encendió la enorme bola de disco encima del centro de la pista de hielo, disparando rayos hacia todos lados, tantos que iluminaban bastante bien el lugar.

Escuché una melodía de jazz sonar de las bocinas, y tanto Níkolás como yo nos carcajamos.

—¿Vas a decirme que no planeaste esto? —acusé a Níkolás, recargándome en el mostrador y mirándole a la cara.

—Sólo le dije que apagara todo menos las luces de la pista y que se fuera a cenar algo —dijo, acercándose a mí y recorriendo con su mirada mi espalda—, pero creo que acaba de ganarse un aumento.

—¿Ah sí? —dije, mirándole los labios mientras mordía los míos.

Él colocó su mano en la curva de mi espalda baja, y mi cuerpo reaccionó de la misma forma en que lo hacía un año atrás, y solté un gemido entre risas al darme cuenta que aquel hombre aún podía volverme loca con solo tocarme.

Sonreí al verlo acercarse más, y me incliné un poco hacia él. Su nariz tocó mi frente, y su aliento salió de su boca y su calor estrellándose contra mi piel detonó un impulso de voltear mi rostro hacia el suyo y acercarme.

—No —dije, sacudiendo mi cabeza, tratando de alejarme pero mi estúpido cuerpo no respondía—. ¿Qué...? ¿Esperas que sólo me entregue así como así? —le acusé.

Nos miramos a los ojos, pero mi mirada se desvió rápido a sus labios. Sus succulentos labios. Labios que provocaban todas las sensaciones correctas cada que tocaban mi piel. Labios que sabía que si me llegaran a tocar me entregaría por completo a él.

Níkolos sonrió. —No —dijo, acariciando el centro de mi espalda baja con sus dedos—. Tenía esperanza de sólo una cosa, Briseida.

—¿De qué? —pregunté susurrando, sin darme cuenta que mis hombros entraban en contacto con su cuerpo de acero.

“O sea, yo como una hamburguesa y ya me aprietan los pantalones, ¿y él en un año no engordó nada?” pensé, sintiendo su musculatura mientras pegaba mi brazo a él.

—De una oportunidad contigo —dijo, mirándome a los ojos.

Sonreí. —¿Sólo una?

Esa maldita mueca suya se hizo más grande. —Sólo necesito una.

—¿Para qué? —pregunté, consciente de que estaba acercando mi rostro al suyo otra vez.

—Para convencerte de estar conmigo —susurró, rozando su nariz con la mía—. Por siempre.

Reí, y al abrir mi boca pude percibir algo de whisky en su aroma. — ¿Estás pidiéndome matrimonio?

Nuestros labios estaban a nada de tocarse, y ya había chispas pequeñas brotando entre los milímetros que separaban nuestras bocas.

—Te estoy pidiendo una vida juntos —susurró, y yo cerré mis ojos—. Empezando con un trago.

—Tengo otra cosa en mente —contesté sin pensar.

Y toda razón se esfumó en ese instante. Arremetimos nuestras bocas uno contra el otro, incapaces de ocultar cuánto nos habíamos hecho falta en todo este tiempo. Tiró del abrigo que traía puesto y lo dejó caer al piso.

Le abracé del cuello sin perderme una pizca del sabor de sus labios, y restregué mi cuerpo contra el suyo mientras le quitaba esa americana tan elegante que traía puesta y la dejaba caer al piso.

Agarró mi cintura y me subió al mostrador. Tiró de los tirantes de mi vestido hacia abajo mientras su boca probaba la piel de mi mentón, mi cuello, mi clavícula.

Le abracé la cabeza y metí mis manos entre su cabello cuando encontré mis pechos. Su lengua esparció un calor en mi piel que penetró y llegó hasta el más pequeño rincón de mi ser. Jadeé y reí mientras ese calor se acumulaba en mis entrañas e incineraba cada duda que tenía en mi cabeza.

Se enderezó y quitó su corbata y camisa tan rápido como pudo mientras yo le desabrochaba el cinturón y dejaba caer su pantalón.

Me bajé del mostrador. Él se quitó su bóxer, y yo mis bragas.

—Putra madre —maldije cuando las sentí atorarse en el tacón de mi zapato.

Níkolás rio y me subió encima de mostrador de nuevo como si no pesara ni un kilo. —Así déjalo —dijo, subiendo la falda de mi vestido mientras yo le abrazaba la cadera con mis piernas.

Grité riendo cuando me llenó con su ser. Me abracé de él con todas mis fuerzas como si eso fuera a unirnos más de lo que ya estábamos. Gemí junto a su cabeza cada que me embestía, animándolo a desatar toda su pasión.

Y lo hizo. ¡Joder! ¡Vaya que lo hizo! Ninguno de los dos nos contuvimos. A los dos nos urgía estar juntos, pero era más que sexo lo que estaba sucediendo en ese momento.

Le miré a los ojos, y había algo distinto en su forma de mirarme. Antes podía notarse en su pasión cierta restricción, como si algo le impidiera liberarse por completo conmigo, y siempre quise saber cómo sería cuando al

fin pudiera desatarse.

Ahora lo sabía. Joder, no había una sola pizca de duda en su mirada. Yo era suya, y él era mío en ese momento. Sólo existía yo para él, y él sólo existía para mí.

Me acosté en el mostrador, y él juntó mis piernas y las echó encima de sus hombros.

Mi sexo abrazó su virilidad con tanta fuerza que estaba convencida que si yo no se lo permitía él no podría abandonar mi cuerpo jamás.

Me retorció de placer con cada feroz embestida suya.

Estiré mis manos detrás de mi cabeza, me aferré con la orilla del mostrador, y moví mis caderas contra él encontrando ángulos exquisitos que nos llevó a ambos al borde de la locura.

—¡No pares! —le rogué riendo cuando la presión en mi vientre creció más y más y amenazó con liberar una explosión como nunca había sentido.

Abrió mis piernas, y abrazó cada uno de mis muslos con sus fuertes brazos. Le miré su cuerpo y era hermoso.

Su rostro mostraba un placer que se volvió la gota que derramó el vaso.

Ya no pude contenerme más, y él tampoco.

Echó su cabeza hacia atrás, y yo hice lo mismo, empujando mi cuerpo contra él con todas sus fuerzas, exigiéndole llegar hasta lo más profundo de mi ser.

Temblé poco al principio, pero un terremoto me sacudió con tal violencia que no pude siquiera gritar, sólo gozar de aquel instante glorioso en que mi corazón se detuvo por un instante y conocí el cielo.

Cuando el terremoto se volvió un exquisito temblor, y al fin pude respirar un poco, reí al darme cuenta del calor delicioso dentro de mí, una esencia divina que Níkolás había dejado en mi interior con todas sus fuerzas y ahora sentía su fuerza menguar.

Él acarició mi rostro, y yo le besé la palma de su mano.

—Fue mejor que un trago —le dije con tono coqueto.

—Sin duda —dijo, tomando mi mano y ayudándome a sentarme.

Le acomodé una cachetada sonora mientras ambos reíamos, y él frotó su mejilla confundido.

—Eso fue por irte —le dije, tratando de hablar con tono serio, pero aún vibraba del divino placer que me había provocado segundos antes—. Si vuelves a hacerlo...

Níkolás tomó mis manos y penetró mi alma con su mirada intensa mientras sonreía.

—Te amo, Bris —dijo—. Por eso volví. No tengo intenciones de irme.

—Más te vale —le dije, acariciándole la mejilla que le había bofeteado.

Nos besamos. Ya habiendo saciado nuestra lujuria uno por el otro mi corazón latió con una intensidad que apenas me permitió respirar, y una energía brotó de él que subió por mi cuello y se mezcló en mi boca con la energía de él, y así pude saber que había amor entre nosotros.

Me solté riendo.

—¿Qué sucede? —preguntó, contagiado de mi risa.

Le miré, y no pude contener las lágrimas que salieron de mi rostro. —No es nada —le dije, acariciándole su rostro—. Te amo, Níkolás.

Capítulo 31.

Nikolas

Tenía una calma extraña al ver el ataúd de mi padre bajar despacio al fondo de su tumba. El hijo de perra dio pelea, como todo mundo esperaba que lo hiciera.

—La muerte es tramposa —dijo el viejo Danko, de pie a mi lado mientras veíamos a los trabajadores del cementerio arrojar tierra en la tumba—. Tuvo que esperar a que el cáncer debilitara a tu padre para poder venir por él.

Resoplé y sonreí. —Sólo así se lo habría podido llevar —dije, asintiendo.

“*Y aun así mi padre le ha de haber dado pelea,*” pensé, recordando que el derrame fulminante que terminó matándolo ocurrió cuando caminaba por su casa y no acostado como un moribundo.

Vi la lápida recién instalada que decía los nombres de mi padre y mi madre, indicando que al fin descansaban juntos.

Escuchaba sollozos de la gente que había ido a su entierro, pero yo ya no tenía lágrimas que derramar para él. Todas las que necesitaba hacerlo habían sido derramadas los últimos meses en que tuve oportunidad de hablar con él, de aclarar las cosas, y de darme cuenta qué tanto nos parecíamos.

Murió estando en paz conmigo, y no pude contener la sonrisa al caer en cuenta de ello.

Giré y vi a Esteban y a Briseida de pie, mirándome. Respiré profundo. No había querido que me acompañaran, pero ni uno ni el otro me habría permitido ir yo solo.

“*Gracias a Dios por ello,*” pensé al acercarme.

Esteban me abrazó con fuerzas. —Lo siento, Níkolás —dijo—. Sé cómo te

sientes. Tu padre está mirándote desde allá arriba y está sonriendo.

Le miré a los ojos y asentí. —¿Acabas de decirme lo mismo que te dije a ti el día del funeral de tu padre?

Él se encogió de hombros. —No sabía qué otra cosa decir.

Me acerqué a Briseida y me tomó una mano. —No es necesario decir nada —dije, dejando que ella me abrazara—. Gracias por estar aquí.

—Siempre —dijo Briseida.

Escuché una mujer toser detrás de mí. Era Verónica, que también acababa de poner su mano en mi hombro.

Abracé a Verónica y la escuché sollozar en mi hombro. Cuando se alejó pude ver que tenía los ojos rojos de tanto llorar, pero se esforzaba en mostrar un rostro neutro ante la situación.

—Todo fue tan rápido —dijo.

—La muerte suele serlo —le dije—. Al menos esta vez la esperábamos.

Verónica sonrió y asintió. —Y se fue sin asuntos pendientes —cruzó sus brazos—. No siempre se puede.

Noté a Verónica mirar a Briseida. —Ella es Bris —dije, volteando hacia ella—. Bris, ella es Verónica Orlov, fue la esposa de mi hermano y ayudaba a mi padre con el negocio.

Ambas estrecharon manos. —¿Y te ayudaré a ti también? —preguntó, inclinando la cabeza.

Moví mi cabeza de lado a lado. —No —le dije—. Aclaré con mi padre que no volvería jamás al negocio. ¿Acaso no habló contigo antes de...?

—Lo hizo —me interrumpió—, pero tenía la esperanza que cambiaras de opinión.

—No fue así.

—Entiendo —dijo, luego suspiró—. Asumo que no vendrán a la comida que organicé en el restaurant de tu madre.

Miré de reojo a Esteban y a Briseida antes de volver mi atención a ella.
—No, Verónica.

Ella asintió antes de mirar a Briseida. —Cuídalo bien —dijo, mirándome de reojo—. Es más frágil de lo que aparenta.

—Lo sé —dijo Bris, poniendo una mano en mi pecho mientras mirábamos a Verónica alejarse—. Ahora entiendo por qué robaste un banco por ella. Es increíble.

—¿Qué? —preguntó Esteban.

Reí y giré a verla. —Nunca debí contarte nada —dije, moviendo la cabeza de lado a lado—, y fueron tres bancos —le corregí.

—¡A mí no me has dicho nada! —dijo Esteban mientras Bris y yo caminábamos— ¿Qué más hiciste?

Nos dirigimos a la limosina esperándonos en el camino pavimentado que atravesaba el cementerio.

Abrí la puerta del vehículo y mientras subían Esteban y Bris miré hacia la colina donde estaba la tumba de Abigail.

—¿Estás bien? —preguntó Bris.

—Denme unos momentos —les dije.

Caminé despacio. Había esperado que cada paso me resultara cada vez más difícil. No había ido a su tumba desde su funeral, aunque todos los meses pagaba a alguien para que fuera a limpiar la lápida.

Me paré ante la tumba y leí la lápida.

—Abigail Valisa, amada hermana, amada esposa, serás extrañada.

—Pude haber puesto algo más poético —dije con una sonrisa—. Carajo, debería haber venido desde mucho antes pero...

Reí, y metí mis manos a los bolsillos de mi pantalón y bajé la mirada, como si ella estuviera mirándome como solía hacerlo cuando trataba de obligarme a decirle lo que estaba pensando.

—Si lo hacía no me habría ido —le dije—. No te imaginas cuánto te he extrañado, cuánta falta me hiciste... *Nos* hiciste, a mí y a Esteban.

Miré la tumba por unos largos momentos, tratando de ordenar mis pensamientos. El pasto estaba perfecto, y la lápida todavía parecía nueva a pesar de ya haber estado en ese lugar un par de años.

—¿Qué hay de nuevo? —dije, mirando a lo lejos, a otras personas visitando tumbas de sus seres queridos—. Supongo que si estás en el cielo has visto que me he mantenido ocupado. Y tú has de haber encontrado formas de que aquel lugar funcione mejor.

Suspiré y reí para mí. —Tu hermano se va a casar —dije, tratando de detener mi risa—. ¿Puedes creerlo? Esteban al fin encontró a alguien que está dispuesto a ver todos los días de su vida.

Asentí y dejé de reír. —Te habría caído bien —dije, luego volví a reír—. Quizá habrías hecho alguna broma del bigote de cepillo que tiene, y le habrías preguntado a Esteban si no le daba cosquillas cada que lo besara —suspiré.

—Seré su padrino —dije, mirando al cielo, encontrando una nube con forma de mono de nieve—. Quiere que encuentre a Lilian para que vaya a su boda, que ya va siendo tiempo de arreglar las cosas con su hermana. Yo creo que tiene razón. Si alguien como yo pudo redimirse, tu hermana no está más allá de la salvación.

Di la vuelta y vi la limosina estacionada al pie de la colina. —Acabo de darme cuenta de algo, Abby —dije—. Cuando me dijiste que cuidara lo que habíamos construido no te referías a Valtech, ¿verdad?

Respiré profundo y froté la piel debajo de mi reloj de muñeca. —Te referías a mí —dije—. No querías que en mi dolor regresara a ser el hombre que fui. Hice lo mejor que pude, pero la verdad es que estaba tan cerca de rendirme cuando llegó algo de ayuda a mi vida.

Vi a Briseida salir de la limosina y estirar sus manos hacia arriba antes de darse la vuelta y asomarse por la puerta, hablando con Esteban.

—Sabes, me pregunto todo el tiempo qué habría sido de mi vida si no te

hubieras ido —dije para mí mismo, cerrando mis ojos.

Aspiré el aroma a césped recién cortado, y sonreí al recordar que por eso amabas ir a caminar al Parque Central, por el aroma.

—Quizá seguirías al frente de Valtech, quizá habrías manejado la situación de tu hermana de forma distinta, quizá, quizá, quizá. Podría perderme en mis pensamientos imaginando una vida que nunca tuve contigo.

Sonreí. —Conociéndote hablaste con Dios para ponerme a Briseida en el camino —dije—. De lo contrario tarde o temprano habría vuelto al hoyo de donde me sacaste cuando...

Una lágrima escapó de mis ojos, mi nariz se encendió por dentro, y mi garganta se cerró por un instante. Bajé la cabeza y froté mis ojos. Giré hacia su tumba de nuevo, y traté de respirar profundo, pero un sollozo se atravesó en el camino.

Solté una risilla. —Siempre me dijiste que tengo excelente gusto para la joyería, en particular los anillos —dije—. Veremos si acierto una vez más, aunque espero hacer la proposición mejor que contigo —reí.

Me acerqué a la lápida, puse mi mano encima de ella y me arrodille. Miré su nombre como si estuviera mirándola a los ojos, y la pude ver en mi mente tan claro como si jamás se hubiera ido.

—Te amo, Abby —dije—. Siempre te amaré, pero creo que ya es hora de compartir mi vida con alguien más —reí para mí mismo—. Sí, creo que ya estoy listo.

Besé la punta de mis dedos índice y medio, luego toqué la lápida antes de ponerme de pie. Ajusté mi corbata y mi traje, saqué el pañuelo que traía en el bolsillo y sequé las lágrimas que aún estaban frescas en mi rostro.

Me alejé despacio en dirección a la limosina. Antes habría esperado un tirón en mi pecho, un ardor en mi alma pidiéndome a gritos que regresara, que aún no estaba listo, que hiciera lo que necesitaba para volver con ella.

Pero habría sido un insulto a su memoria, una falta a la promesa que le hice, de cuidar lo que habíamos construido.

Briseida salió de la limosina y me esperó junto a la puerta abierta. Vi su sonrisa gigantesca y sus ojos brillaron al verme. Se acercó y me dio un tierno beso, confirmando que estaba en el lugar correcto con la persona correcta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Lo estoy —dije, acariciándole el rostro—. Estoy mejor de lo que he estado en muchísimo tiempo.

—Ella estaría de acuerdo —dijo, inclinando su cabeza a un lado, restregando su mejilla contra mi mano—. ¿Nos vamos?

—Vámonos —dije, indicándole que subiera.

Giré una vez más hacia la tumba de Abigail, y la imaginé sentada encima de su lápida, sonriendo mientras agitaba su mano despidiéndose de mí.

Epílogo

Briseida

—¡Gabriel! —grité al ver a mi pequeño monstruo correr hacia el agua de la playa, importándole poco que acababa de bañarse y traía ropa limpia.

—¡Yo voy! —dijo Esteban, levantándose de su asiento y haciendo su mejor esfuerzo por alcanzar a su ahijado antes de que llegara al agua.

—Mi cielo —llamó Níkolás, recargado contra la pared de nuestra casa de playa— ¿Por qué no le pusiste su traje de baño si sabes que le encanta irse a meter al agua?

—¡Se supone que comeríamos aquí afuera! —le contesté, arrojándole la tapa de mi cerveza que se estrelló contra su pecho— Y como saldremos a recoger a Tito y a Adela al aeropuerto lo quise dejar vestido.

—Por cierto... —dijo Níkolás, y cuando giré a verlo supe en su mirada lo que iba a preguntarme.

Sonreí. —Ya tengo todo un día planeado mañana para Adela, Esteban, y yo, en lo que ustedes se van de cacería.

Greg, el esposo de Esteban, rio mientras tragaba de su cerveza y tosió. —¿Cacería? —dijo cuando al fin pudo respirar— Ni siquiera me gustan las armas.

Sonreí al verlo. A pesar de parecer recién sacado de una película de vaqueros con esos jeans ajustados y ese bigote de cepillo Greg era un amor.

—Es una tapadera —dijo Níkolás—. En realidad le ayudaremos a Tito a escoger un anillo para Adela.

—¿Qué no se supone que los enanos son expertos en joyería? —pregunté, ganándome una mirada de Níkolás—. Lo siento, no me pude aguantar.

Níkolos estalló a carcajadas mirando hacia la playa. Vi en esa dirección al pobre de Esteban tirado en la arena mirando cómo Gabriel se escapaba de su alcance y reía a carcajadas cuando el agua alcanzó sus pies.

—Putra madre —maldije sonriendo al ver a mi pequeño chapotear en el agua y llenarse sus zapatos de lodo—, estaban recién cepillados.

—Uno de ustedes dos ha de haber sido un diablillo de pequeño para que Gabriel resultara ser así —dijo Greg mientras volteaba algunas carnes en nuestro asador.

—No me simpatizas —le dije, arrojándole la tapa de cerveza que traía en la mano.

—Relájate, amor —dijo Níkolos, sentándose a mi lado y abrazándome—. Los terribles dos sólo duran un año.

Entrecerré mis ojos mientras le miraba a los suyos. —¿Crees que vamos a sobrevivir un año?

Él rio y me dio un tierno beso en la frente, luego escuchamos carcajadas y, al voltear, vimos a Esteban caminando hacia nosotros con Gabriel en su hombro como un chaqueta de patatas.

—¡Bájame, tío Teban! —gritó Gabriel carcajeándose.

—¡No se vaya a orinar, Esteban! —le reclamé tratando de aguantar la risa.

—¡Ven aquí, monstrillo! —exclamó Níkolos, tomando a su hijo en sus brazos y sentándolo en su regazo— ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo, asintiendo exagerado.

—¿Cuántos filetes te vas a comer?

Gabriel levantó su mano abierta. —Tres —dijo.

—¡Tres! —exclamó Níkolos, abriendo sus ojos tanto como pudo mientras miraba la mano de su hijo— ¿No vas a dejarnos a mamá y a mí?

Gabriel movió su cabeza de lado a lado incapaz de aguantar la risa.

—¡No! —exclamé— Me voy a poner triste.

—¡Estoy jugando, mamá! —dijo Gabriel antes de lanzarse hacia mis brazos, abrazándome con todas sus fuerzas.

—¡Yo sé que sí, mi amor! —dije, cerrando mis ojos y disfrutando el cariño de mi pequeño, aunque eso significara aguantar el agua que escurría de sus pies y se pasaba a mi vestido nuevo.

El teléfono del interior de la casa sonó, y Níkolás se levantó para ir a contestar.

—Increíble que ya llevemos cuatro años casados —dijo Esteban, abrazándose del gigantesco brazo de Greg.

—El tiempo vuela, mi rey —dijo Greg, luego volteó hacia él y se dieron un tierno beso.

Níkolás salió de la casa y se detuvo ante la puerta mirando hacia nosotros.

—Acaban de llamar de una agencia de adopción —dijo, mirando a Esteban y a Greg—. Querían verificar si las referencias que dieron son correctas.

—¿Van a adoptar?! —exclamé al mismo tiempo que me levantaba de mi asiento con Gabriel en mis brazos.

Greg y Esteban se miraron y sonrieron. —Metimos la solicitud antes de salir de Nueva York.

—¡Felicidades! —bajé a Gabriel y le di un fuerte abrazo a Greg mientras Níkolás estrechaba la mano de Esteban.

—¿Están listos? —preguntó, luego apuntó hacia nuestro pequeño demonio — Como pueden ver, no es fácil.

—Sí —dijo Esteban, tomándole la mano a Greg—. Por completo.

—¡Ven aquí! —Níkolás cargó a Gabriel y se acercó a mí.

Me tomó de la cintura y yo me restregué contra él. —Conozco esa mirada —le dije, mirándolo a los ojos.

—¿Ah sí? —dijo, tocando su frente contra la mía.

—Ajá —dije entre risas—. ¿Crees que debamos hablar sobre un
hermanito para nuestro monstruo?

Níkolás rio. —¿Por qué no lo hablamos más tarde...? —me besó— ¿En la
cama? —me besó de nuevo— ¿Sin ropa?

Reí y le abracé junto con nuestro hijo en sus brazos. —Te amo, Níkolás.

—Te amo, Bris.



En su amor está el exquisito equilibrio entre los negocios y el placer.

Emilia Salazar está harta de que todos los hombres que conoce no quieren más que sexo. Decide enfocarse en su nuevo trabajo como secretaria del dueño y presidente de una empresa multimillonaria. Pero su nuevo jefe despierta emociones poderosas e irresistibles desde cada rincón de su ser. Trabajar para él es una tormentosa delicia que la tiene siempre al borde de cometer una deliciosa indiscreción.

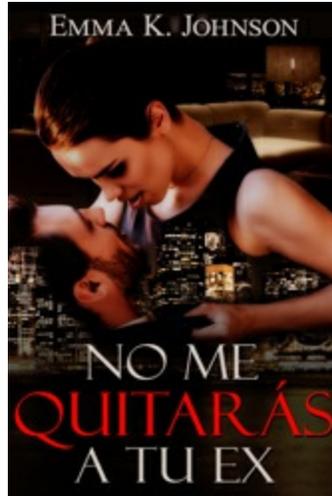
Para Jerrold Chandler no hay nada por encima de su empresa en su vida. Ni siquiera el amor. Pero su nueva secretaria no es como otras mujeres que sólo lo quieren por lo que puede ofrecerles. Es una mujer de sueños propios, voluntariosa, un alma salvaje. Es todo lo que él no sabe que le falta.

La vida los unirá a pesar de sus protestas, y cuando al fin logren estar juntos sus respectivos pasados pondrán a prueba su pasión. ¿Podrán encontrar en su amor la felicidad que ambos añoran en sus vidas?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Su pasión atravesará las barreras de lo prohibido.

Serena Vallarta añora ser la única mujer en el mundo para un hombre digno de su amor, pero parece que los hombres las prefieren más putas y menos ocupadas. ¿Por qué ha de ser diferente con el ex esposo de su hermana, con quien ahora debe trabajar?

Tener una pareja sublime por dentro y hermosa por fuera es lo ideal para Alek Carvalho, pero las mujeres en su vida tienden a dejarlo cuando más pueden hacerle daño. Sin duda la singular asociada a quien supervisa lo lastimará como ellas si se lo permite.

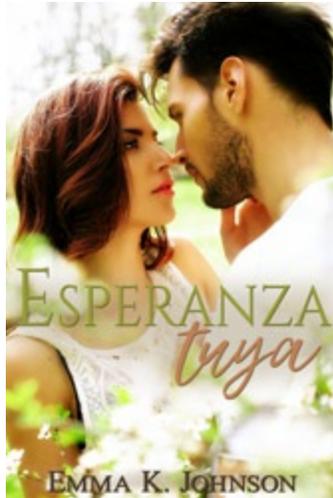
Ambos saben que la irresistible atracción entre ellos no debería existir, pero reprimir el desbordante deseo que crece con cada segundo juntos sólo hace que crezca en exquisita intensidad y desate tentadores pensamientos.

¿Serán capaces de ver más allá de lo que creen que no debería ser, y permitirse un amor como ningún otro en sus vidas?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



La tentación entre ellos es demasiada, y el amor no sabe decir que no.

Esperanza Falcón está convencida que ningún hombre despertaría de nuevo su capacidad de amar como lo había hecho su difunto esposo, y mucho menos el buenísimo mujeriego sinvergüenza que la sedujo en una noche de copas.

Felipe Robles es fiestero, es borracho, es lujurioso, y no tiene el mínimo interés de comprometerse con una mujer luego de su desastroso divorcio. Ama la vida tal y como la vive. Pero algo tiene aquella chica que pasó la noche en su depa y luego huyó.

El descubrir que sus hijos son mejores amigos no evitará que su irresistible deseo trate de tomar el control, y los traumas del pasado les harán cuestionar si el amor de verdad lo vale todo.

¿Podrá la semilla de una noche de pasión germinar en lo más bello que dos personas podrían tener a pesar de las crueldades que la vida les ha jugado?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Su amor podría salvar su vida... O terminarla.

Fernanda Ontiveros desea la felicidad en su vida luego de dejar atrás su fracasado matrimonio. Pero su temor la hace ver en todos los hombres el rostro abusivo y maltratador de su ex. Hasta el caballeroso y apuesto detective que ha jurado protegerla del sicario más peligroso de la ciudad podría terminar lastimando su frágil corazón.

Lucio Castella anhela un amor como el de sus difuntos padres, la pareja más feliz que él ha conocido y su ejemplo a seguir. Pero hasta ahora ninguna mujer ha estado a la altura. Siempre es algún detalle: o es grosera, o no quiere una familia, o es la hermosa y tierna testigo del caso más importante de su carrera. Pero con ella es distinto. Con ella le es imposible resistirse.

Las líneas entre el deber y el deseo se desvanecerán, y ambos deberán decidir si están dispuestos a darlo todo por amor.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Ninguno busca el amor... Pero el amor nos encuentra a todos.

El sueño del matrimonio perfecto hasta que la muerte los separe ha sido destrozado para Andrea Escudero. Sólo quiere dejar atrás su divorcio y encontrar cómo ser feliz. No está en contra de enredarse con alguien, sobre todo con ese ardiente y apasionado vocalista que le presentaron, pero sabe que su corazón no está listo para amar otra vez.

León Santana sabe que sólo es cuestión de tiempo para lograr compartir el sueño de su música con el mundo, y demostrar que no necesita la herencia millonaria de su anticuada familia para dejar huella en los corazones de la gente. Ceder a la tentación con aquella encantadora y sensual chica que recién conoció y llevó a la boda de su hermana sólo complicaría las cosas, pero ¿cómo negarse a una mujer como ella?

Ellos creen ser capaces de ser sólo amantes, pero en cada explosivo encuentro brota con creciente intensidad una pasión que no conoce límites corporales y se expande a los prohibidos terrenos de sus corazones.

¿Permitirán el regreso del amor a sus vidas? ¿O su terquedad por sus propias metas les evitará ver el futuro que pueden tener juntos?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber lo que **te gustó** y lo que **no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autor y darte en un futuro muchísimo mejores lecturas.

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

¿Quieres estar en contacto conmigo? Te dejo mi Página de Autor en [Facebook](#).

Nos vemos pronto.

Un besito donde más te plazca.

Emma K. Johnson